

IN RULE CO.

1

U.S.A.

2

3

4



20

Enrique Alla S.S.S.

LOS CONGRESOS

EUCARISTICOS INTERNACIONALES



LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES



LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES

POR EL

P. ENRIQUE ALLA

DE LA CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO



BUENOS AIRES

39695 — EDITORES: S. A. CASA JACOBO PEUSER LTDA.

1933

Nihil obstat.

Buenos Aires, 25 de Julio de 1933.

Victor Lault, S. S. S.,
Sup. Provincial.

Buenos Aires, Julio 28 de 1933.

Puede imprimirse.

Antonio Rocca,
Vic. Gen.

AL LECTOR

Las breves reseñas de los Congresos Eucarísticos que ofrecemos hoy al lector, han sido acogidas deferentemente por el prestigioso diario «El Pueblo», de Buenos Aires, que las publicara en sus columnas, contribuyendo a la mejor preparación del futuro Congreso Eucarístico Internacional a celebrarse en esta ciudad, en el mes de octubre de 1934.

Es para satisfacer numerosos pedidos de personas piadosas, y que se interesan por el magno acontecimiento que tantos beneficios espirituales y materiales ha de traer a la nación, que presentamos estos sencillos artículos bajo la forma de un libro.

No pretendemos en él hacer una historia completa de los Congresos Eucarísticos, magníficas justas de amor al divino Rey Sacramentado. Los gruesos volúmenes oficiales publicados después de cada una de aquellas solemnes Asambleas de la Catolicidad, constituyen el más grande y precioso monumento levantado en honor del Augusto Prisionero de nuestros altares.

Hemos ido espigando en aquellas incomparables «memorias», y en las revistas que publican los Padres Sacramentinos en las distintas partes del mundo, para ofrecer un bosquejo de lo que han sido los Congresos celebrados hasta la fecha, esforzándonos por destacar el carácter particular de cada uno de ellos.

El presente trabajo no tiene otra finalidad, ni otra ambición que la de contribuir a la preparación a Jesús Hostia, en esta gran Capital del Plata, de un triunfo igual o superior al que se le ha tributado en otros países con motivo de los Congresos Eucarísticos Internacionales.

E. A. s. s. s.

Buenos Aires, 3 de Agosto de 1933.
Fiesta del Beato Pedro Julián Eymard.



“Es él (el P. Eymard) quien me ha dado las ideas eucarísticas que han dirigido mi vida toda, y son sus ideas las que el movimiento eucarístico actual va siguiendo y desarrollando.”

*Carta de la Señorita Tamisier, al R. P. Tenaillon, S. S. S.,
el 17 de Julio de 1909.*

UN PRECURSOR DE LOS CONGRESOS

Ad inchoandos provehendosque
Conventus Eucharisticos iter paravit.

PIO XI, *Decr. Beatif.*

En un informe del Congreso de Madrid, el señor Vaudon decía a los Congresistas: «Entre los precursores y protectores de nuestra Obra, veo en primera fila a ese sacerdote con corazón de fuego, Pedro Julián Eymard, profeta de la Eucaristía, arrastrado de ardiente celo, como otro Elías en un carro de fuego, fuego viviente él mismo, cuya boca abrasada arrojaba fuego a las almas».

Hay una autoridad más alta todavía. Su Santidad ha confirmado lo que acabamos de afirmar, y en el mismo Breve de Beatificación del Siervo de Dios, nos lo presenta como uno de los precursores de la Obra de los Congresos Eucarísticos.

«Desde sus orígenes y hasta nuestros días en todo el transcurso de los siglos, la Iglesia de Jesucristo ha visto acrecentarse sin cesar el número de sus santos, que, enviados por Dios providencialmente, hánse adaptado admirablemente a las necesidades de los tiempos en que han vivido. Así en el siglo pasado, décimonono después del nacimiento de Cristo, durante el cual se ha acrecentado en todos los pueblos el culto público de Jesucristo, nuestro Redentor, escondido bajo los velos

sacramentales, sobre todo por los grandes Congresos Eucarísticos, de suerte que los últimos años de ese siglo han podido ser llamados la era de los Congresos Eucarísticos, era conveniente y oportuno que apareciese un hombre digno de todo elogio, que se aplicase principalmente a promover siempre más el culto de la Santísima Eucaristía y pudiese ser reconocido por todos, como el apóstol de ese culto público. Esto es, lo que sin titubear podemos afirmar del Beato Pedro Julián Eymard, que no solamente ardió en grandísimo amor para con Jesús Eucaristía y se consumió en él toda su vida, sino que fundó dos Congregaciones religiosas, una de hombres, otra de mujeres, especialmente consagradas al culto de la Eucaristía, y para el mantenimiento del amor a la misma Santísima Eucaristía en todas las personas de cualquier condición, instituyó varias obras muy capaces de obtener ese resultado, *preparando así el camino a la institución y desarrollo de los Congresos Eucarísticos*».

PREPARA ¡OH DULCE PATRIA!...

Prepara ¡oh dulce patria! tus regias vestiduras;
tu cielo azul celeste conviértelo en dosel,
y ofrece las riquezas de tu bendito suelo
al Rey de las naciones que a ti vendrá esta vez.

¡Tú eres la elegida!... ¿Comprendes, patria mía,
la gracia incomparable que encierra esta elección?...
humilla tu bandera y dile confundida:
¡Señor!... ¡yo no soy digna de tu predilección!

¿Y sabes a qué viene Jesús Eucaristía?...
¿y sabes por qué quiere tus playas visitar?...
cual Médico divino viene a curar tus males;
cual celestial Maestro viene a enseñarte a amar.

Viene a encender el fuego que acaso has apagado;
de goces y riquezas, viene a saciar tu sed;
a remover escombros; a restaurar tu vida;
y a reavivar la antorcha de tu dormida fe.

Cual Padre bondadoso, que vela por sus hijos,
en sus divinas manos viene a traerte el Pan;
el Pan... que bien lo sabes, amada patria mía,
es Vida de tu vida; ¡sin El tú morirás!

Viene cual Rey pacífico a visitar su reino,
sus gracias y sus dones benigno a derramar;
cual fuente inagotable de verdadera dicha
Jesús Eucaristía te inundará de paz.

La paz que han olvidado los hombres en la tierra,
envueltos en los humos de su loca ambición;
la paz, que aquella Noche de misterioso encanto,
ha diez y nueve siglos el ángel anunció.

Viene como un Hermano; viene como un Amigo;
en su divino pecho podrás tú descansar;
quiere que Le conozcas; quiere que tú Le ames:
¡cuanto más Le conozcas, más Le podrás amar!

Prepara ¡oh dulce patria! tus regias vestiduras;
tu cielo azul celeste conviértelo en dosel,
y ofrece a Jesús Hostia, al Rey de las naciones,
el triunfo más grandioso que el mundo puede ver.

JACINTA DILLON SEGOVIA.



Su Santidad Pío XI.

ORIGEN DE LOS CONGRESOS EUCARISTICOS

La Obra de los Congresos Eucarísticos tuvo su origen en Paray-le-Monial, en aquel santuario célebre, escogido por Nuestro Señor, hace ya dos siglos para manifestar al mundo los tesoros de su Sagrado Corazón. Fué de Paray que salió la chispa eucarística que había de prender en todo el mundo aquella hoguera de fe y de amor que son los Congresos Eucarísticos.

Era el 29 de junio de 1873. En aquella época en que el respeto humano doblaba vergonzosamente las frentes, en que el liberalismo pretendía establecer una línea divisoria entre las convicciones particulares del individuo y sus manifestaciones en la vida pública, doscientos diputados franceses, postrados ante el Tabernáculo, en la Capilla de Paray-le-Monial, consagraban a Francia al Sagrado Corazón de Jesús. Entre los fieles que tuvieron la dicha de presenciar aquel acto solemne, que tuvo tanta repercusión y fué saludado por todos los católicos como la aurora de tiempos mejores, se encontraba una piadosa mujer, ignorada de todos y cuyo nombre se dió a conocer sólo en el día de su muerte: era la señorita María Marta Emiliana Tamisier.

Al oír a los doscientos diputados leer el Acto de Consagración de su patria al Sagrado Corazón de Jesús, Mlle. Tamisier se vió de repente asaltada por un pen-

samiento que, con el tiempo, vino a ser como una idea fija: «Salvar al mundo por medio de la Eucaristía». Gracias a su tenacidad y a las gestiones que hizo cerca de varios prelados, logró la realización y el éxito de los veinte Congresos Eucarísticos Internacionales que precedieron su muerte y vió en el porvenir el destino magnífico de los futuros Congresos sobre la sociedad moderna.

Dios puso en su camino tres almas privilegiadas y santas, que siguiendo en su penitente la acción de la gracia, la guiaron con sus consejos y la animaron a proseguir sin desfallecimiento hacia el cumplimiento de la Obra grandiosa a la cual quería el Señor que se dedicase por completo.

El primero con quien trató fué el beato Pedro Julián Eymard, fundador de la Congregación de los Padres Sacramentinos y de las Siervas del Santísimo Sacramento. En la ciudad de Tours, el beato Eymard conoció por primera vez a la señorita Tamisier. El hombre de Dios discernió luego en ella señales inequívocas de vida interior profunda, y no tardó en notar en ella un vivísimo atractivo hacia la Eucaristía. La llamó a formar parte de la Congregación de las Siervas del Santísimo Sacramento que acababa de fundar, en la esperanza de que iba a encontrar a los pies de Jesús Sacramentado la paz que buscaba. Estuvo cuatro años bajo la dirección del Apóstol de la Eucaristía, y no fueron cuatro años perdidos. Iluminada por las enseñanzas de su director, arrastrada por sus ejemplos, comprendió el sentido profundo de las palabras que éste no dejaba de repetirle: «Es preciso que el Santísimo Sacramento cubra la tierra». Ella misma escribía al superior general de los Padres Sacramentinos, aludiendo al Congreso Eucarístico de Lourdes: «Estas palabras del P. Eymard:

«Es menester que el Santísimo Sacramento cubra la tierra», han sido de gran fecundidad y lo serán mucho más».

La Providencia, sin embargo, no la llamaba al claustro; Nuestro Señor le dió a conocer que no la destinaba a una vida puramente contemplativa, sino que su misión había de ser una vida de contemplación y de acción eucarística en el mundo. El Padre Chevrier, fundador de la Providencia del Prado en Lyon le dijo claramente: «Su vocación no es la de orar en los claustros sino la de andar por los caminos». Y así fué; tanto anduvo por los caminos, que en el Congreso de Madrid se la llamó la «Juana de Arco de la Eucaristía».

El tercer consejero que Dios le mandó, fué Monseñor de Ségur, el *santo ciego*, cuya alma se iluminaba de mil claridades al contacto de la Hostia Santa, cuyas obras eucarísticas adquirieron fama mundial y atrajeron al Tabernáculo muchas almas fervorosas. Consultado por la señorita Tamisier, le contestó: «Una idea tan santa no puede provenir sino de Dios». Y la animó a iniciar la Obra de los Congresos, juntamente con otros piadosos prelados, que preveían el bien inmenso que semejantes manifestaciones de fe habían de producir sobre las almas y sobre la sociedad.

La abnegada cristiana sigue orando y trabajando y un día la llena de alegría la palabra del Vicario de Cristo, León XIII: «Para el desarrollo de las Obras Eucarísticas, estoy dispuesto a concederle todo». Con la bendición del Sumo Pontífice se inaugura la Obra de los Congresos y Monseñor de Ségur constituye desde luego un Comité Permanente con la intención de celebrar en 1881 la primera de aquellas reuniones en la católica Bélgica, patria de Santa Juliana de Mont-Cornillon. La situación política que iba atravesando el país

y la lucha en que estaban empeñados los católicos para derribar la masonería, entonces en el poder, hizo que los obispos belgas no pudieran aceptar la proposición.

La divina Providencia tenía sus designios ocultos. Entraba en el plan divino que Francia, la primera en concebir el proyecto de los Congresos, fuera también la primera en realizarlo. El 25 de abril de 1881, Monseñor de Ségur y el Comité Permanente anunciaron la celebración del 1^{er} Congreso Eucarístico para el mes de Junio siguiente, en la ciudad de Lila. Fué este el último acto y como el testamento del piadoso prelado, que entregaba su alma a Dios poco después, el 9 de Junio del mismo año. Puede decirse con toda verdad, a la memoria de Monseñor de Ségur que fué, juntamente con el beato Eymard, el mayor promotor de las Obras Eucarísticas y uno de los más poderosos iniciadores de aquel irresistible movimiento que atrae tan fuertemente a las almas cristianas hacia la Eucaristía, en los tiempos modernos.

LA FINALIDAD DE LOS CONGRESOS EUCARISTICOS

Los Congresos Eucarísticos van tomando cada día una importancia siempre mayor y atraen las miradas y la atención del mundo entero sobre las ciudades privilegiadas donde se celebran. No menos grande es sin embargo, la esperanza que la Iglesia ha cifrado en esas solemnes asambleas, ya sea para la glorificación de Jesús Sacramentado, ya para la regeneración y salvación de la sociedad.

¿Cuáles son los fines que persigue la Obra de los Congresos?

En primer lugar, el de *tributar al Dios oculto tras los velos eucarísticos un culto público y social.*

Nuestro Señor es Rey y todos los hombres son súbditos suyos, y como tales, deben reconocer su dependencia de El y rendirle homenajes de sumisión y de fidelidad. Los católicos de verdad cumplen con ese deber primordial del cristiano, adorándole en sus templos y recibéndole en sus corazones, pero además de ese culto privado e individual, es menester que se le tribute un culto público, por el cual se patentice y exteriorice su realeza, no solamente sobre los individuos, sino también sobre las sociedades y sobre las naciones.

En tiempos como los nuestros, en que la sociedad se cree humillada al doblar la rodilla ante el Creador,

en que no se habla más que de los derechos del hombre, haciendo abstracción casi completa de los derechos inalienables de Dios, difundándose por doquiera aquella indiferencia religiosa, causa de tantos males modernos, es necesario recordar una vez más la gran verdad de que Cristo en su Sacramento de amor es el Rey de reyes y que los pueblos todos deben reconocerle como tal, si quieren verdaderamente salvarse del abismo y de la ruina.

Es con ese fin que se reúnen los Congresos Eucarísticos, agrupando en torno del Tabernáculo a todos los hombres, sin distinción de razas o de costumbres; grandes y poderosos se confunden con los pobres y humildes, y olvidando todas las diferencias étnicas y políticas que los separan, se unen para proclamar a la faz del mundo los derechos sagrados de Cristo Rey. Y ¡qué hermoso espectáculo nos ofrecen, cuando en las ceremonias del Congreso y en la solemnísima procesión de clausura, muchedumbres inmensas aclaman con delirante entusiasmo por las calles y plazas de nuestras grandes ciudades a la Hostia Santa, en que el Hijo de Dios ha establecido su morada de amor para perpetuar su presencia en medio de los hombres hasta la consumación de los siglos! Se comprende entonces la realidad de aquellas palabras, grabadas con caracteres indelebles en el granito del Obelisco que se yergue en medio de la plaza de San Pedro, en Roma, desafiando los siglos e inaccesible a las contingencias humanas: «Cristo triunfa, Cristo reina, Cristo impera».

En segundo lugar los Congresos se proponen *acrecentar en los fieles el conocimiento y el amor de la Eucaristía*, haciéndoles vivir de un modo más intenso bajo sus benéficos influjos.

No cabe duda que uno de los males que más afea nuestra moderna sociedad, es aquel bajo sensualismo que va obcecando a las almas y les hace perder de vista las realidades sobrenaturales y suprasensibles, arrastrándolas por una pendiente fatal y resbaladiza, en la cual sólo la mano del Todopoderoso es capaz de detenerlas. Ahora bien, los Congresos Eucarísticos presentan a las almas cristianas la Hostia Santa como el medio más eficaz de preservación y regeneración. Les recuerdan que la Eucaristía es pan de los ángeles y vino que produce vírgenes, donde las almas encontrarán siempre la fuerza necesaria para salir victoriosas de la lucha contra sus pasiones. Alimentándose con la carne santísima de Jesús, por más fieras que se presenten las tentaciones y por más recios que sean los combates, tienen la seguridad de vencer y triunfar, porque todo pueden cuando poseen a su Dios en su corazón y si El mismo llega a ser el principio de su vida y el móvil de sus acciones no capitularán nunca.

Es lo que va demostrando la historia de los Congresos: aquellas imponentes asambleas son los más fértiles promotores de la devoción eucarística, y parecen destinadas en los designios de la Providencia divina, a poner un dique al avance de aquel grosero sensualismo, que se manifiesta de mil maneras y amenaza sumergirlo todo bajo sus turbias e impuras olas. ¡Quién sabe cuántas almas han sido arrancadas al pecado y llevadas nuevamente al camino de la virtud y de la santidad por la Obra de los Congresos Eucarísticos!

En tercer lugar, esas manifestaciones constituyen *un solemne desagravio a Jesús Sacramentado por los crímenes sociales y públicos.*

En días como los nuestros en que teorías impías se abren paso para arrojar a Cristo de las escuelas, de la

familia y de la vida social; en que se pregona tan falsamente que la religión es un asunto estrictamente privado, debiendo relegarse exclusivamente a las iglesias y sacristías; ¿no es justo y oportuno responder a tan insolente pretensión de la impiedad con una manifestación más esplendorosa de la fe católica? Se niega la presencia de Cristo en la Eucaristía, y los Congresos la afirman y la proclaman muy alto. Aquellas muchedumbres de quinientas mil personas y más, acudiendo de todas partes del mundo, hasta de las más lejanas regiones, para honrar a su Dios, ¿no son por ventura, una magnífica respuesta a la afirmación de los incrédulos, empeñados por todos los medios en suprimir al Ser Supremo, y, ya que ello es tentar lo imposible, alejarlo de las sociedades y apagar en las conciencias la voz de la fe en la Eucaristía, como si aquella Hostia nada fuera, sino una palabra sin sentido y sin eficacia alguna? Si la Eucaristía no fuera más que un vulgar pedazo de pan, ¿cómo explicar ese movimiento incomparable de muchedumbres que atraviesan los mares y no se dejan arredrar por largos y penosos viajes para reunirse en los Congresos Eucarísticos? Y los incrédulos que rechazan la posibilidad del milagro se encuentran entonces frente a un nuevo y estupendo milagro que no llegarán nunca a explicar, a no ser por la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Esos Congresos son, pues, como una marcha triunfal de Jesús Sacramentado en las más diversas regiones del mundo, y la historia un día tal vez dirá cuántos incrédulos, al ser testigos de semejantes manifestaciones, se han visto obligados a repetir la palabra del centurión, al alejarse del Calvario después de la Crucifixión del Señor: «Este es verdaderamente el Hijo de Dios».

He aquí por qué la Iglesia Católica ha cifrado en la Obra de los Congresos tantas esperanzas; he aquí por qué los Soberanos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI la han bendecido repetidas veces y han alentado y estimulado a sus promotores. Es que ven en esa Obra la prenda más segura de la salvación de nuestra moderna sociedad y de la «restauración de todas las cosas en Jesucristo».

Estos son los fines principales que persiguen los Congresos Eucarísticos y que van consiguiendo de un modo muy consolador. Exaltan a Jesús Hostia, haciéndole reconocer por Rey de los individuos, de las familias y de las naciones; procuran que todos los pueblos vivan bajo el imperio de la verdad y del amor; son una elocuente protesta contra la impiedad y el indiferentismo modernos; en una palabra, contribuyen eficazmente a la realización del deseo del Sagrado Corazón de Jesús que quiere establecer su reinado de amor sobre toda la tierra.

BENEFICIOS DE LOS CONGRESOS

¿Qué resultados producen aquellas reuniones internacionales? alguien puede preguntar. A tal cuestión responderemos primero que muchos de los efectos directos de un Congreso Eucarístico escapan a la mirada del observador por tratarse de efectos en el mundo de las almas. Sin embargo, en muchos casos se ha podido verificar, con hechos indiscutibles, los resultados de aquellas asambleas solemnes. Basta citar al respecto las autorizadas palabras del Excmo. Señor Obispo de Namur, Monseñor Tomás Luis Heylen, Presidente del Comité Permanente de los Congresos Eucarísticos Internacionales, comprobando los frutos abundantes derivados del Congreso realizado en 1902 en su ciudad episcopal.

«El primero de nuestros deberes hacia la Eucaristía, dice el ínclito Prelado, es honrar la presencia de Nuestro Señor Jesucristo y no dejarlo solo en su Tabernáculo como en una cárcel. Antes de la celebración del Congreso, nuestras Iglesias permanecían cerradas por falta de adoradores, desde la mañana hasta la noche. Nuestro Señor era verdaderamente un prisionero en quien nadie pensaba. Merced al Congreso, conseguimos que las iglesias permaneciesen abiertas y ahora se ven frecuentadas por tan buen número de fieles que Nuestro Señor no está casi nunca solo. Los niños de las escuelas acostumbran visitarlo al ir y al regresar de clase, y no es este el espectáculo menos edificante.

«Nuestro segundo deber hacia la Eucaristía es la asistencia a Misa, que es el acto más sublime de nuestra religión, siendo el mismo Sacrificio de la Cruz renovado en nuestros altares. ¡Ah, cuán descuidada se hallaba esa práctica especialmente en nuestro país! Pues bien, después de la celebración del Congreso, hemos conseguido que muchos fieles asistan los Domingos a dos Misas, ofreciendo una de ellas con el fin de reparar las numerosas omisiones de tantos católicos; y los que no pueden cumplir esto el Domingo, asisten a una segunda Misa en un día de la semana. Conseguimos además, que numerosas familias tuviesen diariamente un representante en el Santo Sacrificio.

«El tercer deber hacia la Sagrada Eucaristía es el de la Comunión. Varias veces hemos oído la voz de Pío X exhortándonos a comulgar con toda la frecuencia posible hasta fijarnos como ideal la Comunión diaria. Ahora bien, habiendo establecido la estadística de las comuniones antes y después del Congreso, hemos tenido la satisfacción de comprobar que el año siguiente al de aquel acontecimiento, hubo un aumento de 600.000 comuniones, sin contar naturalmente las comunidades religiosas, y esa cifra va creciendo más y más».

Este solo hecho demuestra elocuentemente la prodigiosa eficacia de los Congresos Eucarísticos, destinados por la Divina Providencia a ser los fecundos promotores de la devoción y de la vida eucarística.

Basta recorrer la interesante serie de los volúmenes oficiales de los Congresos Eucarísticos para darse cuenta de la magnífica eflorescencia de Obras que deben su origen o su desarrollo a aquellas Asambleas internacionales y para quedar convencidos de la enorme influencia que ejercen tanto en la vida individual como en la vida social.

LOS CONGRESOS



LOS CONGRESOS

LILA, 1881

Inauguróse el primer Congreso Eucarístico Internacional el 28 de junio de 1881 en Lila, importante ciudad industrial y universitaria del Norte de Francia. Eran tiempos difíciles aquellos, pues pocos días antes, el Parlamento francés acababa de votar una ley atentatoria a los derechos de los católicos, prohibiendo la enseñanza religiosa en las escuelas. Por este motivo, no pudieron realizarse en Lila las imponentes manifestaciones de fe y de amor que se vieron en los Congresos siguientes.

La Universidad Católica puso a la disposición del comité organizador sus vastas aulas y salas para las reuniones y las sesiones de estudio, al mismo tiempo que su capilla en que iba a ser expuesto el Santísimo Sacramento a la adoración de los fieles.

El Congreso fué presidido por Monseñor Monnier, obispo de Lydda y coadjutor de Cambrai. Cuatro Cardenales, cinco Arzobispos y 24 Obispos de Francia mandaron su adhesión; varios Ordinarios se hicieron representar oficialmente y muchos otros enviaron delegados. Para tributar sus homenajes al Dios de la Hostia acudieron, desde el primer instante, representantes de todos los países, de todas las Ordenes religiosas y de un gran número de Asociaciones piadosas, Italia,

Bélgica, España, Austria, Inglaterra, Méjico, Chile y las Antillas, tomaron parte en las reuniones por sus respectivas delegaciones, de modo que el primer Congreso Eucarístico iba afirmando desde sus principios, su carácter internacional.

Duró tres días. Los dos primeros fueron consagrados a la lectura de los informes acerca de lo que se hace en los más distintos países del orbe para el real servicio de Jesús Sacramentado y a la discusión de los medios más apropiados para extender por doquiera el reinado eucarístico de Nuestro Señor. El tercer día fué principalmente el día de la Plegaria, y en todas las iglesias de la ciudad se realizaron ejercicios públicos de Adoración y de Reparación ofrecidos solemnemente al Dios de la Hostia.

Al iniciarse los trabajos del Congreso se dió lectura de una noticia biográfica de Monseñor de Segur, fallecido pocos días antes, después de haber organizado y preparado personalmente el Congreso. El programa comprendía tres secciones: 1º Adoración y Reparación; 2º Culto, homenajes exteriores; 3º Propaganda.

No cabe duda que la parte más interesante de los trabajos presentados en las sesiones fué la exposición de las Obras eucarísticas en las diversas regiones del mundo. Llamó de un modo especial la atención de los congresistas y fué muy aplaudido el informe del Conde de Montalvo, el cual habló en términos elocuentes de la devoción eucarística en España, en las Canarias, en las Filipinas y en las repúblicas hispanoamericanas.

En las sesiones generales el señor de Belcastel cautivó a su auditorio al proclamar y exaltar el reinado universal de Jesús Sacramentado. El R. P. Verbecke fué el orador sagrado del Congreso, y en sus discursos habló magistralmente de la Eucaristía para inflamar



Aviñón. — Palacio de los Papas., (2º Congr. Eucar.)

el corazón de sus oyentes en el amor del Dios oculto bajo los velos de la Hostia.

En la imposibilidad de salir a la calle para sus manifestaciones solemnes, la procesión de clausura se desarrolló en el interior de San Mauricio, vasta iglesia con cinco naves, más apropiada que cualquier otra, para semejante demostración de fe. En aquella procesión de clausura tomaron parte unos tres mil hombres pertenecientes a todas las clases sociales.

A algunos de nuestros lectores les parecerá bien mezquino aquel número de 3.000 hombres, acompañando a Cristo Sacramentado en la procesión de clausura de un Congreso Eucarístico Internacional. Ténganse presentes las condiciones en que dicho Congreso se verificaba; era como un ensayo, pero fué en realidad un «Triunfo», según lo hacen notar los diarios de la época. En Lila se echó la semilla de lo que debía ser más tarde un árbol espléndido, que se fué desarrollando y extendió sus ramas de tal modo, que ha podido cobijar al mundo «desde Jerusalén hasta Montreal y desde las brumas de Londres hasta el puro cielo de Madrid».

AVIÑON, 1882

Para sede del segundo Congreso Eucarístico había sido elegida la ciudad de los Papas: Aviñón. ¡Cuántos recuerdos no despierta ese nombre! Su gloria mayor es la de haber hospedado durante tres cuartos de siglo al sucesor de San Pedro y ostenta todavía con santo orgullo y ufanía al viajero y al turista el grandioso palacio que abrigó en su destierro a los Soberanos Pontífices y que permanece como un monumento impecadero de su antiguo poderío y grandeza.

Tenía también la ciudad de Aviñón otros títulos para que se le concediera el honor de un Congreso Eucarístico. ¿No fué allí, en efecto, que bajo el pontificado de Clemente V, se realizó la primera procesión de Corpus Christi, hecho atestiguado por una inscripción que se lee en una de las paredes de la biblioteca Vaticana? ¿No fué en Aviñón, en una de las salas del convento de los Padres Dominicos que el Papa Juan XXII canonizó al Ángel de las Escuelas, al doctor angélico y eucarístico Santo Tomás de Aquino? (Act. SS. Mart. 1.655). Y el pueblo de Aviñón recibió con entusiasmo la noticia del gran acontecimiento que iba a desarrollarse en su ciudad.

Las solemnidades del Congreso rivalizaron con las de Lila, y en ellas tomaron parte hombres eminentes de todas las clases de la sociedad. Sólo la lista de las personas que figuraban en las diversas comisiones, llena nada menos que veinte páginas del volumen oficial en que se publicaron las actas del Congreso.

Por encargo especial de León XIII, se trató de un modo especial del *culto al Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento*, y de la reparación por los ultrajes que allí recibe diariamente. Sobre estos dos temas versan la mayoría de los informes presentados en las distintas sesiones del Congreso. El R. P. Tesnière habló de las «Cofradías del Santísimo Sacramento», indicándolas como el medio más fácil y eficaz para mantener siempre unidos a Nuestro Señor a los Católicos de verdad. Leyéronse interesantes relaciones acerca de la comunión frecuente y de la adoración diurna y nocturna en las parroquias.

El R. P. Ramière, director general del Apostolado de la Oración, llamó la atención de todos, al presentar su informe sobre la unión de las obras eucarísticas por

medio de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Siendo la Eucaristía el Sacramento de la unidad, no tendríamos que lamentar el triste espectáculo de funes-tísimas divisiones, si todos los católicos se acercasen con más frecuencia a la Sagrada Mesa para alimentarse con el Pan de los Angeles.

M. de Benque presentó «La Adoración Nocturna como el medio más apto para reparar las ofensas que se hacen a Jesucristo en el Sacramento de su amor». «Las audacias del libre pensamiento y de la masonería — decía — alcanzan tales proporciones que es necesario, si queremos salvar al mundo de una ruina segura, que se multipliquen las obras de adoración y reparación. a fin de que la justicia divina halle en nuestras lágrimas y expiaciones, el contrapeso a los crímenes que amenazan la existencia misma de nuestra sociedad».

A continuación daba a conocer el desarrollo de una obra tan simpática y necesaria, establecida ya en seis diócesis francesas, donde la adoración por los fieles es estrictamente perpetua, y en diez y ocho diócesis más, donde la Adoración Nocturna viene a agregarse en determinados días a la Adoración Diurna.

Al terminar su interesante informe, Mr. de Benque emitió el voto de que se estableciera en todas las parroquias la Adoración Nocturna, para contrarrestar los nefastos esfuerzos del ateísmo que quiere descristianizar al mundo.

No podemos dejar de mencionar también el discurso del R. P. Verbecke, jesuíta belga, acerca de «la influencia social de la Eucaristía». El ilustre orador mostró a su auditorio que la igualdad tan pregonada por los utopistas modernos, no existe sino en la Sagrada Mesa, donde el mismo Dios se da a todos del mismo modo; donde reserva sus más escogidas gracias, no a

la elevación o la dignidad de la persona, ni a la extensión de sus propiedades, ni a los vestidos lujosos, sino a los sentimientos del corazón, a la santidad del alma y a los títulos que sólo la virtud procura.

La procesión de clausura del Congreso sobrepujo en solemnidad a la inolvidable manifestación realizada en Lila un año antes, y en ella se unieron el *Miserere* del arrepentimiento y el *Hosanna* del triunfo. Fué una apoteosis por la pompa, las decoraciones, la numerosa asistencia y la santa exultación de las almas; fué al mismo tiempo una reparación solemne y pública por los pecados que diariamente se cometen contra el Augustísimo Prisionero del Tabernáculo. En esa procesión, con que se clausuró el Congreso, sólo tomaron parte los hombres, llevando en sus manos velas encendidas. Fué un espectáculo realmente imponente, y ya se notaba, a sólo un año de distancia, el progreso de la obra de los Congresos Eucarísticos, pues desde Lila se había duplicado el número de aquellos hombres católicos que, ante las miradas de un mundo indiferente, acompañaron a Jesús Sacramentado en la ciudad de Aviñón, feliz presagio de lo que había de ser más tarde, cuando en Madrid, por ejemplo, la prensa podrá hablar de más de cien mil hombres, formando una guardia de honor a Su Divina Majestad.

LIEJA, 1883

La católica Bélgica abre al siguiente año sus puertas a la obra de los Congresos Eucarísticos, y es en su suelo que va a realizarse la tercera Asamblea Internacional, bajo la presidencia de Monseñor Duquesnay, arzobispo metropolitano y con la presencia del de Chambéry y de muchos obispos y eminentes personas seglares.

Antes de iniciarse la Obra de los Congresos los organizadores habían decidido que se celebraran en las ciudades célebres por algún milagro eucarístico o hecho histórico importante. Pues bien, entre todas las ciudades belgas, Lieja merecía por cierto el ser elegida como sede de semejante manifestación de Fe. Era natural que el primer Congreso Eucarístico en tierra belga, se celebrara en la ciudad, que es la patria de Santa Juliana de Mont-Cornillon, humilde monja, escogida por Dios en el siglo XIII, para promover la institución de la Fiesta del Corpus.

Lieja es, además, una ciudad célebre en la historia por su devoción al Augustísimo Sacramento del Altar, y cuando Berengario se atrevió por primera vez a atacar la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía, fué, nos dice Baronio, la ciudad de Lieja la primera en contestar al impío blasfemador.

Más de cincuenta trenes especiales habían traído a Lieja una muchedumbre nunca vista en aquella región limburguesa; millares de peregrinos acudían de todas las ciudades y pueblos de Wallonia y de Flandes para rendir sus homenajes a Jesús Sacramentado.

Este Congreso fué particularmente bendecido por Dios; la nación entera tomó parte en él, asociada a los representantes venidos de todos los puntos de la tierra. «¡Qué enseñanza, escribía el P. Tesnière, al referirse al Congreso, qué enseñanza, la de todo un pueblo que acude a Lieja, mezclándose los habitantes de la ciudad con los de todas las provincias y de todas las naciones del mundo, enarbolando las trescientas banderas y estandartes de sus iglesias, para formar al Dios de la Hostia una corte triunfal de diez mil hombres en la actitud de la súplica y de la Adoración!» Testigos oculares estimaron en más de doscientas mil

personas las que presenciaron la solemnísima procesión de clausura.

Durante una semana se reunieron los miembros del Congreso cuatro veces por día, para tratar de una multitud de obras; todo el dogma de la Eucaristía, sus esplendores, su acción, su influencia en los individuos, en las familias y en la sociedad. Lo que sorprende en aquellas reuniones es el punto de vista eminentemente práctico con que se tratan los diversos temas. Tanto en las sesiones generales como en la asamblea sacerdotal, se estudia ante todo la aplicación inmediata de las teorías y se sugieren los medios más aptos y adecuados para ponerlos en práctica.

En los informes se dió una preferencia marcada a la Santa Misa, el gran medio que supera por su valor intrínseco a todos los demás y que está al alcance de todos, nuevo árbol de vida plantado en el seno de la Iglesia.

Otro punto en que se insistió mucho también, al juzgar por los discursos pronunciados e informes léídos fué el de la necesidad de la Reparación y de la Adoración Reparadora. Un católico de verdad es al mismo tiempo un Reparador. Ahora bien, esa palabra «Reparación» implica algo más que el deber cumplido; reparar significa restaurar y supone plenitud y superabundancia.

Demasiado largo sería el enumerar los diversos temas tratados en las distintas sesiones. Conviene señalar, sin embargo, el elocuente discurso de Mr. de Belcastel sobre «El siglo en presencia de la Eucaristía». El señor Verspeyen, director del diario «Le Bien Public», de Gante, pronunció sobre las «Procesiones Eucarísticas» un discurso magnífico, que fué muy aplaudido. Anatemizó la conducta de muchos católicos de las clases

superiores, que encuentran siempre disculpas para no asistir a las procesiones del Santísimo Sacramento. Asignó a esa culpable ausencia una doble causa: es una falta de fe en la presencia real, o es una falta de valor para profesar esa fe públicamente. Mostró a continuación, el gran peligro que encierra en sí semejante proceder, pues una fe tibia lleva bien pronto a la indiferencia religiosa, y de la indiferencia a la duda y a la apostasía no hay más que un paso.

Es digno de notarse también en el Congreso de Lieja el espíritu de caridad que se manifestó en la recepción de los forasteros venidos de todas partes; las familias cristianas abrieron generosamente sus puertas para hospedar a algunos congresistas, y éstos, al volver a sus hogares y a sus patrias respectivas, no encontraban palabras adecuadas para expresar su agradecimiento para la proverbial hospitalidad belga.

El Congreso fué para Bélgica una fuente de bendiciones y como el prelude de la señalada victoria que el año siguiente obtuvieron los católicos belgas en las elecciones. Esa fecha marca el advenimiento de un gobierno católico, que no ha dejado de llevar a aquel país en el camino de la prosperidad y del progreso.

FRIBURGO (SUIZA), 1885

En Friburgo, ciudad eminentemente católica, en un país en que el protestantismo echó tan profundas raíces, tuvo lugar el IV Congreso Eucarístico Internacional, bajo la presidencia de Monseñor Mermillod, obispo de Lausana y Ginebra, y más tarde Cardenal, el cual fué, por decirlo así, el alma de todas las reuniones. En dicha ciudad de Friburgo se manifestó a las claras la vitalidad de la obra emprendida en Lila, y se fué vis-

lumbrando el magnífico desarrollo que había de tener en lo sucesivo.

En él tomaron parte la ciudad, la municipalidad, la magistratura, el gobierno, el ejército; en una palabra el pueblo todo, dando al mundo entero el ejemplo admirable de la unión de todas las fuerzas vitales y de todas las grandezas de la nación.

Se ha dicho, y con razón, que el Congreso de Friburgo fué una «*Afirmación solemne del Reinado Social de Jesús Sacramentado*». Esta parece haber sido en efecto, una de las preocupaciones constantes de las sesiones, una de las ideas dominantes de los discursos e informes.

El señor Thorín, ex consejero de Estado trató ex profeso este asunto: «Para demostrar, decía, la influencia social de la Eucaristía basta decir que es ella la que hace germinar y crecer todas las virtudes sociales y domésticas, públicas y privadas, las cuales han de hacer florecer y prosperar a las naciones cristianas. Ella es el foco divino donde se encienden las grandes iniciativas, donde se inspiran los sacrificios heroicos; es la fuente y el canal inagotable de gracias y de bendiciones que descienden de lo alto, y es el pararrayos celestial que aparta muchas veces de nuestras sociedades culpables las iras del cielo». El discurso del señor Thorín, dió lugar a discusiones animadas, en las cuales tomaron parte el señor canónigo Didiot, el padre Verbecke, S. J., el padre Tesnière, S. S. S., para insistir todavía más en esa doctrina de la realeza eucarística de Jesús Sacramentado.

El señor de Scheller, consejero de Estado y director de la enseñanza del cantón de Friburgo, celebró en un elevado discurso las glorias eucarísticas de su patria. Recordó la vida admirable de San Pedro Canisio, el

apóstol de la región y la del beato Nicolás de Flue, el cual observó durante diecinueve años el ayuno más riguroso, no teniendo durante todo ese tiempo otro alimento que la Eucaristía.

En las reuniones de Friburgo se puso de relieve otro punto especial de doctrina, al estudiarse el modo práctico de honrar al Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento.

En una de las sesiones de estudio, los congresistas escucharon con mucha atención y con marcada complacencia, la descripción de las ceremonias con que se celebra la fiesta del Sagrado Corazón en Quito, Ecuador. El orador, señor Villafuerte, representante de la república de García Moreno en el Congreso, hizo ver a su auditorio que la celebración de dicha fiesta no es otra cosa sino la afirmación de los derechos inalienables de Cristo a reinar sobre las sociedades.

No podemos dejar de señalar el interesante informe del señor Bridet, párroco de Lyon, acerca de la devoción a Nuestra Señora del Santísimo Sacramento como uno de los mejores medios para propagar el culto y la devoción a Jesús Sacramentado. «¿Cuál es, pregunta el orador, el mejor medio para tratar bien al Hijo de Dios en su *existencia* eucarística en medio de nosotros? ¿Cuál es el medio más fácil para sacar el mayor provecho posible de esa existencia eucarística, que es la mayor maravilla y el bien más precioso de este mundo?» Y contesta que es la devoción a María Santísima. Indica a continuación cuatro motivos que corroboran su afirmación: 1º Todas las gracias nos vienen por María; 2º La persona que mejor puede enseñarnos a tratar como es debido al Hijo de Dios viviente en medio de nosotros, es María, Madre de Jesús y Madre nuestra; 3º La persona que mejor puede procurarnos

en la hora actual lo que necesitamos para triunfar de los males gravísimos que derivan del ataque a la presencia de Nuestro Señor en la Eucarístia, es María. Esos males son la impiedad, la incredulidad moderna y la disminución de la fe; 4º Somos incapaces de honrar a Jesús Sacramentado con un culto digno y apropiado. Pues bien, María suplirá nuestra insuficiencia. Como consecuencia de esa piadosa disertación el Congreso emitió el «voto» de «que la devoción a la Santísima Virgen tomara un mayor incremento, como medio excelente para honrar mejor al Santísimo Sacramento.»

Pero la solemnidad más impresionante del Congreso fué aquella inolvidable procesión de clausura del 13 de septiembre, en que unas cuarenta mil personas acompañaron a su Dios por las calles de la ciudad. El palio iba escoltado por cuatro veteranos de la Guardia Suiza del Papa, luciendo para tal circunstancia sus vistosos uniformes de gala; detrás del palio se veían a los miembros del Gran Consejo de Estado, encabezado por su presidente.

Allí estaba también el ejército con sus banderas y músicas, convocado especialmente en una orden del día para «rendir homenaje a Dios, contribuyendo a la restauración del reinado de Cristo».

Terminada la procesión, Monseñor Mermillod se adelanta, y después de una arrebatadora arenga, interrumpida por los sollozos de la muchedumbre y las lágrimas del orador, dice: «He aquí Señor, a tu pueblo que te proclama Rey: Rey de las almas, Rey de las familias, Rey de la nación. Alabado, bendito y adorado sea para siempre Jesucristo en el Santísimo Sacramento». Millares y millares de voces repiten al unísono y delirantes de entusiasmo la invocación del

Prelado. Este prosigue: «¡Viva Jesús Sacramentado! ¡Que reine para siempre en nuestros corazones y en nuestro pueblo!» Y entonces de aquella muchedumbre se eleva un clamor intenso y formidable, mientras que veinte mil manos se levantan, tendidas hacia la Hostia consagrada, y juran fidelidad a Cristo Rey.

Ante un espectáculo como ese, hasta los mismos diarios protestantes se vieron obligados a reconocer la grandeza moral de semejante manifestación religiosa.

El estruendo de las salvas de artillería, el alegre voltear de las campanas y el ondear de mil oriflamas y banderas, confirmaron y ratificaron el solemne juramento de aquella muchedumbre, mientras que la Hostia Santa,alzada en manos del Obispo, bendecía a su pueblo y al mundo entero, trazando en los aires la señal de la Cruz.

TOLOSA, 1886

En Tolosa, antigua capital de los Estados del Sur de Francia, se reunió del 20 al 25 de junio de 1886, la quinta Asamblea Eucarística Internacional, bajo la presidencia del eminentísimo señor Cardenal Desprez. La importante ciudad de Tolosa, llamada con razón la metrópolis del Sur, conserva todavía como un precioso tesoro la tumba y las cenizas del inspirado Cantor de la Eucaristía y doctor Angélico Santo Tomás de Aquino; Tolosa, apellidada la Santa, a causa de su glorioso pasado y de sus esplendores religiosos, recibió con júbilo el anuncio de haber sido designada para sede de un Congreso.

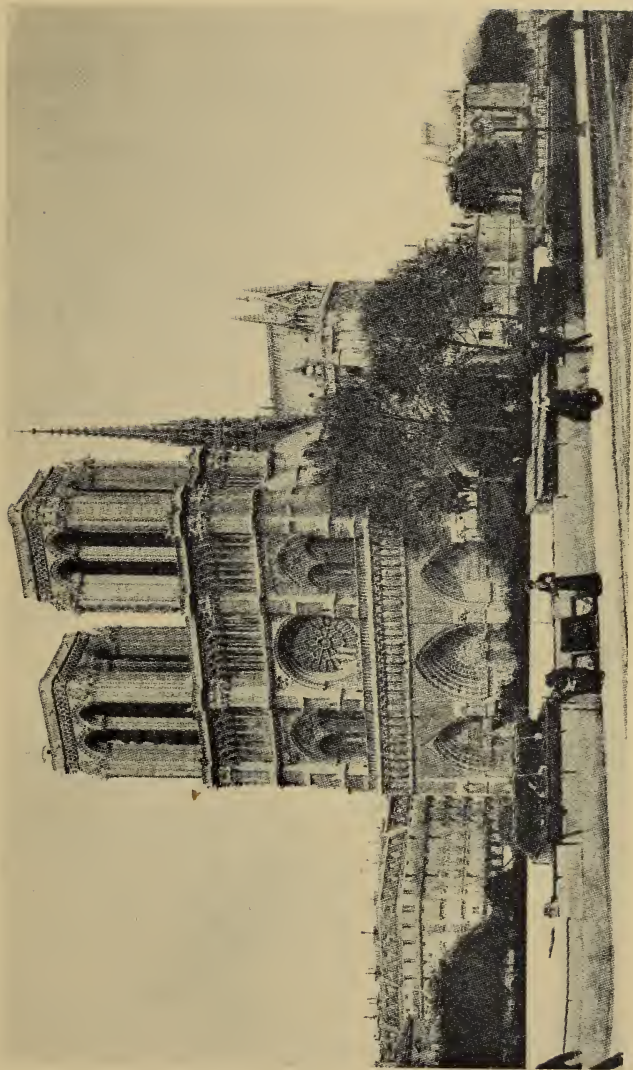
Los enemigos de la Iglesia, previendo el triunfo que se preparaba a Nuestro Señor, emplearon todos los medios para impedir que el Congreso se realizara. Pocos

días antes de iniciarse las reuniones, el ministro de Cultos comunicaba al excelentísimo señor Arzobispo que la convocación de un Concilio iba contra las leyes de la República y que no podía en ningún modo permitirlo. En vano contestó el Cardenal al Ministro que lo que se proponía en Tolosa no era un Concilio Nacional, ni Metropolitano, ni siquiera un Sínodo Diocesano, sino un Congreso Eucarístico, semejante a los que habían tenido lugar los años anteriores en Lila, Lieja, Aviñón y Friburgo. El ministro mantuvo su decisión, pero, a pesar de todo, se inició el Congreso el 20 de junio.

Entre los informes presentados señalaremos el del P. Regnault, S. J., director general del Apostolado de la Oración, cuyo centro está en Tolosa y que contaba a la sazón con 39.000 secciones y 13 millones de miembros en el mundo entero.

El señor presbítero Maurel de Rodez se mostró un celoso precursor de la comunión temprana de los niños, basándose en la experiencia personal que venía haciendo desde veinte años en propia parroquia.

Uno de los informes más impresionantes del Congreso de Tolosa, fué el del P. Durand, S. S. S., muy conocido con el nombre de Padre «*Deo gratias*» o «Amigo de los niños». Habló de la formación eucarística de la niñez, mostrando con abundancia de ejemplos lo que pueden aquellas almas inocentes sobre el Corazón de Aquel que dijo: «Dejad que los niños se acerquen a Mí», y que prometió la bienaventuranza del cielo, a los que se les asemejan. Terminó haciendo votos para que en todas las casas de educación se estableciesen Obras de Adoración al alcance de los niños, para formar de este modo, al pie del Sagrario, generaciones creyentes y verdaderamente cristianas para el porvenir.



Paris. — Notre-Dame. (6° Congr. Eucar.)

Dióse ocasión al padre Durand para poner en práctica desde el día siguiente, fiesta de Corpus, el plan por él concebido y tan ardientemente deseado de las concentraciones eucarísticas infantiles en los Congresos. En la Catedral se reunieron unos tres mil niños, que escucharon con atención y fervor una plática del padre Durand sobre la presencia real y el amor de Jesús para con ellos. Fué de veras conmovedor el espectáculo de aquellas tres mil almas inocentes, desfilando con el mayor recogimiento para ofrecer velas y flores al Dios de la Hostia y consagrarle sus tiernos corazones. Ante semejante espectáculo muchos de los asistentes se sintieron profundamente impresionados.

En las reuniones sacerdotales hicieron oír su voz oradores elocuentes y doctos, ya conocidos de los Congresistas en las solemnidades de los años anteriores. El P. R. Verbecke, S. J., trató con mucha unción y profundidad de doctrina de «las grandezas de la Eucaristía». El señor de Belcastel habló del «Sol eucarístico» en términos inflamados, que arrancaron al auditorio numerosos aplausos: «La Eucaristía, decía, es el punto céntrico, donde se encuentran el Creador y la criatura: es aquí que el hombre recibe, por medio de Jesucristo, la prenda de su gloriosa resurrección futura... La Eucaristía es la luz y la fuerza de la humanidad, pues aparece siempre y por doquiera como la gran reparadora del mal y la gran generadora de todo bien».

Algo hubiera faltado al Congreso de Tolosa, si en él no se hubiera hablado del Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino. Pero ya en la primera reunión general, el R. P. Cormier, O. P., trató magistralmente uno de sus temas predilectos: Santo Tomás y el Oficio del Santísimo Sacramento. Y el Congreso emitió el voto que el culto y la devoción al Angélico

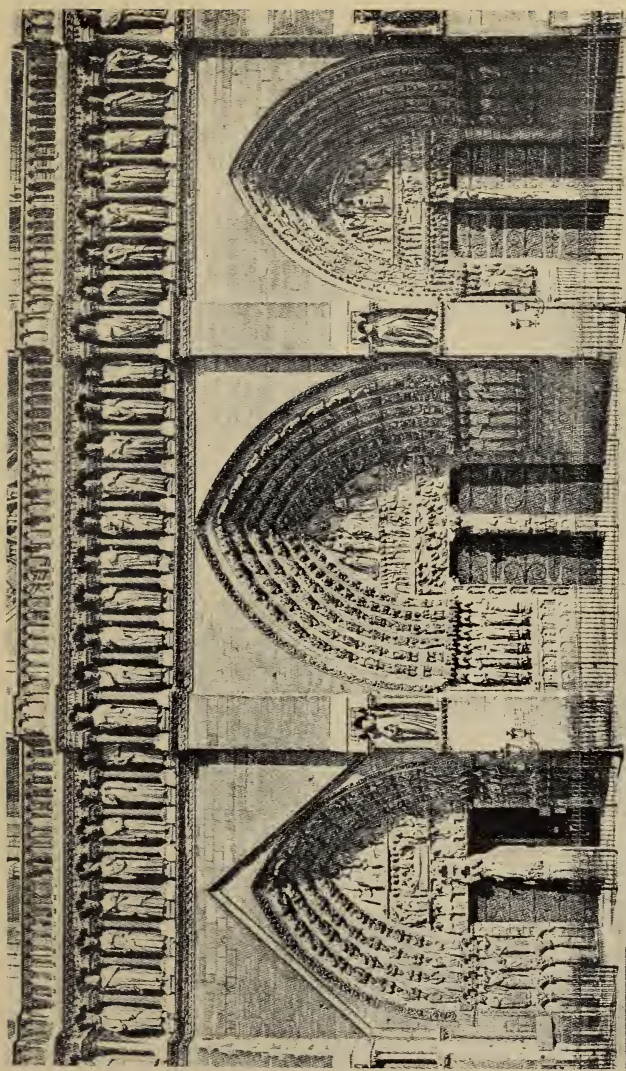
Doctor se propagara por todos los medios, especialmente entre la juventud estudiosa.

Informes no menos interesantes se leyeron acerca de la Adoración Nocturna: el señor Ph. Vrau expuso su organización en Lila, y un estudiante de la Universidad causó una agradable sorpresa al auditorio, al revelar que en el mismo recinto de las Facultades Católicas de Lila, una obra tan santa acababa de ser establecida por los alumnos, con la aprobación y colaboración de algunos de sus profesores.

Debido a la mala voluntad de las autoridades no pudo realizarse en Tolosa la procesión solemne, con la cual suelen clausurarse las ceremonias de los Congresos Eucarísticos. Los Congresistas decidieron trasladarse a Lourdes, a los pies de la Virgen para ese acto solemne que el enemigo de todo bien no les permitía realizar en las calles de la ciudad. Fué en aquella tierra privilegiada, que, bajo la presidencia del cardenal arzobispo de Tolosa y del patriarca de Lisboa, se desarrolló una solemne procesión de clausura en que tomaron parte más de mil quinientos sacerdotes y treinta mil fieles, pidiendo fervorosamente al Dios de la Eucaristía que se dignara escuchar sus ruegos y poner fin a la era de persecución y de impiedad que entristecía los corazones de los católicos franceses.

PARIS, 1888

Dos años más tarde se hallaban reunidos los Congresistas en la capital de Francia. Estábase en vísperas de la Exposición Internacional de París, que iba a ser como la apoteosis del progreso moderno. Antes de glorificar a la materia y al placer, el París cristiano sintió la necesidad de glorificar al Dios de las ciencias y de



París. — Notre-Dame.

Las tres puertas de entrada orladas de bellas esculturas. (6° Congreso Eucarístico).

las artes, a Cristo Redentor, al Dios Sacramentado. Porque hay al lado del París mundano, impío, irreligioso y escéptico, un París serio, creyente y religioso, donde la vida cristiana es más intensa, el apostolado de las obras más activo y el celo por la causa de Cristo más generoso que en otras partes. Al lado del París que no piensa sino en divertirse, hay el París que cree, que reza y que adora; existe el alma de esa gran ciudad y esa alma rebosa de vitalidad y de energía. Es este el París que iba a festejar al Dios de la Hostia y merecer una vez más el glorioso título que le dió en el siglo XII San Francisco de Asís al llamarlo: «La Ciudad del Santísimo Sacramento».

Se ha dicho que el Congreso Eucarístico de París fué uno de los mayores acontecimientos religiosos contemporáneos. El mundo católico tenía fijas sus miradas sobre las reuniones piadosas que realizaban sus trabajos en medio del bullicio de la moderna Babilonia. Ejerce París sobre el mundo entero una fascinación irresistible al punto de dar proporciones asombrosas a cuanto produce de más bello y más sublime, como a cuanto engendra de más vil y más criminal.

El Congreso de París fué uno de los mejor preparados y de los más fecundos. Se inauguró bajo las bóvedas seculares de Notre Dame, que han sido testigos de tantos esplendores, con una manifestación grandiosa en la cual el célebre P. Monsabré entonó un himno de loor al Santísimo Sacramento. Las asambleas generales, las adoraciones diurnas y nocturnas, las ceremonias en las diversas iglesias, los homenajes públicos y solemnes en la basílica de Montmartre, fueron como una solemne protesta de fe y de amor de la nación francesa al Corazón de Jesús.

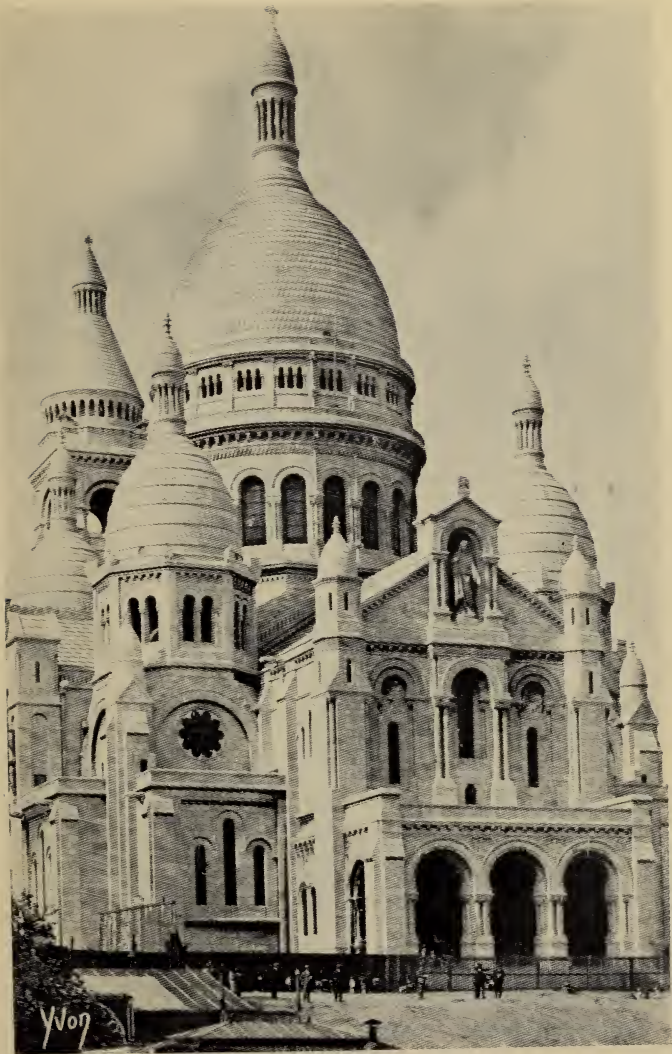
Este Congreso suscitó numerosos estudios eucarís-

ticos; más de 80 informes fueron presentados, algunos de los cuales no pudieron ser leídos por falta de tiempo y figuran en el volumen oficial del Congreso. Esas reuniones de estudio fueron presididas por el Abate Le Rebours, actuando de vicepresidente el R. P. Tesnière, que fué siempre uno de los más activos organizadores de aquellas solemnes asambleas eucarísticas.

Entre las cuestiones propuestas y discutidas en esas reuniones, muchas tratan de la enseñanza del catecismo, de la comunión frecuente, de la liturgia e indican los medios para conseguir en las parroquias un aumento de devoción al Santísimo Sacramento.

Monseñor d'Hulst habló de la adoración reparadora establecida en Roma recientemente y difundida ya, en el momento del Congreso en 350 Diócesis.

Como en los Congresos anteriores se dió un lugar especial a las obras de Adoración Nocturna y se leyeron al respecto disertaciones e informes verdaderamente interesantes. Entre ellos sobresalió por su carácter internacional el discurso del señor Luis Cazeaux, abogado de la Corte de Apelaciones de París, que fué para muchos Congresistas una verdadera revelación y causó agradable sorpresa, al verse, por él, el incremento extraordinario que iba tomando dicha obra en el mundo entero. El señor Cazeaux, hizo notar el progreso de la Obra en Bélgica, con los centros de Gante, Lieja, Tournai y Bruselas. En Inglaterra el célebre Cardenal Wiseman llamó de Francia al P. Hermann para establecerla en Londres, en la iglesia de los Padres Carmelitas. En Italia, Roma, Génova, Bologna y Ferrara; en Alemania, Colonia; en Polonia la diócesis de Wloclaweck; en el Canadá, Montreal y en los Estados Unidos Boston y Baltimore poseen centros muy florecientes de Adoración Nocturna.



París. — Basílica del Sagrado Corazón, de Montmartre.
(6° Congr.)

La nota característica del Congreso Eucarístico de París fué la proclamación, ante los pueblos, de la Realeza social de Jesús Sacramentado. En muchos discursos e informes se esforzaron los autores y oradores en mostrar que la devoción al Augusto Sacramento de nuestros altares es el centro, la coronación y el fin de todas las demás. Fué esta la idea dominante desarrollada elocuentemente desde el púlpito de Notre Dame por el R. P. Monsabré, O. P.

En París se renovó el emocionante espectáculo que los Congresistas habían presenciado en Tolosa dos años antes, donde, debido al celo del P. Durand, se habían iniciado lo que convinieron en llamar las peregrinaciones eucarísticas de niños.

Tuvieron lugar esas reuniones en Nuestra Señora de las Victorias y en la iglesia de los Padres Carmelitas. Más de 3.000 niños concurren diariamente a tributar sus homenajes de adoración al Amigo Divino oculto bajo las especies sacramentales.

En las asambleas de París se leyeron muchas interesantes monografías de asociaciones de Adoración nocturna y diurna que existen tanto en Francia como en las más distintas regiones del mundo.

La fecha de inauguración del Congreso había coincidido con el segundo centenario de una de las apariciones del Sagrado Corazón y se terminó un primer viernes en la basílica de Montmartre, consagrada al Sagrado Corazón de Jesús.

AMBERES, 1890

Muy acertada fué la designación de la ciudad de Amberes en Bélgica, para la celebración del VII Congreso Eucarístico, y el esplendor que revistieron las

ceremonias religiosas fué la prueba más convincente de que los habitantes habían comprendido el honor que se les hacía. Amberes podía ostentar muchos títulos para ser el centro de aquella imponente manifestación de fe. Es una de las más importantes ciudades de Bélgica. Majestuosamente situada a orillas del río Escalda, justamente orgullosa de sus glorias artísticas y de su opulencia, muestra todavía al viajero sus monumentos soberbios y su incomparable catedral de Notre Dame, que es la mayor y la más hermosa iglesia gótica del reino. Es una basílica cruciforme de siete naves, de capacidad un poco inferior a la de Nuestra Señora de París, pero tiene un aspecto armonioso y entre las muchas obras de arte que la decoran, se encuentran los tres célebres cuadros de Rubens: el descendimiento de la Cruz, la Crucifixión y la Asunción de la Virgen. Es en ese marco incomparable que iban a desarrollarse las principales ceremonias del Congreso.

Además, no se puede pensar en Amberes sin recordar al mismo tiempo al glorioso San Norberto, fundador de los Premonstratenses, e invicto defensor del Augusto Sacramento del Altar, puesto que, en el siglo XIII, se opuso a las falsas doctrinas del tristemente célebre Tanchelino, que en aquella misma ciudad se había atrevido a negar el misterio de la Presencia real de Jesús en la Hostia Consagrada.

Presidió el Congreso Su Em. el Cardenal Goossens, arzobispo de Malinas, y las sesiones de estudios fueron dirigidas por el señor canónigo Didiot, de las Facultades Católicas de Lila. Asistieron a la magna Asamblea, el excelentísimo señor Nuncio apostólico Monseñor Francisco Nava di Bontifé y doce arzobispos u obispos, entre los cuales se hallaban Monseñor Corrigan, de Nueva York y Monseñor Vaughan, a la sazón



Amberes. — La Catedral Notre-Dame.

La mayor y más hermosa iglesia gótica de Bélgica.

(7° Congr. Eucar.)

obispo de Salford y más tarde Cardenal arzobispo de Westminster.

Las sesiones se realizaron en el magnífico colegio de los padres jesuitas en cuyo hermoso salón de fiestas, caben holgadamente varios millares de personas.

Coincidió el Congreso con la fiesta de Nuestra Señora *op't Staaksken*, tan popular y tan solemne en Amberes. Ya desde el primer día, la ciudad toda se engalanó y se iluminó para manifestar a los fieles del mundo entero el amor y la devoción que los belgas profesan a Nuestro Señor y a su Santísima Madre.

El día 17 de agosto tuvo lugar la imponente procesión de Notre Dame, una de las más antiguas y más célebres y que viene renovándose con particular fervor desde más de cinco siglos. La estatua de la Virgen, llevada en andas, recorrió, en medio de las aclamaciones entusiastas de una inmensa muchedumbre, las calles principales de la ciudad, y a su paso se inclinaban las cabezas para recibir su bendición. En ella tomaron parte todas las Cofradías de la ciudad y de las provincias, juntamente con las numerosas corporaciones obreras o «gildes» ostentando sus magníficas banderas. Pasaba después el Santísimo Sacramento, llevado bajo un rico palio, por el eminentísimo Cardenal Goossens, escoltado por los vicarios generales de Malinas y por el vicerector de la Universidad de Lovaina, con algunos de los profesores, entre los cuales se veía a Monseñor Mercier, futuro Cardenal de Malinas, célebre en todo el mundo como filósofo y teólogo.

Acompañaban a Su Divina Majestad unos seis mil hombres, en el más profundo recogimiento. Al llegar a la plaza de Meir, donde se había preparado un altar monumental, se dió la bendición eucarística a la muchedumbre que llenaba la plaza.

Entre los muchos informes presentados, sobresale el del señor Collinet, sobre la necesidad de la Eucaristía para resolver la gravísima cuestión social. «La sociedad moderna, decía, ha levantado y levanta todavía barreras cada vez más altas entre las diversas clases. Arriba, costumbres paganas; abajo, apetitos nuevos... Se oyen por doquiera gritos de provocación a la guerra civil». Y el orador muestra a la Eucaristía como remedio único, capaz de restablecer aquella igualdad, tan pregonada por los enemigos de la Iglesia y nunca alcanzada. La igualdad verdadera es la que produce la Comunión.

El mismo tema fué ilustrado prácticamente por el señor Cosset, capellán de las usinas cristianas del Val-des-Bois, fundadas por el señor León Harmel. El orador describió las transformaciones producidas en el alma del obrero por el frecuente contacto con la Hostia Santa. De aquellos obreros sencillos e ignorantes, la Eucaristía ha hecho amigos y apóstoles de su causa y de su reino, después de haber hecho primero de ellos trabajadores modelos, inaccesibles a las seducciones de las doctrinas perversas y de los malos ejemplos. Los establecimientos del señor Harmel son y serán siempre la prueba más evidente de la transformación que la Eucaristía puede producir en el mundo obrero.

En la sección Obras Eucarísticas se presentó un interesante informe sobre una obra esencialmente belga, fundada por la señora de Méus, y difundida ya en todo el mundo. Es «la Adoración perpetua y las iglesias pobres», cuyo fin es proveer a las parroquias pobres de lo necesario para que el culto sea menos indigno de Nuestro Señor. Dicha obra gasta anualmente 200.000 francos en ornamentos y vasos sagrados.

El futuro Cardenal Vaughan interesó vivamente a sus oyentes, al tratar de la conversión de Inglaterra por medio de la Eucaristía; Inglaterra católica, llamada antiguamente «Dowry of Mary», la Dote de la Virgen, siempre se distinguió por su devoción al Santísimo Sacramento. Y es por medio de esas devociones que ha de volver a la fe de sus padres. Pidió oraciones con ese fin, indicando a los Congresistas una asociación especial de sacerdotes, que no dejan de rezar por la vuelta de Inglaterra al redil de Cristo, y celebran anualmente 2.300 misas con esa intención.

Mencionaremos, para terminar, el informe del padre Lambert, leído por el padre Durand S. S. S, acerca de la comunión semanal en los colegios. Esa lectura dió lugar a una interesante discusión pues se decía que el autor del informe no distinguía bastante entre la teoría y el hecho. Hoy día, después del Decreto de Pío X, dicha distinción no tiene más razón de ser, puesto que las únicas condiciones para acercarse con frecuencia a la Sagrada Mesa son el estado de gracia y la intención recta.

Inaugurado con la procesión de Nuestra Señora, el Congreso prosiguió sus trabajos en medio de las manifestaciones más conmovedoras de ciencia y de piedad, en que la Eucaristía fué estudiada bajo todos sus aspectos, en discursos muy elocuentes en que se destacaba de un modo admirable, la necesidad de considerarla como *el centro providencial de la restauración social*, y como la fuente de vida y de salvación para las familias y las naciones.

Dióse por terminado el Congreso con la peregrinación a Hoogstraten, localidad vecina de Amberes, donde se produjo en el siglo XIV un milagro eucarístico. Un sacerdote, al celebrar la santa misa, se vió

acometido de dudas acerca de la presencia real de Jesucristo en la Hostia, pero, he aquí, que de repente el vino consagrado se convierte en sangre en el cáliz y se derrama sobre el corporal. En Hoogstraten se conserva ese corporal en el cual aparecen todavía las manchas milagrosas.

JERUSALEN, 1893

¡Qué corazón cristiano no se siente conmovido al oír pronunciar el nombre de la ciudad santa: Jerusalén! Es la patria de Nuestro Señor, la tierra por El escogida cuando quiso redimir la humanidad pecadora y culpable; tierra santa en que pasó su vida y tierra ingrata también, que cerró sus oídos a la voz del Maestro y no quiso reconocerlo por su Dios.

Un Congreso Eucarístico en Jerusalén iba a reunir en la ciudad bíblica el Oriente y el Occidente, en aquella misma ciudad donde Jesús instituyó el Augusto Sacramento de la Eucaristía. La diplomacia europea se mostró sorprendida ante la posibilidad de la reunión del Congreso, y trató de impedirlo usando de toda su influencia junto a S. M. Habdul-Hamid, sultán de Constantinopla. Pero esas nubes amenazadoras se disiparon debido a la firmeza de León XIII, que no solamente aprobó la reunión del VIII Congreso en Jerusalén, sino que quiso presidirlo El mismo en la persona de su Legado.

Dos magníficos vapores llevaron de Europa al Asia a los felices peregrinos que iban a glorificar a Jesús Sacramentado en aquellos lugares santos de Palestina. Los dos vapores salidos de Marsella más bien parecían dos catedrales flotantes y en ellas durante la travesía fué expuesta la Divina Eucaristía y adorada, de día y



Jerusalén. — Basílica del Santo Sepulcro.
(8° Congr. Eucar.)

de noche, por los pasajeros. Cuatrocientos sacerdotes celebraron la santa misa, y en pleno Océano tuvo lugar como una conmovedora procesión de Corpus, bajo la bóveda de los cielos y en la inmensidad del mar.

La llegada del Emin. Cardenal Langénieux, arzobispo de Reims y Legado de la Santa Sede, fué un verdadero triunfo. El Cardenal hizo su entrada en la ciudad santa, montado sobre un caballo blanco, conducido por las riendas por un árabe de alta estatura. A su paso se aglomeraban las muchedumbres de cristianos, judíos y mahometanos; iba escoltado por los representantes del gobierno francés y representantes oficiales de todas las naciones, llegados para tributarle sus homenajes. ¡Qué espectáculo aquel de los Patriarcas y Obispos unidos, acercándosele con todo la pompa oriental! Las cabezas se inclinaban para recibir la bendición del Legado, mientras que las milicias turcas hacían el servicio de orden.

El lugar en que los corazones cristianos hubieran querido asistir a las ceremonias del Congreso era el Cenáculo, pero el Cenáculo está en manos de los turcos desde cuatro siglos, y ha sido, de todos los lugares Santos, el más profanado. La comitiva se dirigió pues, a la iglesia de San Salvador y el espectáculo resultó verdaderamente imponente. Al lado del Cardenal Legado iba el patriarca latino Monseñor Piavi y el patriarca griego Monseñor Youssef, con 10 arzobispos y obispos del rito latino de Oriente, 15 arzobispos y obispos de los ritos orientales: melquita, maronita, armenio, sirio, caldeo y búlgaro. Seguían diez prelados, superiores de Ordenes y abades mitrados; dos delegados oficiales de las iglesias copta y abisinia; alrededor de 500 sacerdotes seculares y regulares de Asia, Europa, África y América. Puede decirse con toda verdad que, como en

el día de Pentecostés, había en Jerusalén hombres de todas las naciones del mundo.

Los trabajos del Congreso de Jerusalén iban dirigidos todos hacia un fin principal: acercar el Oriente al Occidente, esas dos grandes fracciones de la iglesia cristiana, en el conocimiento, amor y glorificación de la Eucaristía, Misterio de Unidad. No se hizo esperar mucho el efecto del Congreso de Jerusalén, pues fué una luz para muchas almas rectas, y preparó a muchos de nuestros hermanos separados la vuelta al redil de la Iglesia romana.

En un país sometido al imperio de la Media Luna, en medio de una población mulsumana y cismática, de judíos y protestantes, el Sultán había dado órdenes terminantes y formales para que quedara asegurado el respecto y la libertad al culto católico en las manifestaciones públicas.

El Congreso de Jerusalén abrió los ojos de los Orientales, muchos de los cuales tenían ideas preconcebidas acerca de los latinos y a eso había contribuido no poco el proceder de algunos católicos que no comprendían la posibilidad de la conversión de un cismático si éste, abandonando su rito, no pasaba al rito latino. En Jerusalén se puso en evidencia la falsedad de semejante proceder y el discurso del Em. Cardenal Langénieux, vino a ser como una nueva luz en la solución de tan importante cuestión. «La Iglesia de Cristo, dijo, no es ni latina ni griega: es católica, universal, abierta a todos. Los ritos orientales ocupan en ella un lugar a igual título que el rito latino. No es exacto decir que aquella multiplicidad de ritos es tolerada; es una necesidad, porque responde a necesidades imperiosas, salvaguarda derechos adquiridos, libertades nacionales que pueden muy bien conciliarse con la integridad de la doctrina

y el pleno ejercicio de la disciplina eclesiástica». Las declaraciones del Cardenal Legado fueron oficialmente confirmadas más tarde por actas auténticas de la Santa Sede, donde queda estipulado que la conversión de los cismáticos no debe hacerse con un cambio de rito, sino que al renunciar al grupo cismático a que pertenecían pasan tan sólo al grupo católico del mismo rito.

Entre los discursos pronunciados por los Orientales en el Congreso de Jerusalén se destacó el de su E. Monseñor Gregorios Youssef, que trató del culto eucarístico en la Iglesia griega, en la cual la solemnidad de Corpus es obligatoria desde el año de 1737 y fijada en el primer domingo después de Pentecostés. En algunas iglesias se hace la exposición con el Santísimo Sacramento desde 1830 terminándose la función con una bendición solemne. La traducción árabe de las «Visitas de San Alfonso María de Ligorio», ha contribuído no poco a difundir en el pueblo una práctica tan piadosa y tan recomendada por los santos.

Informes análogos fueron léidos por Monseñor Ludovico Piavi, patriarca latino de Jerusalén, por Monseñor Garaigiri, obispo griego-unido de Paneas, (Cesárea de Filipo), por Monseñor Antonio Kandleff, arzobispo sirio de Trípoli y vicario patriarcal de Beirut y por don Anastasio Sabá-el-Lail, en el nombre de Monseñor Macain, pro-vicario apostólico de los Coptos, con residencia en El Cairo.

Todos estos informes de prelados Orientales suscitaron la admiración de los Congresistas venidos de Occidente, descubriéndoles cosas nuevas que muchos de ellos ignoraban.

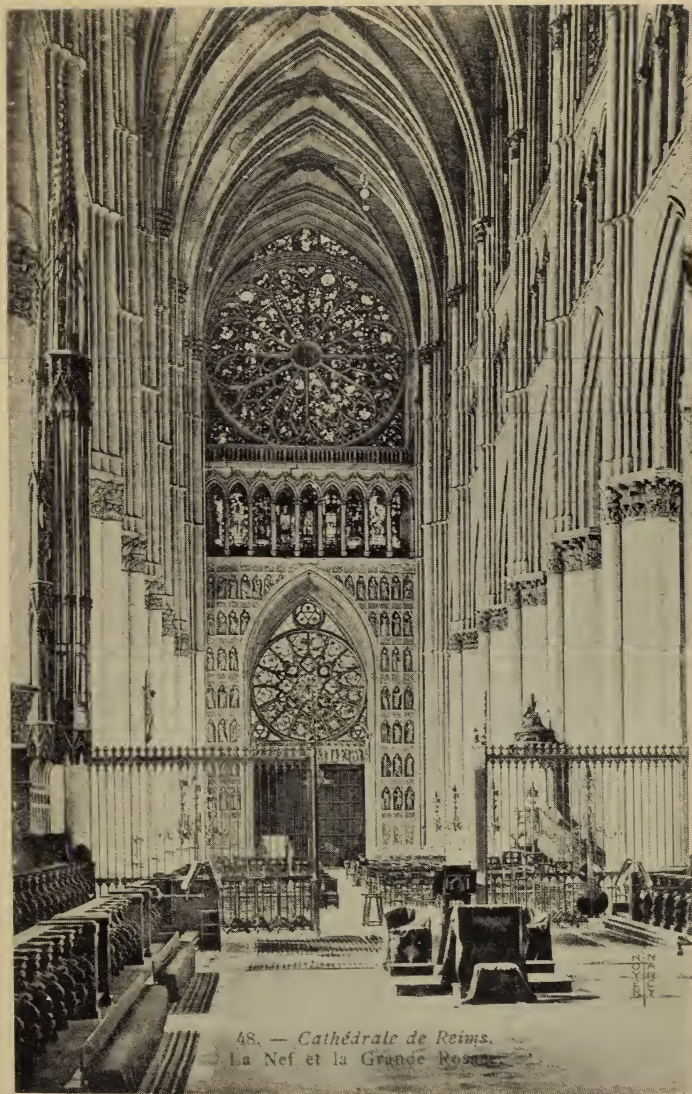
En una palabra, el Congreso de Jerusalén fué una espléndida manifestación de la Unidad de la Iglesia Católica. Es lo que se desprende del conjunto de los

discursos e informes leídos en las Asambleas, del espectáculo imponente de liturgias diversas en tan numerosos ritos, todos en honor del mismo Dios y en una identidad absoluta de creencia. Fué verdaderamente indescriptible aquella conmovedora ceremonia en que los patriarcas, arzobispos y obispos llegados de todas las partes del mundo prestaron obediencia al Cardenal Langénieux, Legado del Santo Padre. Fué un acontecimiento de trascendental importancia desde el punto de vista de la unión y de la vuelta posible de los Heterodoxos al aprisco verdadero para no formar más que un solo rebaño bajo un solo pastor.

REIMS, 1894

Al adherirse al Congreso Eucarístico de Reims, Monseñor Ohanessian, obispo armenio de Angora, escribía a Monseñor Doutreloux, presidente del Comité Permanente: «En Jerusalén habló el Oriente, en Reims el Occidente responderá». Y es, en realidad, lo que se hizo en la novena asamblea eucarística, que no fué sino la continuación de aquella inolvidable reunión realizada en la Ciudad Santa el año anterior. Es lo que se lee en la carta dirigida a Su Santidad León XIII por el eminentísimo Cardenal Langénieux: «El Congreso de Reims tendrá por fin principal preparar por el estudio y la oración la realización de los votos emitidos en Tierra Santa y recomendar a la solicitud fraternal de los católicos de Occidente las cristiandades orientales».

Prestábase admirablemente la ciudad de San Remigio para un Congreso Eucarístico. Reims es la ciudad en que Clodoveo, rey de los Francos, recibió el agua santa del bautismo y es allí donde nació la Francia



48. — Cathédrale de Reims.
La Nef et la Grande Rose.

Reims. — Nave de la Catedral, con el gran rosetón.

(9º Congr. Eucar.)

cristiana. Y el Congreso iba a realizarse precisamente en el momento en que los católicos franceses se preparaban para conmemorar el XIV centenario de tan gloriosa fecha, en aquella espléndida basílica en que tantos reyes recibieron su consagración.

El Congreso tuvo por presidentes honorarios al eminentísimo Cardenal Langénieux, arzobispo de Reims y al Emmo. Cardenal Lecot, de Burdeos, y por presidente efectivo, Monseñor Doutreloux, obispo de Lieja.

Respondiendo a las invitaciones del comité, muchos prelados y sacerdotes de Oriente acudieron para presenciar las solemnes manifestaciones religiosas que se preparaban. Mientras duró el Congreso, hubo cada mañana una misa de rito oriental en alguna iglesia de la ciudad: Monseñor Marmarian en el rito armenio, Monseñor Hoyek en el rito maronita y Monseñor Homsy en el rito griego. Llamaron mucho la atención de los fieles aquellas suntuosas ceremonias orientales desconocidas hasta entonces por muchos de los asistentes.

En vísperas de iniciarse las sesiones del Congreso hubo en la iglesia de Saint Jacques una imponente concentración de niños, presidida por el P. Durand, el infatigable organizador de las manifestaciones infantiles en las asambleas eucarísticas. Con su palabra tan maravillosamente adaptada para ponerse al alcance de aquellas almas inocentes, supo cautivar durante una hora entera su joven auditorio, explicándoles los cuatro fines del Santo Sacrificio, y haciéndoles rezar con fervor para que sobre los trabajos del Congreso descendieran abundantes las gracias del cielo.

El programa comprendía tres secciones: Fe y enseñanza eucarística; Historia y estadística; la Eucaristía y el Oriente. Habíase elaborado, además, un programa especial para las reuniones sacerdotales, en las cuales

se estudiaron temas de sumo interés y de la mayor actualidad.

Señalaremos la relación presentada por el P. Demartial, S. J., con motivo de las bodas de oro del Apostolado de la Oración, que contaba por aquel entonces con 52.038 centros y más de veinte millones de asociados. El P. Deckers trató de la misa reparadora que pide a sus asociados oír misa el domingo en reparación por los pecados que cometen los que descuidan el precepto dominical. El P. Zelle habló de una obra similar: la comunión reparadora que suscita anualmente unas ochenta mil comuniones de desagravio.

Un informe del señor canónigo de Leudeville, de Versailles, acerca de la devoción a la Sagrada Familia y la Eucaristía, dió lugar a reflexiones y discusiones de sumo interés. Se insistió sobre una devoción tan santa, no solamente útil, sino realmente necesaria en nuestros días en que va derrumbándose cada día más la autoridad en la familia. Con motivo de la restauración del espíritu cristiano en el hogar, daba el P. Tesnière, el siguiente aviso, que si se pusiera en práctica, sería el verdadero remedio a los males incalculables que amenazan la familia: «El matrimonio contractado al pie del altar no puede mantenerse sino apoyado en el altar y alimentado con el pan divino. Su gracia, que es el amor cristiano, sólo podrá preservarse de los excesos y desfallecimientos por el sacramento del amor y de la unión. Aprovechémonos de la ocasión del matrimonio para aconsejar a los novios que lo preparen por medio de la comunión, según el espíritu de la Iglesia y hagámosles comprender también la utilidad para ellos de la comunión frecuente, cada ocho días por ejemplo, para conseguir la paz y la prosperidad de su unión... La Eucaristía es el sacramento de la familia cristiana».



Paray-le-Monial. — La Basílica.
(10° Congr. Eucar.)

En la tercera sección del Congreso: El Oriente y la Eucaristía, eminentes personajes orientales, hablaron de los resultados del Congreso de Jerusalén, y de las señales de esperanza que había dejado en las almas. En la asamblea general presentó un muy estudiado trabajo el P. Michel, de los Padres Blancos, sobre la situación actual de las iglesias de Oriente, frente al cisma y al protestantismo. Leyóse después un informe del P. Bouvy, Asuncionista de Constantinopla, acerca de las Liturgias y tradiciones orientales, reveladas un poco a los católicos de Occidente por el Congreso de Jerusalén. El P. Tondini mostró el papel importante de la Eucaristía en la vuelta de la iglesia greco-rusa a la unidad católica, a pesar de los inmensos obstáculos que parecen oponerse a tan deseada unión.

Ocuparon igualmente un lugar en las reuniones de Reims las «Obras sociales» y las «Asociaciones especiales para Obreros». Con eso iba ensanchándose poco a poco el vasto horizonte de los Congresos eucarísticos, cuya misión es la de avivar la fe de los pueblos en la presencia real y de estudiar todas las obras católicas a la luz de la Eucaristía.

PARAY-LE-MONIAL, 1897

Si hubo jamás ciudad en el mundo que se prestase naturalmente para sede de un Congreso, era sin duda alguna, Paray-le-Monial. No era esta vez en una ciudad populosa que iban a reunirse los congresistas; pero este humilde pueblo de Paray, es desde el siglo XVII tan célebre como las más ilustres y favorecidas ciudades del mundo, por haber sido escogido por nuestro Divino Salvador para las manifestaciones de su Cora-

zón adorable. Es lo que hacía notar el Santo Padre en su carta: «Después de Jesusalén no se podía designar un lugar más conveniente para un Congreso Eucarístico que la ciudad de Paray-le-Monial». Y a continuación establecía el Soberano Pontífice un parangón entre aquellos dos santos lugares. En Jerusalén, Nuestro Señor da al mundo pruebas del más incomprensible amor, al instituir el Adorable Sacramento de la Eucaristía que perpetuará su presencia en este mundo hasta la consumación de los siglos; en Paray aparece varias veces a una alma privilegiada, Santa Margarita María Alacoque, revelándole los tesoros admirables encerrados en su Corazón Divino y pidiéndole se haga la propagadora incansable de tan saludable devoción.

El Congreso de Paray iba a ser, naturalmente, el Congreso del Sagrado Corazón. No habrá en Paray-le-Monial manifestaciones exteriores tan solemnes como en otros Congresos realizados en ciudades más importantes, pero será un Congreso de una piedad excepcional y como una fiesta íntima de las almas amantes de Jesús Sacramentado, en el lugar mismo en que resonaron aquellas palabras del Maestro: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no recibe de la mayor parte de ellos sino ingraticudes y desprecios».

Paray-le-Monial tenía también otro título para ver realizarse dentro de sus muros el Congreso Eucarístico pues, como se ha dicho en otra parte, es en la capillita de la Visitación, mientras doscientos diputados franceses leían el Acto de Consagración de su patria al Sagrado Corazón de Jesús, que la idea de manifestaciones eucarísticas internacionales se apoderó de aquella alma privilegiada que fué la señorita Tamisier.

El Congreso comprendía tres secciones con sus temas

respectivos: enseñanza eucarística, culto eucarístico y el Sagrado Corazón. En Paray, como en los demás congresos, se proponían los organizadores un doble fin: el uno más bien teórico, consistía en buscar los medios más aptos para hacer conocer, amar y exaltar el Santísimo Sacramento; el otro, eminentemente práctico, en dar al Divino Salvador, con oraciones fervorosas, ejercicios de penitencia y ceremonias solemnes, la reparación que reclaman los pecados de la humanidad. Y es precisamente lo que se hizo y en forma espléndida. Los 65 informes presentados en las tres secciones y en la sección sacerdotal, son la mejor prueba del intenso trabajo realizado en aquella asamblea; dichos informes abarcan cuanto se refiere directa o indirectamente a la enseñanza eucarística y al culto eucarístico. Verdaderos y celosos apóstoles pusieron en ellos lo mejor de su inteligencia y de su corazón, tratando muchísimas cuestiones relacionadas con la asistencia a la Santa Misa, para cualquier categoría de personas, y la Santa Comunión, tanto para el niño apenas llegado al uso de razón como para el anciano ya próximo a emprender el gran viaje de la eternidad. De todas aquellas comunicaciones sabias y profundas, se desprende una clarísima luz que ilumina muchos puntos oscuros o poco conocidos.

De ordinario no había en los Congresos Eucarísticos una sección especial de estudio reservada al Sagrado Corazón, pero una excepción se imponía en Paray por los motivos arriba mencionados. Además el culto al Sagrado Corazón tiende a promover el culto de la Divina Eucaristía, siendo uno de sus fines principales el reparar los ultrajes de toda clase que Nuestro Señor recibe diariamente en su sacramento de amor. Esta última sección revistió, por consiguiente, una impor-

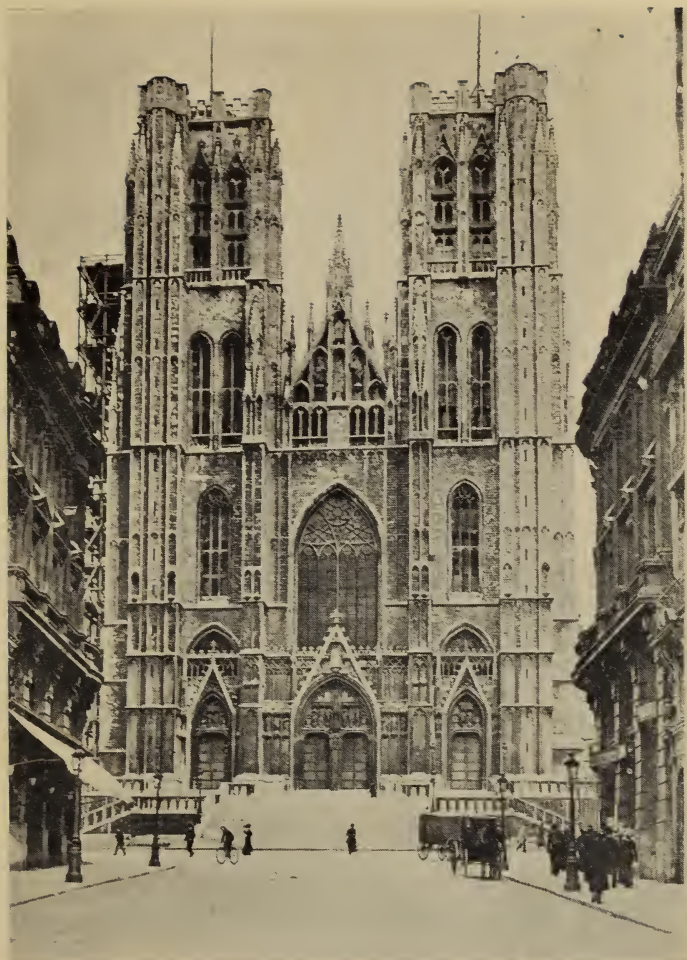
tancia excepcional. El P. Pouplard, S. J., trató de los comienzos y del desarrollo prodigioso de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; otros hablaron con entusiasmo de los caracteres del culto pedido por Nuestro Señor mismo a Santa Margarita María y pusieron de relieve las conveniencias sociales de dicho culto.

Entre los eleocuentes discursos pronunciados en el Congreso, no podemos dejar de señalar el del eminentísimo cardenal Perraud, obispo de Autun y miembro de la Academia francesa. Comparó la Eucaristía a la Zarza Ardiente que vió Moisés en el monte Horeb y desde la cual Dios habló a su siervo. La Eucaristía es aquella zarza ardiente, que no se consume jamás. Y el ilustre Purpurado, después de haber mostrado la semejanza, insiste en la diferencia entre el Horeb y el Tabernáculo. En el Horeb Dios prohíbe a Moisés que se acerque, porque dice: «La tierra que pisas es tierra Santa». En la Eucaristía, por el contrario, quiere el Maestro que nos acerquemos con frecuencia y nos invita a todos.

En las secciones reservadas al Culto eucarístico se destacan varios informes en que se recomienda de mil maneras la Adoración Perpetua, la Visita al Santísimo Sacramento y la Adoración Nocturna.

Pero donde se vió el carácter piadoso y recogido del Congreso de Paray-le-Monial, fué en aquellas Horas Santas, en las cuales tomaron parte obispos, sacerdotes y fieles, en el santuario mismo en que Nuestro Señor pidió se estableciese esta práctica de devoción, tan conocida hoy en día y tan difundida por todo el mundo.

La procesión de clausura no fué ajena a ese carácter de piedad y recogimiento, pues tuvo lugar en el jardín de la Visitación, testigo él también de las apariciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María.



Bruselas. — Santa Gúdula.
(11° Congr. Eucar.)

Terminóse el Congreso con el Acto de Consagración, leído en alta voz por el P. Lemius, después del cual se separaron los congresistas, más penetrados del amor de Nuestro Señor y más decididos a permanecerle siempre fieles.

BRUSELAS, 1898

Para el XI Congreso Eucarístico Internacional los Congresistas diéronse cita en la ciudad de Bruselas, y allí se verificó del 13 al 17 de julio de 1898. La capital de la católica Bélgica, fuera de las bellezas y riquezas artísticas de que hace gala, tenía un título más para ser el teatro de las manifestaciones eucarísticas que se preparaban al Dios de la Hostia. Bruselas es célebre por sus monumentos, su incomparable «Hotel de Ville», su colegial de Santa Gúdula y sus numerosas iglesias que encierran y conservan obras de pintura y escultura maravillosas, pero además de eso es Bruselas una ciudad eucarística, donde se conserva y se venera el *Sacramento de Milagro*.

En 1370, unos judíos se apoderaron de algunas hostias consagradas, para profanarlas horriblemente en sus sinagogas. Pero quiso Dios manifestar a estos malvados en medio de esas profanaciones mismas su presencia real; he aquí que de repente empieza a correr de aquellas hostias abundante cantidad de sangre. Llenos de espanto, quisieron los miserables judíos deshacerse de las Hostias ensangrentadas, pero un sacerdote, puesto en conocimiento del hecho milagroso, llegó a tiempo para salvarlas. Muy pronto toda la población conoció el prodigio; los culpables fueron encarcelados y las santas hostias fueron desde entonces

rodeadas de un culto solemne que se perpetúa hasta nuestros días. En la iglesia colegial de Santa Gúdula se conservan todavía aquellas Hostias profanadas, llamadas comúnmente «el Sacramento de Milagro».

El Congreso de Bruselas fué, sin duda alguna, uno de los más completos y mejor organizados hasta entonces. Desde la inolvidable ceremonia de apertura hasta la solemne procesión de clausura fué un triunfo grandioso de fe, una glorificación sin igual de la Realeza de Nuestro Señor Jesucristo.

Fué presidido por el Emmo. Cardenal Goossens, arzobispo de Malinas, y por el Emmo. Cardenal Vanuttelli, Legado del Papa y en él tomaron parte muchos preladados y obispos, muchos Abades Mitrados, no solamente de Bélgica sino también de los países extranjeros.

En el Congreso de Bruselas hicieron oír su potente y persuasiva voz los exponentes mayores de la elocuencia cristiana, representada por Mons. Cartuyvels, vicedirector de la Universidad de Lovaina, el P. Janvier, O. P., el P. Coubé, y laicos eminentes, como Godofredo Kurth profesor en la Universidad de Lieja y Woeste, ministro de Estado.

En las sesiones de estudio, se consideró principalmente a la Eucaristía en sus múltiples influencias sobre la cuestión social, y como remedio seguro y eficaz a los males profundos que aquejan y amenazan la sociedad moderna.

Entre los discursos señalaremos el de Godofredo Kurth, donde el orador mostró la Eucaristía como el principio inspirador del arte cristiano. El Conde Verspeyen habló sobre la Acción Social de la Eucaristía. El padre Janvier, el célebre orador de Notre Dame, desarrolló magistralmente delante de su auditorio un tema lleno de interés, demostrando cómo la Eucaristía respon-

de a aquella necesidad imperiosa del alma cristiana que reclama la presencia de su Dios.

El P. Coubé, a su vez, trató de la Eucaristía y la revolución social, mostrando cómo la Eucaristía y sólo ella es capaz de unir entre sí las clases sociales, porque sólo ella es capaz de destruir el egoísmo, que es el origen de las disensiones y de disminuir o transformar el sufrimiento, fuente de todos los descontentos. Hay que elegir entre estas dos alternativas: o la Eucaristía o la revolución social. Citó admirables ejemplos de aquella verdadera fraternidad establecida en el banquete de la comunión. «Dadnos, decía, hombres políticos que hayan meditado profundamente el misterio de amor de la Eucaristía, y afirmo que serán los reformadores más activos y más aptos para procurar el bien del pueblo». A continuación demostraba el orador la inutilidad de los sistemas inventados por los hombres para conseguir la paz social. Estos sistemas resultan y resultarán siempre ineficaces, porque sus autores quieren hacer abstracción de Aquel que es el solo que puede dar al mundo la paz que tanto desea.

En las sesiones de estudio se dió un lugar especial a la Obra de la Adoración Nocturna, obra tan próspera y floreciente en Bruselas. El señor vizconde du Parc habló del progreso y desarrollo de aquella obra en la capital belga, la cual contaba a la sazón con doscientos miembros activos, ofreciendo anualmente al Dios de la Hostia dos mil horas de Adoración.

Exhortaba a los católicos a que se inscribiesen en una Asociación tan santa, que si bien es verdad exige de sus miembros sacrificios reales, les procura al mismo tiempo, grandísimos consuelos. En prueba de su afirmación citaba las palabras de uno de los miembros más antiguos de la Obra: «De todas las horas de mi exis-

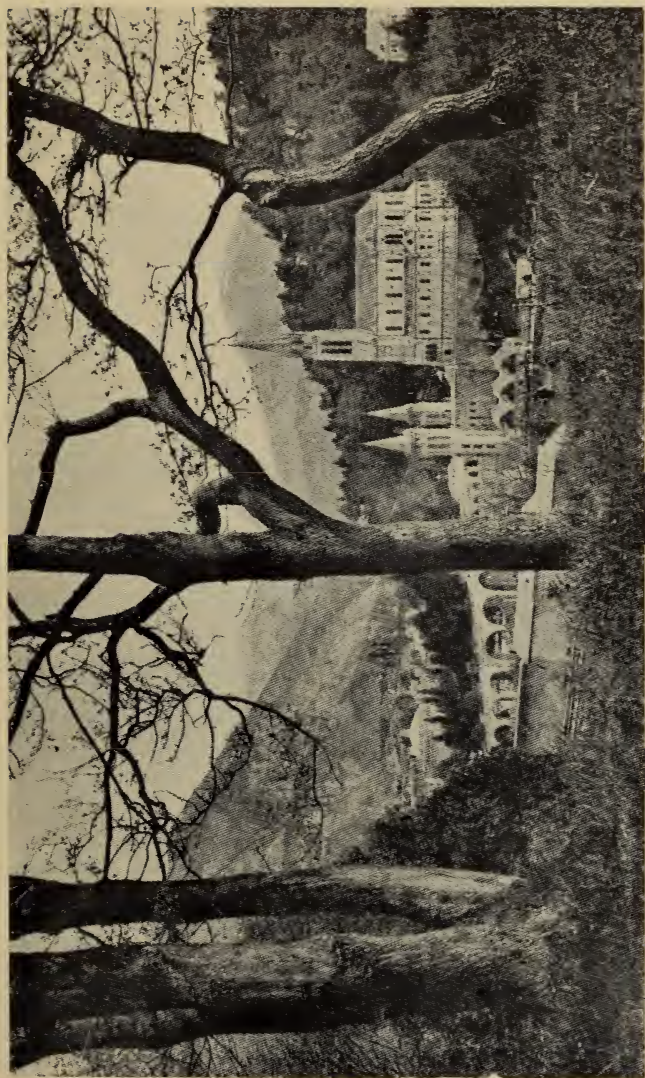
tencia las que más alegría me dan son las que pasé en la Adoración Nocturna. En medio de mis tinieblas allí encontré la luz; en mis debilidades y desalientos allí hallé la fuerza; en mis dolores y en mis penas allí encontré el consuelo. No tengo la menor duda de que en mis últimos momentos aquellas horas de adoración serán mi seguridad y mi alegría».

Hubo en Bruselas una sección consagrada a la Eucaristía en las misiones belgas de Mongolia y del Congo; otros eminentes personajes hablaron de Bulgaria, de las misiones del Punjab y de Nueva Zelanda. En una de las sesiones el P. Vermeersch, S. J. hizo renovar a los congresistas el voto emitido en Paray-le-Monial, para pedir la canonización de la confidente del Sagrado Corazón y la beatificación del venerable padre de la Colombière.

Las ceremonias del Congreso tuvieron su espléndido coronamiento en la solemne procesión del «Sacramento de Milagro», en la cual tomaron parte dos eminentísimos Príncipes de la Iglesia y treinta y tres obispos y prelados, revestidos con preciosos ornamentos. Acompañaban al Santísimo las más altas notabilidades del país y una muchedumbre inmensa, venida de todas partes, desfilando con sus banderas y estandartes, para tributar sus homenajes al Dios Sacramentado y atraer las bendiciones divinas sobre Bélgica y sobre el mundo entero.

LOURDES, 1899

En una de las apariciones a Bernardita Soubirous dijo la Virgen Inmaculada: «Quiero que en este lugar se levante una capilla y que la gente venga aquí en procesión». La Basílica estaba ya construída y la larga



Lourdes. — La Gruta y la Basílica. (12^o y 25^o Congr. Eucar.)

serie de las procesiones de Lourdes ya se habían iniciado, pero el Comité Permanente, al designar aquel rincón privilegiado del mundo para sede del XII Congreso Eucarístico Internacional, iba a dar a aquellas manifestaciones y procesiones un brillo y un esplendor nunca visto.

La fama de la Gruta célebre en que la Madre de Dios se dignó aparecer a una humilde hija del pueblo, se ha extendido hasta los últimos confines de la tierra, y ya no hay ningún católico que ignore los prodigios que allí no deja de obrar la Diestra del Altísimo por medio de María. Si Lourdes es la tierra clásica de la Virgen, no es menos la Tierra del Santísimo Sacramento, el lugar de su manifestación eucarística, donde Jesucristo, presente en la Hostia Santa, habla a las almas, sana las enfermedades corporales, multiplica los milagros, revelando de este modo su presencia Real en el Santísimo Sacramento.

Debido a aquellas inolvidables procesiones eucarísticas que se desarrollan incesantemente en el recinto de la Gruta de Massabielle, parece que Lourdes es la tierra donde más se honre y más se glorifique al Señor Sacramentado, y que la Virgen, al llamar a las muchedumbres a sus pies, no quería otra cosa sino ver a esas mismas muchedumbres postradas delante de su Divino Hijo, presente y vivo en la Eucaristía.

El Congreso fué presidido por el eminentísimo Cardenal Langénieux, arzobispo de Reims, Legado de la Santa Sede, y en él tomaron parte unos 30 arzobispos y obispos; revistió un carácter especial de devoción y de fervor.

Extraordinario fué el número de congresistas que acudieron desde todas partes del mundo, pues 7 pere-

grinaciones habían hecho coincidir la fecha de su visita a la Gruta con las solemnidades del Congreso.

Se trató más particularmente en este Congreso del culto eucarístico y de las relaciones entre María Santísima y la Eucaristía, relaciones compendiadas en el hermoso título dado a la Virgen Santísima por el Beato Padre Julián Eymard y aclamado por los congresistas: «Nuestra Señora del Santísimo Sacramento».

Dos hombres fueron como el alma y los animadores de la asamblea de Lourdes: el P. Tesnière, S. S. S., que con rara competencia dirigió los trabajos de las sesiones y el P. Coubé, celoso misionero, que pronunció en la basílica sus tres célebres sermones sobre la comunión semanal, los cuales habían de producir tanto bien en las almas.

Fué en Lourdes que se realizó por primera vez el voto emitido en el Congreso de Bruselas por Mons. Doutreloux, de asociar a las señoras a los trabajos de los Congresos Eucarísticos.

Así como las santas mujeres, en los días de la vida terrestre del Salvador, seguían a Jesús, en compañía de María, y empleaban su tiempo y sus recursos en el servicio del Colegio Apóstólico, se había juzgado oportuno dar un lugar especial a las mujeres cristianas en los Congresos, para hacerles conocer las obras diversas a que pueden entregarse e invitarlas a tomar parte en ellas. Desde entonces ha habido en todos los Congresos sesiones especiales de señoras que han presentado informes muy estudiados y trabajos muy útiles para contribuir eficazmente al noble fin que se proponen aquellas asambleas internacionales.

Verdaderamente indescriptibles fueron las manifestaciones de fe y de amor que tuvieron lugar en aquel templo augusto «que tiene por muros los Pirineos de

cumbres nevadas y por bóveda la inmensidad del cielo».

Cincuenta mil peregrinos tomaron parte en la procesión de la noche y con sus antorchas encendidas daban a la ciudad, ya profusamente iluminada, un aspecto feérico, mientras que de esa muchedumbre se elevaba suave el murmullo de la más tierna de las oraciones: el «Ave María».

Las tres secciones del Congreso de Lourdes respondían al programa siguiente, que fué desarrollado admirablemente en más de 50 informes instructivos y edificantes: 1° Medios para propagar la devoción al Santísimo Sacramento. — 2° El Sagrado Corazón y la Eucaristía. — 3° La Eucaristía y la Santísima Virgen.

La sección de Señoras tenía también su programa especial bien definido: La Eucaristía en la piedad, en la familia y en las obras.

En la segunda sección de estudios, fueron presentados algunos trabajos históricos acerca de obras relacionadas con el culto del Santísimo Sacramento. El P. Tadeo, O. M. F. habló de San Pascual Bailón, declarado poco antes, patrón de los Congresos Eucarísticos por el Papa León XIII.

El Padre Vaudon y el Padre Tesnière recordaron a los Congresistas dos nombres bien conocidos de todos, por la parte importante que tuvieron, como directores espirituales de la Sta. Tamisier, en la organización de la Obra de los Congresos: el P. Chevrier y el P. Eymard.

Al terminar su informe pedía el P. Tesnière a los que le escuchaban, se dignaran elevar al Dios Sacramentado fervorosas plegarias para conseguir del cielo la glorificación del «Sacerdote de la Eucaristía». Los aplausos con que fué recibida por todos aquella propo-

sición, indicaba claramente la unánime simpatía del Congreso para la persona y por la causa del Beato Pedro Julián Eymard.

No procuraremos describir la solemnísima procesión de clausura del Congreso, cuando el Rey de la Hostia, llevado en su «Carro de Victoria» recorrió las calles de la pintoresca ciudad.

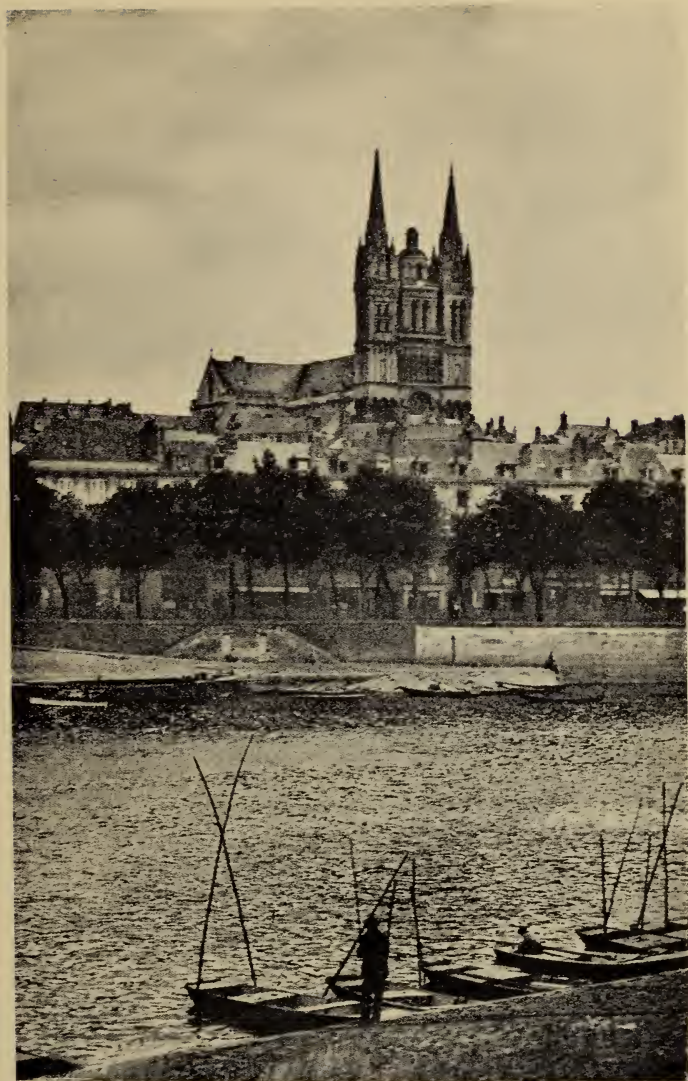
Sobre aquel carro adornado y resplandeciente, cuatro columnas cubiertas con seda blanca sostenían un riquísimo dosel, bajo el cual se había erigido un altar, para servir de tabor en que descansaba la radiante Custodia.

Soldados en gran uniforme acompañaban el cortejo; el carro iba arrastrado por cuatro caballos blancos engalanados y precedido por cuatro guías pirenaicos en traje de fiesta.

Dióse la última bendición eucarística desde el atrio de la Basílica, a aquella muchedumbre recogida y suplicante, que iba a alejarse de la tierra de María, feliz de haber vivido allí unos «días de cielo».

ANGERS, 1901

El XIII Congreso Eucarístico tuvo lugar en Angers (Francia), del 4 al 8 de septiembre de 1901. Angers es la ciudad que adquirió en el siglo X una tristísima fama por haber abrigado en sus muros al primer hereje que se atrevió a negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Berengario abjuró sus errores públicamente, pero el nombre de la ciudad católica de Angers ha sido siempre estrechamente ligado en la historia con el nombre del primer heresiarca que negó el dogma eucarístico. Angers es también la ciudad fiel



Angers. — La Catedral (empezada en 1140).
(13^{er} Congreso).

ilustrada por las guerras de los «Chouans», y nos recuerda un nombre sinónimo de fe, elocuencia y de valor: el nombre de un ilustre defensor de las libertades cristianas, su obispo: Mons. Freppel.

El Congreso se celebró algunos días apenas después de la muerte repentina y universalmente lamentada de Mons. Doutreloux, presidente del Comité Permanente de los Congresos Eucarísticos. Era él quien lo había preparado y sabiamente organizado; ese Congreso había sido el objeto de sus solicitudes hasta el último día de su vida y Dios lo llamó a Sí en el momento en que se preparaba para presenciar aquel nuevo triunfo de Jesús Sacramentado.

El 4 de septiembre las vastas naves de la Catedral estaban llenas de fieles ávidos de asistir a la ceremonia de apertura del Congreso y muchos millares de personas se vieron privadas de ese consuelo por no haber tan grande muchedumbre en el templo.

En aquella primera reunión de los congresistas, Mons. Rumeau, obispo de Angers, trató con su acostumbrada elocuencia de las conveniencias divinas y humanas de la Eucaristía, demostrando cómo la Eucaristía responde, por una parte, a las más imperiosas exigencias del amor divino y por otra, cómo se armoniza con las necesidades insaciables y los deberes imperiosos de la naturaleza del hombre.

El discurso de Mons. Rumeau fué como el magnífico prefacio de un poema admirable que todos, obispos sacerdotes y fieles iban a cantar durante tres días en honor de Jesús Hostia.

Terminada la función que acabamos de referir se dió principio a una noche de adoración organizada por iniciativa del presidente de la Adoración Nocturna, el señor arquitecto Dusouchay. Más de seiscientas

personas tomaron parte en aquella vigilia solemne, permaneciendo en su puesto de honor hasta las dos de la madrugada, hora en que el Ilmo. señor Obispo celebró el santo sacrificio de la misa y distribuyó la santa comunión a los adoradores. Tres sacerdotes, llenos de fe y ardor, habían sido encargados de entretener el fuego sagrado en el corazón de aquellos fervorosos y valientes soldados de Cristo: eran el señor Chaplain, capellán militar de las tropas de Anjou, un antiguo misionero de la Compañía de Jesús y el P. Durand, de la Congregación del Santísimo Sacramento.

Aquella noche de adoración fué una excelente preparación de los trabajos del Congreso. Las sesiones de estudio se iniciaron el día siguiente, bajo la presidencia del señor Greiller, vicario general, con asistencia de monseñor O'Callaghan, obispo de Cork y del almirante de Cuberville.

Conviene notar, que además de las acostumbradas secciones que tienen por fin tratar de la enseñanza y del culto, se había constituido en Angers una sección especial encargada de estudiar la influencia de la Eucaristía en las Obras sociales y una cuarta sección destinada al arte y a la arqueología eucarística.

El abate Saudreau, cuyos tratados de espiritualidad han alcanzado fama mundial, trató de la Eucaristía considerada como el alimento de la vida del alma.

La unión de las dos grandes devociones al Sagrado Corazón y al Santísimo Sacramento se afirmó una vez más en Angers. El P. Lemius y el P. Tesnière que tenían a su cargo la dirección de los debates en las diversas secciones, pusieron de relieve la importancia de esas dos devociones tan naturales al corazón cristiano.

En Angers, como en las asambleas precedentes, los

niños tuvieron también su participación en el Congreso, debido al celo incansable del P. Durand. El viernes 6 de septiembre unos siete mil niños llenaban por completo las naves de San Mauricio y por más esfuerzos que se hicieron para buscarles una colocación en el sagrado recinto, muchos no pudieron entrar. El padre «Amigo de los niños», dió a su infantil auditorio una fervorosa plática sobre los deberes del cristiano para con el Santísimo Sacramento, terminándose el acto con la consagración de los niños a Jesús Sacramentado y la bendición con Su Divina Majestad.

En las reuniones del XIII Congreso Eucarístico hubo tres innovaciones interesantes, que les dieron nuevo lustre y nuevas fuerzas: la participación de la Obra de la Juventud Católica francesa, los informes presentados y léídos por las señoras en su sección especial y la asistencia de las señoras en las sesiones cotidianas de trabajo.

El domingo 8 de septiembre fué el día de la clausura del Congreso. Terminóse con una procesión del Santísimo Sacramento, una de las más grandiosas y emocionantes ceremonias, cuyo recuerdo perdurará para siempre en la ciudad. Faltan palabras para describir cuán imponente fué aquel espectáculo; quince mil personas tomaron parte en el cortejo y más de cien mil lo presenciaron. Dominando aquella muchedumbre, las torres imponentes del viejo castillo recordaban al rey San Luis que las levantó y que parecía unir sus homenajes a los de los Congresistas. Eran las 20 horas cuando la procesión volvió a la Catedral, y los enemigos de la Iglesia, aquellos que pretendían que ya había muerto la religión, debieron encontrar aquí el mentís más formal a sus mentirosas aserciones sólo al oír cantar a aquella incontable muchedumbre el cántico

«A Dios queremos», que es como el acto de fe solemne de todo un pueblo.

Hubo, sin embargo, una nota más conmovedora todavía y fué cuando el venerable prelado diocesano subió al púlpito para proponer las aclamaciones finales a Jesús Sacramentado. A las palabras inflamadas del obispo respondían formidables, saliendo de millares y millares de pechos, las protestas de fe y de amor. Y cuando resonaron los acentos finales del «Christus vincit, Christus regnat», fué como una verdadera explosión de amor, y una prueba contundente de la vitalidad y de la oportunidad de la Obra de los Congresos.

NAMUR, 1902

Con el XIV Congreso Eucarístico cabe de nuevo a la católica Bélgica el honor de ver desarrollarse en su suelo otra de aquellas imponentes manifestaciones eucarísticas. La ciudad elegida por el Comité era la tranquila y pacífica ciudad de Namur, graciosamente situada en la confluencia de dos majestuosos ríos: el Mosa y el Sambre, y cuyo obispo, Mons. Tomás Luis Heylen, acababa de suceder a Mons. Doutreloux en la presidencia del Comité Permanente de los Congresos.

Namur había sido en el siglo XI la residencia de San Norberto, fundador de los Premostratenses y defensor ardiente e invencible del dogma eucarístico contra la afirmación mentirosa de los herejes; y es cerca de Namur, en el pueblecito de Fosses, que más tarde Santa Juliana de Mont Cornillon, a quien se debe la institución de la fiesta de Corpus, entregó su alma a Dios.

Dijo el P. Lemius en una de las asambleas de Namur, que el XIV Congreso sobrepujaba en esplendor a todos los precedentes y los congresistas que tuvieron la dicha de presenciarlo eran unánimes en corroborar la afirmación del eminente religioso. Ninguno de los precedentes Congresos había sido preparado con más cuidado; ninguno vió sus asambleas generales tan concurridas y tan brillantes; ninguno tuvo sesiones de estudio más profundas y más fecundas. Parece haber ejercido una influencia determinante sobre la grandeza del Congreso de Namur la publicación reciente de la Encíclica «*Mirae Charitatis*», en que el inmortal Pontífice León XIII hablaba con tanta convicción de la necesidad y de las ventajas individuales y sociales de las obras eucarísticas.

Otra causa del éxito alcanzado por dicho Congreso se ha de buscar en la admirable cruzada de oraciones organizada en Namur y en toda Bélgica por el celoso prelado diocesano, Mons. Heylen. Antes de iniciarse la magna asamblea la ciudad de Namur fué el teatro de dos imponentes manifestaciones: una jornada de plegarias, en la que participaron 4.000 jóvenes pertenecientes a los colegios católicos de las provincias de Namur y Luxemburgo, y una semana más tarde la peregrinación anual de los miembros de la Adoración Nocturna de Bruselas, acompañados por su director, el R. P. Durand.

Pero los que más rezaron tal vez para que del cielo descendieran abundantes las bendiciones divinas sobre el futuro Congreso, fueron los niños de Bélgica y de todo el mundo, a quienes el mismo P. Durand había dirigido una carta circular invitándoles a tomar parte en una gran cruzada de oraciones. Y movía a lágrimas la lectura de las cartas recibidas de todos los puntos

de la tierra, y en las que se ven los sacrificios de aquellas almas inocentes tan queridas del Divino Maestro. Niños y niñas de las Indias habían ofrecido con este fin centenares de comuniones y rosarios; jóvenes armenios de Angora habían oído y ayudado muchas misas; jóvenes búlgaros habían, con sus pequeños ahorros, comprado un lindo cirio para que se consumiese en su nombre durante las solemnidades del Congreso.

Muchos arzobispos y obispos se adhirieron a la gran manifestación eucarística: 48 obispos de Francia. 9 de Inglaterra, 13 de Austria-Hungría, 4 de Suiza, 5 de Italia, 4 de Holanda y 1 de Armenia. Lo honraron con su presencia efectiva 18 arzobispos y obispos, además del eminentísimo Cardenal Goossens, arzobispo de Malinas, Legado de la Santa Sede y Mons. Heylen. La distribución de las sesiones era la siguiente: enseñanza eucarística, piedad y culto eucarístico, asociaciones de Obras, sección sacerdotal, sección femenina y sección de la juventud.

Entre los oradores figuraban los más célebres y los discursos por ellos pronunciados en las distintas secciones proyectaron nuevas luces sobre el Sacramento del amor. Allí estaban el R. P. Etourneau, O. P., predicador de Notre Dame, de París, el P. Lemius, superior de los misioneros de Montmartre, el señor Godofredo Kurth, profesor de la Universidad de Lieja e historiador de fama mundial y el señor Woeste, ministro de Estado.

Este último fué acompañado hasta la tribuna con una formidable ovación de parte de sus conciudadanos; es que los católicos belgas querían homenajear a su gran leader, al eminente parlamentario y al gran cristiano que fué para ellos lo que Windthorst había sido para los católicos alemanes; el impávido defensor de sus derechos.

En un discurso de vastísimos alcances y con una elocuencia comunicativa, explicó el profundo significado de un Congreso eucarístico, cuyo fin es reanimar la vida religiosa de los individuos y de los pueblos. El progreso es la nota característica de nuestra época, pero, a pesar de ese progreso asombroso un malestar indescriptible se apodera de nuestra sociedad. Y al indagar la causa de este malestar general el eminente hombre de Estado, contesta: «Es porque la sociedad se ha apartado de los principios cristianos. En la laicización se ha de buscar la causa de nuestros males. Y el remedio no se encontrará sino en la restauración del espíritu cristiano en la vida privada, en la vida familiar y en la vida social.

Mons. Rumeau, obispo de Angers, uno de los mayores exponentes de la elocuencia sagrada, cuya voz autorizada ha resonado en tantos Congresos católicos, estableció un admirable parangón entre la Eucaristía y el Papado, indicando los puntos de semejanza que existen entre esas dos creaciones, nacidas ambas en el Corazón de Dios.

En la tercera asamblea general hizo uso de la palabra Godefroy Kurth apuntando a la Eucaristía como a la fuente de toda vida sobrenatural y de toda energía moral. Los aplausos repetidos de aquella muchedumbre acompañaban incesantemente al orador, cuando indicó en términos elevados el fin que se propone un Congreso eucarístico y puso en evidencia el papel social de la Eucaristía: «Echar por tierra las barreras levantadas por la impiedad de unos y la ceguera de los otros, entre Jesucristo y el mundo obrero y atraer a las muchedumbres al comulgatorio, cuyo camino muchos han olvidado. Pues el comulgatorio es por excelencia, el símbolo de la reconciliación de las clases y de la perfecta

fraternidad de las almas. De todas las mesas de festín preparadas por el mundo moderno, esta es la única donde todos, sin excepción, tienen su lugar, y donde no hay diferencia alguna entre el pobre y el rico, entre el obrero y el patrón. El comulgatorio es el trono de la igualdad humana y por decirlo así la prefiguración de la sociedad del porvenir, si esta sabe conformarse a la ley de perfección, y realizar su ideal que es el reino de Dios». Esas palabras proferidas por un laico creyente fueron recibidas por todos con aplausos prolongados, indicio de que los corazones de todos palpitan al unísono con el corazón del ilustre historiador belga.

Desarrollando un tema idéntico el P Etourneau cantó las glorias de la Eucaristía, que consideraba por una parte como la señal augusta de una adorable bondad, gloria del Dios oculto, y por otra parte, como el centro generador de una suntuosa unidad, como el cemento divino de una perfecta fraternidad entre los individuos y entre los pueblos.

La procesión de clausura del Congreso fué un espectáculo grandioso nunca visto en aquella ciudad belga. Para formarse una idea de la afluencia de Congressistas, deseosos de asistir a tan imponente manifestación en honor de Jesús Sacramentado, basta decir que en aquel día llegaron a Namur setenta y dos trenes especiales, para suplir la insuficiencia de los trenes ordinarios, incapaces de movilizar en poco tiempo una muchedumbre tan numerosa. Veinte obispos precedían al Santísimo Sacramento llevado sucesivamente por su Exc. Mons. Granito de Belmonte, Nuncio Apostólico y por el Emmo. señor Cardenal Legado. Más de treinta mil hombres tomaron parte en aquella procesión que dejó recuerdos imborrables en todos aquellos que ha-

bían abandonado por unos días su patria y sus hogares para asistir al triunfo de la Hostia en tierra de Bélgica.

ANGOULEME, 1904

El inmortal Pontífice León XIII, al considerar los benéficos efectos de los Congresos Eucarísticos Internacionales, pronunció un día una palabra que basta por sí sola para consagrarlos para siempre: «Los Congresos Eucarísticos son un bálsamo para mi corazón».

El Congreso de Angoulême el primero celebrado bajo el Pontificado de Pío X, iba a ser también para el Papa de la Eucaristía un gran consuelo para su corazón en medio de los ataques que se dirigían a la Iglesia de Cristo en varios países de Europa y particularmente en Francia. En un momento en que no faltaban amarguras para su corazón tan sensible y tan amante, Pío X sería feliz al comprobar que, a pesar de la tempestad que asolaba la tierra de Francia, numerosos cristianos vendrían a avivar su fe y duplicar sus fuerzas al pie del altar para los días sombríos y tristes que se cernían sobre el horizonte.

A muchos pudo parecer temeraria la designación para un Congreso Internacional de una ciudad de segundo orden, contando apenas 38.000 habitantes y en la cual la herejía calvinista había hecho tantos estragos. Pero los frutos abundantes que produjo, y el asombroso éxito que tuvo aquella asamblea, justificaron ampliamente la santa audacia de la fe de su digno obispo, al aceptar la invitación del Comité Permanente. El XV Congreso fué una sorpresa para todos y sobrepujó todas las esperanzas, ya por el esplendor de las solemnidades

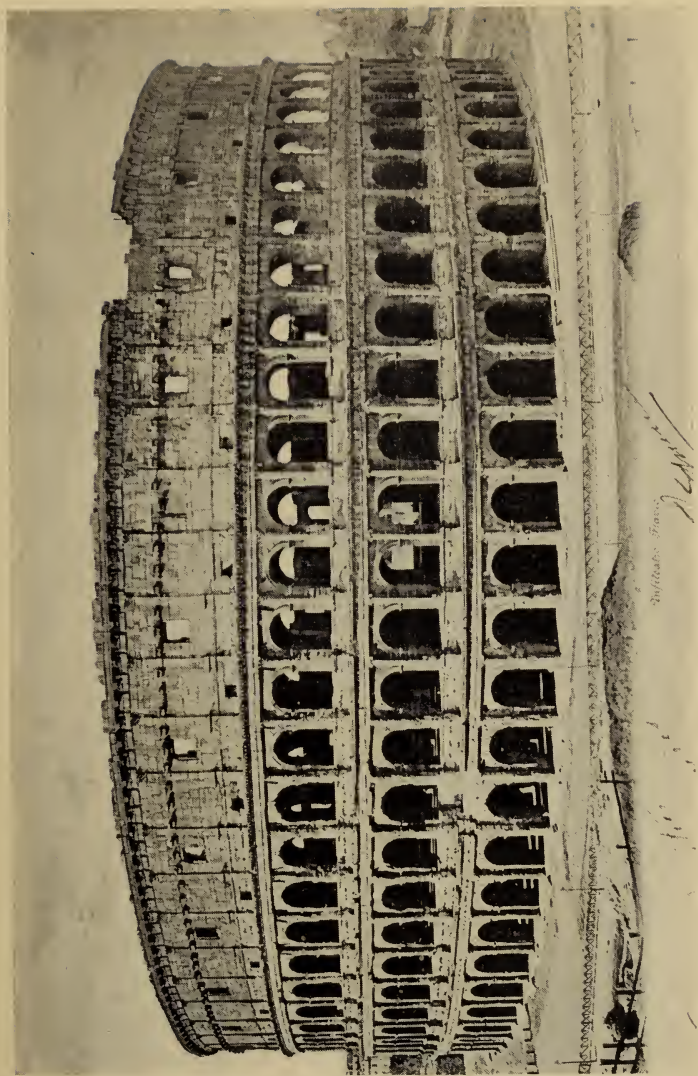
religiosas, ya por las sesiones de estudio, realmente interesantes y prácticas, ya por el número considerable de congresistas.

Entre los distinguidos prelados que honraron con su presencia el Congreso de Angoulême, además del ordinario del lugar Monseñor Ricard, y de Monseñor Heylen, presidente del Comité Permanente, conviene señalar el Emo. señor Cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos, Monseñor Rumeau, obispo de Angers, Monseñor Foulcault de Saint Dié, y Monseñor Delamaire de Périgueux. El Oriente estaba representado por Monseñor Haggar, obispo de Galilea, que fué objeto de manifestaciones de simpatía y de respeto.

En la distribución de las distintas secciones ya figuran en lugar de honor: «La Eucaristía y las Obras Sociales» y en una sección especial: «La mujer cristiana y la Eucaristía».

Entre los oradores eclesiásticos, además de los Exmos. señores obispos encontramos al célebre P. Janvier, ilustre sucesor de Lacordaire, Ravignan y Monsabré en el púlpito de Notre Dame de París, el cual, en un discurso admirable de fuerza y vibrante de emoción, demostró que sólo la Eucaristía puede producir la unidad intelectual y moral en el corazón de los hombres como en el corazón de las naciones.

El P. Tesnière con su comunicativa elocuencia y su profundidad teológica, apareció cada mañana en el púlpito de la Catedral para cantar las alabanzas del Dios de la Hostia. Consideró sucesivamente a Jesús Sacramentado como a víctima de los crímenes del mundo, alimento celestial de la vida de las almas, y amigo siempre presente a nuestro lado para consolarnos, fortalecernos y alentarnos en el momento del sacrificio y de la lucha. Estaba presente también uno de los más



Roma. — El Coliseo. (16° y 26° Congr. Eucar.)

infatigables propagadores del culto al Sagrado Corazón de Jesús, el P. Lemius.

Entre los oradores laicos señalaremos al señor Mauricio Georgeon, abogado y al señor Marc Sagnier, presidente del «Sillón», cuyo lema de acción es el siguiente: Hay que ir a la verdad con toda nuestra alma. Este último mostró en un muy aplaudido discurso, cómo la juventud que quiere intervenir en las cuestiones sociales sólo puede tener éxito si se acerca a menudo al Sagrado Banquete.

El sábado 23 de Julio hizo uso de la palabra el señor Séjourné, abogado en la Corte de Apelaciones de Orléans y al mismo tiempo uno de los prestigiosos jefes de la Juventud Católica Francesa.

Durante el Congreso de Angoulême hubo una noche solemne de Adoración en la Catedral y hasta la una de la madrugada el número de los adoradores no fué inferior a quinientas personas. Los padres Lémius, Tesnière, Durand y Deschamps se turnaron para guiarlos con fervorosas pláticas en ese ejercicio de amor y de reparación. A las doce de la noche empezaron a celebrarse las misas que se sucedieron sin interrupción hasta el amanecer.

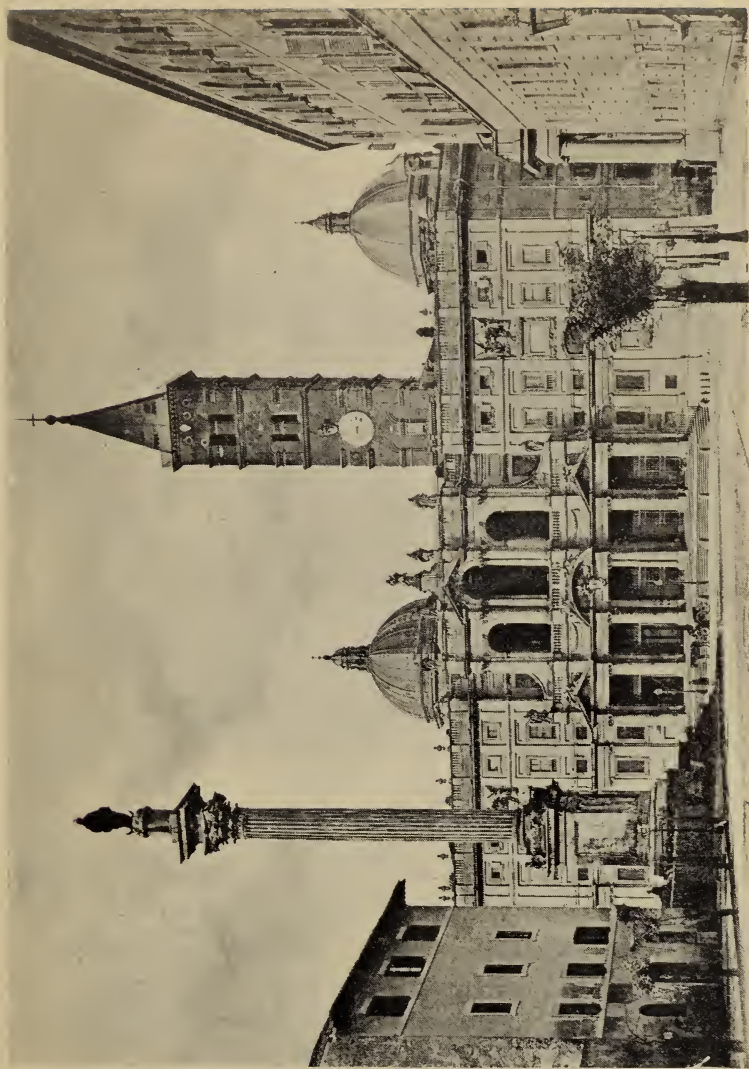
El jueves 21 de Julio tuvo lugar la tan simpática manifestación eucarística de los niños. Para dar una idea de la concurrencia en la catedral, basta decir, que en la imposibilidad de colocarlos a todos en las naves y capillas, muchos de ellos llenaban el prebisterio y hasta en la escalera que da acceso al púlpito algunos de ellos habían ido a buscar un asiento. Monseñor Ricard quiso presidir personalmente la ceremonia. Terminada la alocución del P. Durand, tuvieron lugar las aclamaciones a Jesús Sacramentado, finalizándose la conmovedora función con una procesión en los jardines del obispado y con la bendición eucarística.

Hubo, también, en Angoulême, reuniones especiales para las señoras catequistas voluntarias, en las cuales tomaron parte más de 600 damas, bajo la presidencia de Monseñor Odelin, vicario general de París. En aquellas reuniones se estudiaron principalmente tres puntos importantes: la enseñanza del catecismo en la familia, la publicación de un manual teórico y práctico para facilitar esa enseñanza y la fundación de una revista catequística mensual. Clausuróse la reunión de las Damas Catequistas con un discurso del P. Janvier, en que el eminente dominico les decía que su obra es no solamente buena, sino necesaria e indispensable, pues el catecismo contiene en sus pocas páginas la solución de la cuestión social y la última palabra de cuanto han escrito los filósofos: el catecismo es el compendio de toda la religión.

El domingo 24 de Julio fué el día del triunfo de Jesús Sacramentado. La falta de libertad exterior, rehusada por una municipalidad sectaria y los pocos recursos que podía ofrecer una ciudad de segunda importancia, perjudicaron no poco a las solemnidades de la procesión final, a lo que podría llamarse el aparato o el marco exterior del Congreso. Pero esa deficiencia fué abundantemente compensada por la vida intensa, el trabajo activo de las sesiones diversas, y por la piedad de las ceremonias que se desarrollaron dentro de las iglesias.

ROMA, 1905

Con el Congreso Eucarístico de Roma llegamos a uno de los puntos culminantes de la historia de los Congresos Eucarísticos. Al acceder con entusiasmo a



Roma. — Basílica de Santa María Mayor. (16^o y 26^o Congr.)

la invitación del Santo Padre para la celebración de su XVI reunión en la Ciudad Eterna, la Obra de los Congresos iba a recibir, por decirlo así, su consagración oficial y su carácter de catolicidad y universalidad.

Veinticinco años han transcurrido desde el Congreso de Lila y la Obra va a celebrar a los pies del Romano Pontífice su primer jubileo. El observador imparcial no puede negar el progreso de esa Obra en el último cuarto de siglo.

El Congreso de Roma algo tendrá de la majestad y del esplendor de la ciudad en que va a realizarse. Nunca habían tenido los Congresos Eucarísticos una ciudad que se prestara tan admirablemente para semejantes solemnidades, pues Roma es la ciudad célebre entre todas, ya por los recuerdos de un glorioso pasado, ya por sus monumentos y por sus grandezas presentes.

Para manifestar el interés que tomaba en la Obra de los Congresos, el Santo Padre había declarado que quería inaugurarlos personalmente con una Misa Papal en San Pedro. Es esa una función única, de una solemnidad incomparable, y que, por el hecho de celebrarse raras veces, suele atraer a la Ciudad Eterna muchedumbre de peregrinos y forasteros.

El 1º de junio, Pío X, llevado en la silla gestatoria, acompañado con veintinueve cardenales y crecido número de arzobispos y obispos, hizo su entrada solemne en la basílica de San Pedro. En la inmensa nave se hallaban millares de romanos y millares de católicos pertenecientes a todas las naciones del mundo, unidos todos para tributar a Jesús Sacramentado sus homenajes de adoración y manifestar al Vicario de Cristo sus sentimientos de veneración y de fidelidad.

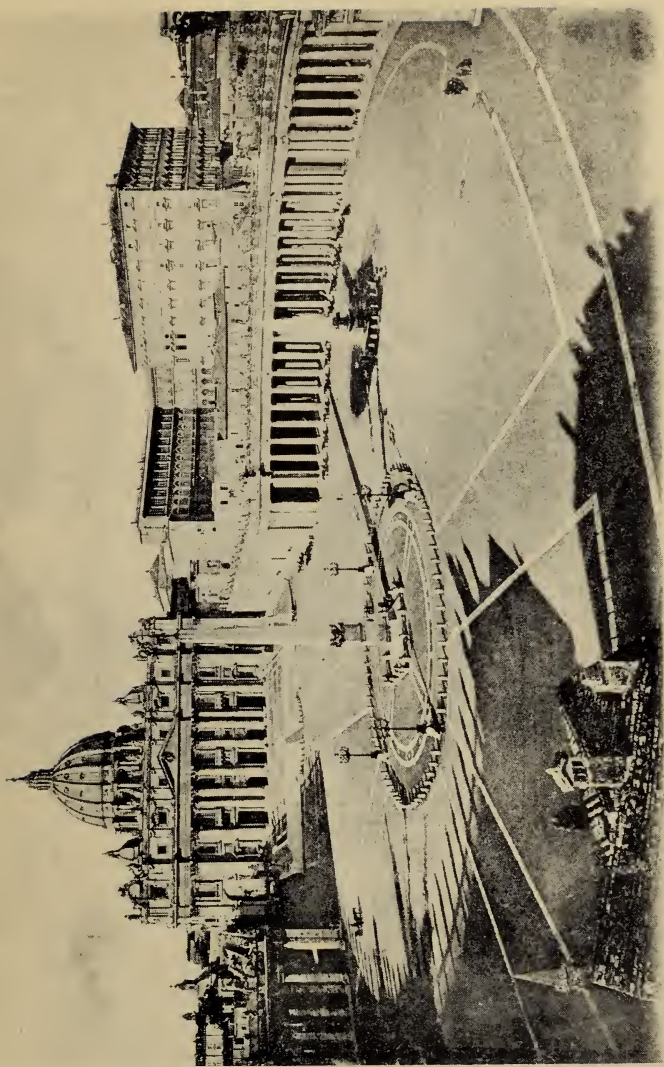
Sólo aquellos que han tenido la dicha de presenciar una de aquellas imponentes funciones en la basílica de

San Pedro de Roma, que conocen sus gigantescas proporciones, sus incomparables riquezas y la pompa extraordinaria de las ceremonias que allí se desarrollan, pueden formarse una idea exacta de la impresión producida sobre aquellos millares de creyentes, por un espectáculo tan grandioso.

En la tarde de ese mismo día, la muchedumbre se dirigió hacia la basílica de San Juan de Letrán, que es la primera en dignidad de todas las iglesias romanas y la madre de todas las iglesias. Allí se celebró un triduo solemne, en el cual hizo uso de la palabra en español Monseñor Soler, arzobispo de Montevideo, el cual, en un discurso de alto vuelo, expuso a su numeroso auditorio, la influencia de la Eucaristía sobre la sociedad moderna.

Conviene notar aquí que es en San Juan de Letrán donde se conserva una de las más preciosas reliquias, la Mesa de la Cena, en la cual Nuestro Señor instituyó el Adorable Sacramento de la Eucaristía. Durante siglos, aquella Mesa se conservaba en el Altar Mayor de la basílica, pero por orden de Pío IX se colocó encima del altar del Santísimo Sacramento, detrás de un bajorrelieve representando la Santa Cena.

Las reuniones de estudio y de trabajo tuvieron lugar en la basílica de los Doce Apóstoles y fueron presididas por el eminentísimo cardenal Respighi, vicario de Su Santidad. En una de aquellas reuniones Monseñor Heylen habló del jubileo de la Obra de los Congresos, y de los frutos ya producidos, al mismo tiempo que hacía votos para que los Congresos futuros fuesen más fructíferos todavía. En esas mismas reuniones, los Congresistas escucharon a oradores de fama como René Bazin y Godefroy Kurth hablarles de la influencia que debe ejercer la Eucaristía sobre la civilización y la fraterni-



Roma. — San Pedro y Vaticano. (16° y 26° Congr. Eucar.)

dad de los pueblos. El sabio profesor Horacio Marucchi, cuya vida se ha pasado en el estudio de los cementerios subterráneos de Roma, dió una importante conferencia sobre las Catacumbas romanas, donde se encuentran a cada paso los símbolos de la Eucaristía, lo que constituye un testimonio elocuente de la fe de los primeros siglos en la Presencia Real de Jesús en el Santísimo Sacramento.

Además de las ceremonias oficiales del Congreso, otras solemnidades tuvieron lugar en varios santuarios eucarísticos de la Ciudad Santa. Un triduo solemne se celebró del 4 al 6 de junio en la iglesia de San Claudio de Borgognoni, donde el Santísimo Sacramento está expuesto perpetuamente a la adoración de los fieles.

Los Congresistas españoles, en su mayoría miembros de la Adoración Nocturna, obra importante que cuenta en España con 230 secciones y 32.000 socios, tomaron la iniciativa de una noche de adoración en el «Gesú».

Entre los muchos informes presentados en el Congreso de Roma, conviene destacar los siguientes, porque proyectan una luz nueva sobre los frutos producidos por los Congresos Eucarísticos. El R. P. Couet, S. S. S., trató de la prensa eucarística, y señaló una verdadera florecencia de revistas, cuyo fin principal es hacer conocer, amar y servir a Jesús Sacramentado. En su informe muy documentado indicaba cincuenta y cinco revistas eucarísticas, muchas de las cuales deben su existencia, aunque indirectamente, a los Congresos Eucarísticos, que suscitaron en todo el mundo un deseo más vivo de estudiar y conocer mejor el Augusto Sacramento del Altar. El doctor Boissarie presentó un estudio de primordial interés sobre Lourdes y las procesiones del Santísimo Sacramento. Narraba la curación milagrosa de algunos enfermos y de su informe se desprende

claramente que las procesiones de Lourdes son una de las más bellas páginas que se hayan escrito en honor del Dios de la Eucaristía.

Pero donde llegaron a su punto culminante las solemnidades del Congreso y el entusiasmo de las muchedumbres fué en la procesión de clausura, que tuvo lugar en la basílica de San Pedro, asistiendo a ella unas cincuenta mil personas. Salió de la Capilla Sixtina el cortejo compuesto por todos los representantes de las Ordenes religiosas, un gran número de sacerdotes, de dignatarios eclesiásticos, de todos los cardenales presentes en Roma, acompañados con las tropas pontificales de las guardias suiza y palatina y de los gendarmes pontificios en gran uniforme. Al llegar a la puerta de la basílica, Pío X subió al «Tálamo» o trono portátil, sosteniendo entre sus manos la preciosa custodia de oro. Luego que hubo colocado el Santísimo Sacramento en el Altar de la Confesión, entonóse un solemne *Tedéum* cantado por aquella inmensa muchedumbre de fieles. Terminado el himno de acción de gracias y cantadas las oraciones litúrgicas, Su Santidad dió la triple bendición a todo el mundo, mientras que desde las alturas de la cúpula de Miguel Angel descendía suave la melodía de las trompetas de plata.

Fué ésta, por cierto, una exaltación grandiosa, inolvidable del Dios Sacramentado y un magnífico coronamiento del Congreso Eucarístico de Roma.

TOURNAL, 1906

Después de Lieja, Amberes, Bruselas y Namur, es otra vez en Bélgica, en la ciudad de Tournai, que los congresistas se hallan reunidos para el XVII Congreso

Eucarístico Internacional. Ese Congreso fué una magnífica glorificación de Jesús Sacramentado como los precedentes, pero si fuera preciso despejar su principal característica, podríamos decir que fué el *Congreso de la Comunión*. Es lo que se proclamó desde el primer día, en el breve enviado por el santo Padre al presidente del Comité Permanente y en el discurso inaugural pronunciado por el Eminentísimo Cardenal Vanuelli, Legado Pontificio. El Congreso de Tournai era el primero que se reunía después del memorable decreto de Pío X, exhortando a todos los fieles a acercarse con frecuencia y hasta todos los días a la sagrada mesa, al mismo tiempo que daba normas muy claras para facilitar tan piadosa práctica. El Congreso de Tournai se propuso, pues, el estudio del decreto del Santo Padre y los medios más aptos para propagar tan piadosa costumbre entre los fieles, arrancándolos de las regiones heladas en que, bajo pretextos de indignidad, los mantenía el jansenismo, y llevándolos a las regiones superiores de la devoción eucarística.

Las adhesiones al Congreso fueron numerosísimas y llegaron de todas las partes; entre ellas se encuentran las de 28 cardenales, 127 arzobispos y obispos y de 14 abades mitrados.

Inauguróse el Congreso el 15 de agosto en la Catedral de Notre Dame, que es como la característica de la ciudad, su centro, su historia y su corazón. Monumento de arquitectura, romana y ojival, con las cinco torres que lo coronan, presenta interior y exteriormente un aspecto majestuoso. Su construcción primitiva se remonta al siglo V, bajo el reinado de Chilpéric, rey de los Francos y padre de Clovis, pero ha sido reedificada del siglo XI al siglo XIII y restaurada después varias veces.

Fué en aquella célebre catedral, que tuvo lugar la ceremonia de apertura del Congreso Eucarístico. El orador para aquella solemne vigilia, fué el señor presbítero Coubé, que había ya desde mucho tiempo antes, conquistado un muy destacado lugar entre los oradores sagrados, que con más fe y amor hablaban del Santísimo Sacramento. Tomó por tema de su discurso «La teología de la misa» exponiendo las glorias del altar y mostrando a los congresistas, cómo en medio de los ataques modernos contra la Iglesia de Cristo, en el altar está la salvación. «Dichos ataques provienen de una falsa ciencia, de una falsa filosofía, de una falsa exégesis, y de una falsa concepción de las obras sociales, al mismo tiempo que provienen de hombres obcecados por sus pasiones y prejuicios, y en la lucha que se desencadena con una violencia cada día mayor, nuestra esperanza y nuestra fuerza está en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Ya no es una herejía que se propone la destrucción de las instituciones cristianas y despedazar la roca inquebrantable de Pedro; es el cúmulo de todas las herejías, es la negación total, es un cisma universal el que nos amenaza. Pero Dios, que siempre proporciona los auxilios adecuados a las necesidades, acaba de enviarnos el salvador en la persona del glorioso Pontífice, cuyo lema es: «*Instaurare omnia in Christo*». Ahora bien, Pío X nos muestra el remedio en el altar y en los congresos eucarísticos, cuya misión es la de acercar a las muchedumbres al Salvador del mundo». Al terminar, invitó al auditorio, en una vibrante peroración, a imitar a aquellos grandes cristianos, San Luis, O'Connell, Ozanam y García Moreno, que tan perfectamente comprendieron la importancia de la Santa Eucaristía en la vida de las almas y en la vida de los pueblos.

El 16 de agosto, el P. Durand dirigió la palabra a unos 2.000 niños reunidos en la Catedral y les explicó el decreto reciente del Papa, deseando que todos ellos se acerquen con frecuencia al Banquete Sagrado.

El orador de la tarde fué el P. Janvier, el cual en presencia del Eminentísimo Cardenal Legado y de Mons. Amette, pronunció un elocuente sermón sobre las palabras de Nuestro Señor, citadas en el capítulo VI de San Juan: «Yo soy el Pan de Vida». El eminente predicador de Notre-Dame desarrolló con su acostumbrada maestría el texto evangélico demostrando cómo la Santa Comunión ejerce una acción sobre la vida corporal sensible y sobre la vida intelectual del hombre.

El 17 de agosto, el R. P. de Vos, S. J. Provincial de Bélgica, trató de la dignidad del sacerdocio cristiano, íntimamente vinculado a la Eucaristía, puesto que el sacerdote es el ministro y dispensador de tan augusto Sacramento.

En las asambleas generales inauguradas por el Eminentísimo Cardenal Legado, los congresistas escucharon con mucho interés al eminente católico ministro de Estado, señor Woeste, cuya voz autorizada trató un tema de la más palpitante actualidad. Apuntó como remedio a los males modernos la restauración del espíritu cristiano, que es un espíritu de sacrificio y de celo; un espíritu que no se contenta con el mero cumplimiento del deber, sino que comprende también la acción, la propaganda y las obras.

Como lo hemos dicho ya, la mayoría de los informes presentados en el Congreso de Turnai, iban orientados hacia la aplicación del decreto pontifical, recientemente publicado. Sin embargo, se trataron en estudios muy claros y prácticos, cuestiones relacionadas con la enseñanza eucarística y las obras para la juven-

tud. Otros insistieron en que los boletines parroquiales fuesen eucarísticos y se propusiesen alimentar en los fieles el pensamiento de la Presencia real.

El R. P. Montillet, S. J., habló de las relaciones entre el Apostolado de la Oración y la Santísima Eucaristía, mostrando a los congresistas como esa obra, con sus 22 millones de asociados, es una verdadera fuerza para propagar en el mundo el culto eucarístico.

Una innovación en el XVII Congreso Eucarístico fué la *Exposición* Eucarística, organizada en el vasto colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Esa iniciativa que no carece de originalidad, se vió coronada con el más completo éxito. En ella estaban expuestos, no solamente los objetos del culto, como son altares, ornamentos, vasos sagrados, custodias, etc., sino también una serie de documentos instructivos, dando a conocer las obras eucarísticas, la historia de los precedentes congresos y las ingeniosas industrias utilizadas en la enseñanza religiosa escolar.

En la procesión final tomaron parte 250 agrupaciones o delegaciones diversas, con sus respectivas banderas y estandartes, acompañadas con la música del Regimiento 1° de Cazadores. Durante el trayecto el Santísimo Sacramento fué llevado por Mons. Mercier, Mons. Vico y por el Eminentísimo Cardenal Vanutelli. Fué un espectáculo realmente grandioso, y de veras emocionante, cuando después de la bendición eucarística, toda aquella muchedumbre, exteriorizando su fe repetía las acostumbradas invocaciones: «¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea su santo nombre!»

El Congreso de Tournai, acababa de dar nuevamente al mundo entero una admirable prueba de la fe y del amor que el pueblo belga profesa a Jesús Sacramentado.

METZ, 1907

El XVIII Congreso Eucarístico Internacional tuvo por escenario la ciudad lorena de Metz y por las orientaciones dadas a los diversos temas allí tratados, bien podríamos decir que no fué sino la continuación del Congreso de Tournai. La asamblea de Metz resultó de todo punto espléndida, tanto por el número de los congresistas, que pasó de 150.000 personas, como por la fraternidad cristiana que se manifestó en las sesiones y el esplendor deslumbrante de las ceremonias religiosas.

Por primera vez en la historia de los congresos tuvieron los organizadores la feliz iniciativa de preparar al Emmo. Cardenal Legado una corte de honor. La ciudad entera acudió para recibir al representante del Santo Padre en medio de las aclamaciones mil veces repetidas de ¡Viva Pío X! En esa recepción estaban presentes los Exmos. Sres. arzobispos y obispos, juntamente con los miembros del Comité local y los miembros del Comité Permanente. El cortejo se dirigió a la Catedral donde Mons. Benzler, obispo diocesano, dió la bienvenida al Emmo. Cardenal Vanutelli. Unas cinco mil personas llenaban las naves del templo para asistir a esa ceremonia con que se inauguraban las solemnes funciones del Congreso.

El volumen oficial que relata, hasta en sus mínimos pormenores, lo que fué la XVIII Asamblea Eucarística Internacional, señala la presencia en Metz de 2 cardenales, 5 arzobispos, 19 obispos, 3 abades premostratenses, 7 abades benedictinos y 3 abades cistercienses. Se habían recibido adhesiones de 30 eminentísimos cardenales y de 200 arzobispos y obispos, muchos de los cuales, entre ellos el Exmo. señor arzobispo de

Buenos Aires, habían designado un delegado que los representara. El decreto «*Sacra Tridentina Synodus*» acerca de la comunión cotidiana fué el objeto principal de las deliberaciones del Congreso. Después de la misa pontifical cantada por el Exmo. señor obispo de Spira, se dió principio a las asambleas del Congreso, sesionando separadamente en distintas salas del hotel Terminus las secciones francesa y alemana.

Uno de los primeros informes leídos fué un estudio profundo y teológico del padre Alberto Bettinger, S. S. S. acerca de las condiciones requeridas por la Santa Iglesia para la comunión frecuente y diaria, y los motivos que le hacían desear ver tan piadosa práctica difundirse por doquiera en el mundo cristiano. Hablaron a continuación el señor Bénard sobre la vida eucarística en la diócesis de Metz, el señor Parant sobre los medios más apropiados para atraer a las almas a la Sagrada Mesa y el señor Bouquerel de la Liga de la Santa Misa.

Al terminar esa sesión el eminentísimo cardenal Fisher, arzobispo de Colonia, manifestó en francés a los obispos y católicos franceses presentes su simpatía en el momento de prueba que atravesaban. «Aquí no hay, decía, ni Alemanes ni Franceses, no hay sino católicos, animados de un mismo amor hacia el Dios de la Eucaristía, que es de todos los países».

Por la tarde, la Catedral ofrecía un aspecto diferente, pero no menos encantador y piadoso. Millares de niños, llevando ramilletes y oriflamas, estaban allí reunidos para ofrecer a Jesús Eucaristía el homenaje de su adoración y pedirle que las solemnidades del Congreso produjeran frutos abundantes y duraderos en las almas de todos los cristianos.

Las sesiones generales se verificaron alternativamente en alemán y en francés y en ambas sesiones los

oradores supieron mantener a su auditorio en las altas regiones de la fe, inaccesibles a las mezquindades de un falso patriotismo o de un exaltado nacionalismo.

Las reuniones sacerdotales revistieron un carácter imponente por el crecido número de sacerdotes presentes — alrededor de 2.000 — y por la importancia de los temas tratados, relacionados todos con la aplicación del reciente documento pontifical. Monseñores Heylen y Schmitt hablaron del deber de la santificación personal del sacerdote, y otros eminentes miembros del clero secular y regular indicaron a los señores sacerdotes algunas obras especiales que se proponen trabajar eficazmente para alcanzar este fin. Entre esas obras sacerdotales se señalaron la Unión Apostólica, La liga Sacerdotal Eucarística y la Asociación de los Sacerdotes Adoradores. El informe leído por el reverendísimo padre Couet, s. s. s. acerca de esta última obra, mostró claramente su importancia y el incremento admirable que iba tomando, pues a pesar de ser una asociación de fundación reciente, contaba ya con 75.000 sacerdotes inscriptos, 200 obispos y 10 príncipes de la Iglesia.

El día 8 de agosto, Monseñor Fulbert Petit, arzobispo de Besançon, agradeció en nombre de sus compatriotas, las palabras pronunciadas por el eminentísimo cardenal Fischer a los Franceses presentes. Luego se prosiguió con la lectura de los informes, que versaron sucesivamente sobre la comunión pascual, la comunión frecuente y las obras más indicadas para realizar el deseo del Santo Padre, que es al mismo tiempo el deseo de Jesucristo.

El día 9 de agosto, el calor sofocante no impidió que se llenaran por completo las vastas salas del Terminus. Al lado de Mons. Heylen, estaban Mons. Dubois, obispo de Verdun y Mons. Maes, obispo de

Covington, (Estados Unidos), y entre los laicos, el señor Conde de Droste-Vischering y el señor Grober, una de las figuras más destacadas del catolicismo alemán. Conviene señalar aquí un informe notable y muy instructivo, presentado por el señor presbítero Cotty, párroco de Mulhouse, el cual suscitó una acalorada discusión. Algunos congresistas objetaron que era prácticamente imposible en algunas regiones, atraer a los obreros a asociaciones netamente religiosas. Contestó el señor Cotty que en Alsacia y Lorena se han conseguido resultados apreciables, comenzando con asociaciones religiosas, las cuales abren camino poco a poco a la asociación económica. Otros proponen de seguir el orden inverso, empezando por obras de carácter económico, con el fin de mejorar la situación del obrero, estudiar y discutir sus intereses profesionales y atraerlos de este modo paulatinamente a las asociaciones religiosas. No puede darse una solución uniforme a esa cuestión y habrá que tener en cuenta los diversos medios en que se vive y las situaciones distintas.

Acercas de esas mismas asociaciones obreras habló el P. Lintelo, S. J., apóstol infatigable de la comunión frecuente, y leyó algunas notas relativas al éxito obtenido sobre los obreros por medio de los retiros especiales para ellos. Otro miembro de la Compañía de Jesús, el padre Wouters trató del Sagrado Corazón y la Eucaristía y el P. Kécheur, C. SS. R. de la devoción al Corazón Eucarístico de Jesús.

El 10 de agosto el P. Durand, amigo de los niños, mostró a los congresistas la importancia de una preparación eucarística propiamente dicha para la primera comunión. Monseñor Wittner, coadjutor de Monseñor Schanz, obispo del Chan-tung oriental, se levantó, invitado por Monseñor Dubois y edificó a todos los



Londres. — Catedral Católica de Westminster.
(19° Congr. Eucar.)

congresistas, al narrarles la fe profunda de los cristianos de China y los sacrificios heroicos que hacen para no perder una sola comunión o una sola misa.

Las sesiones de estudio fueron clausuradas con un solemne discurso del eminentísimo Cardenal Vanutelli. En esta última reunión fueron muy aplaudidos dos elocuentes oradores: el señor Séjourné, abogado de Orléans y el canónigo Finet que, con su acostumbrada elocuencia y precisión, trató del papel social de la Eucaristía.

Llegó el día de clausura. La misa solemne fué cantada por el Cardenal Legado, con asistencia de 28 prelados en capa y mitra. Estaban presentes el presidente von Zeppelin, varios generales, el alcalde de Metz y una muchedumbre inmensa asistió al Santo Sacrificio. Por la tarde una imponente procesión fué el digno coronamiento de aquellas incomparables solemnidades.

LONDRES, 1908

El nombre de la gran metrópoli inglesa fué el que se pronunció en Metz, cuando se trató de designar la ciudad en que había de tener lugar, el año siguiente, el XIX Congreso Eucarístico Internacional. Era esto, a no dudarlo, un pensamiento atrevido, casi diría un desafío, el querer celebrar una asamblea eucarística, en el corazón mismo de un reino donde la herejía había sentado su formidable imperio desde varios siglos atrás. ¿No parecía más bien locura el querer, con toda la pompa y solemnidad del ceremonial romano, honrar a Jesús Sacramentado en la ciudad que antes parecía la antítesis de Roma, y hacer aclamar al Cardenal Legado en un país en que el solo nombre del Papa suscitaba

rencores y odios, traducidos en aquel grito tantas veces repetido de «No Popery»? Era éste, sin embargo, el deseo del Comité Permanente; quería glorificar en la misma ciudad de Londres, el misterio más sublime de la Iglesia, el misterio que ha sido tantas veces el punto de discordia entre cristianos y herejes, desde los días de la Institución de la Eucaristía hasta los nuestros. Siendo este misterio eucarístico uno de los más perseguidos por los reformadores, convenía que se expusiera la Hostia Santa a la adoración de los fieles para dar al pueblo de Gran Bretaña una idea de lo que era su patria, cuando se honraba del glorioso título de «Dowry of Mary».

Accediendo al pedido formulado por los católicos ingleses fué decidido el Congreso y se fijó la fecha de su celebración para el mes de septiembre de 1908.

El eminentísimo Cardenal Vanutelli fué el Legado designado por el Santo Padre para representarle en aquella solemne asamblea eucarística. La recepción entusiasta que se le dispensó en el Admiralty Pier de Dover, donde fué recibido por los excelentísimos señores obispos de Southwark y Arindela, ya era un feliz presagio de lo que iba a ser el Congreso de Londres. El Cardenal Vanutelli era el primer Legado pontificio que pisara tierra inglesa desde 350 años. Su llegada a la estación de Charing Cross fué más entusiasta todavía, pues allí fué recibido por el excelentísimo señor arzobispo de Westminster, acompañado de siete arzobispos y obispos y de un gran concurso de fieles.

Nunca hasta la fecha, excepción hecha de Roma, se había presenciado en los Congresos Eucarísticos, semejante séquito de ilustres prelados e insignes príncipes de la Iglesia. Además del Cardenal Legado estaban allí presentes los eminentísimos cardenales de

Baltimore, Armagh, Toledo, Milán, Tolosa y Malinas. El «Official Record» del Congreso da también los nombres de 15 arzobispos y 75 obispos presentes, llegados de todas las partes del mundo, entre los cuales Monseñor Terrero, obispo de La Plata y Monseñor Jara, obispo de San Carlos de Ancud, representaban a la república Argentina y a la república de Chile.

La ceremonia de apertura tuvo lugar en la Catedral de Westminster el 9 de septiembre. Al día siguiente, después de una misa pontifical celebrada por Monseñor Amette, arzobispo de París, se dió principio a las sesiones de estudio que se realizaron al mismo tiempo en vastos locales suntuosamente adornados, una para la sección inglesa y otra para la sección de lengua francesa.

Esas sesiones fueron en su mayoría consagradas a estudios destinados a defender y exponer el misterio de la Presencia Real y del Sacrificio de la Misa contra la herejía protestante. Algunos de estos trabajos tienen un innegable valor apologético; en ellos se pone también de relieve la fe eucarística de Inglaterra en los tiempos que precedieron a la Reforma, con el fin de mostrar al pueblo británico cómo la fe católica está en perfecta armonía con las antiguas tradiciones de su país, hasta el día en que vino a quebrantar aquellas tradiciones el error protestante.

En ese sentido se expresó en la sesión inglesa el célebre Benedictino Dom Gasquet, al tratar de la Eucaristía y la Reforma, mientras que Monseñor Keating, obispo de Northampton, habló de «los mártires de Inglaterra y la Eucaristía».

No fué menos concurrida la sesión de lengua francesa y a pesar de la amplitud de la sala, unas cuatrocientas personas tuvieron que permanecer de pie y

muchas otras no pudieron penetrar siquiera en el recinto de las sesiones. Presidió esa sesión el ilustre abad de Farnborough, Dom Cabrol, O. S. B., estando presentes el excelentísimo Cardenal Ferrari de Milán y el Cardenal Sancha y Herries de Toledo, juntamente con unos veinte prelados de diversas nacionalidades. Uno de los importantes informes leídos fué el del príncipe Max de Sajonia, acerca de la enseñanza eucarística de San Juan Crisóstomo.

Merecen una mención especial las asambleas generales, realizadas en el «Albert Hall», donde se reunieron cada noche 12.000 hombres para escuchar los discursos elocuentes y piadosos de los oradores del Congreso.

La misa pontifical del segundo día fué celebrada por Monseñor de Watering, obispo de Utrecht, y la del tercer día fué una misa de rito bizantino, oficiada por el archimandrita de la iglesia melquita de Saint-Julien-le-Pauvre de París.

Las crónicas de los diarios excitaron la admiración del mundo entero al referir el espectáculo de 20.000 niños católicos, desfilando durante hora y media ante el Cardenal Legado, entonando cánticos religiosos, vitoreando al Santo Padre y llevando banderas en que se hallaban grabados los deseos de sus infantiles corazones y el objeto de sus fervorosas oraciones: «God convert England!».

La presión hecha sobre el gobierno por un grupo de sectas protestantes vino, cual negra nube, a ensombrecer un instante los corazones de todos los Congresistas, al conseguir que no se realizara la imponente procesión final con que suelen darse por terminados los Congresos. Esa medida fué recibida con las protestas indignadas de todos los católicos y de no pocos protestantes. Los grandes órganos de la prensa londinense

manifestaron también al ministro su extrañeza y sorpresa. Debido a ese contratiempo de última hora, el triunfo de Jesús Sacramentado no fué tan solemne como se esperaba; sin embargo, ese triunfo fué extraordinario. No apareció en verdad el Santísimo Sacramento, pero el recogimiento de la muchedumbre indicaba claramente que su pensamiento no se apartaba un instante del Augusto Prisionero del Tabernáculo. Se formó un cortejo en las calles que rodean la Catedral, y en él formaban treinta mil católicos, mil quinientos sacerdotes, los Pares católicos de Gran Bretaña, encabezados por el Duque de Norfolk, jefe de la nobleza, y por el Marqués de Ripon, antiguo virrey de las Indias. Venían a continuación unos cien arzobispos y obispos, los eminentísimos cardenales en *cappa magna*, y el eminentísimo Cardenal Legado, seguido inmediatamente por dos miembros del Parlamento francés, los señores Jénouvrier y Delahaye, ostentando su echarpe tricolor. Era este un espectáculo magnífico, nunca visto en Inglaterra desde tres siglos.

Terminado el desfile permaneció la muchedumbre apiñada en la plaza y en las calles adyacentes a la Catedral y en el mayor recogimiento, al saber que el Cardenal Legado subía a los balcones del templo para desde allí darles a todos la bendición con Su Divina Majestad. De aquella inmensa multitud, cuyos corazones palpitaban al unísono en una misma fe y un mismo amor, se elevó grave y sublime, cual el ruido de las grandes aguas, el canto majestuoso del *Tantum ergo*, y el Cardenal, desde los altos balcones, trazó sobre todos aquellos fieles la señal de la Cruz con la radiante custodia. De cien mil pechos brotaron en aquel instante vítores de alegría que poblaban el espacio, y retumbaban cual trueno prolon-

gándose al infinito. Estaba terminado el Congreso de Londres.

Y desde aquella fecha para siempre memorable, en que el sol de la Eucaristía reapareció en el horizonte de la nación inglesa, ésta, que estaba ya en marcha hacia Roma, impulsada por la nostalgia del hijo pródigo y por la misma gravitación divina del alma hacia el centro único de la verdad, parece acelerar ese movimiento de retorno al seno del Catolicismo.

COLONIA, 1909

Después de las solemnes manifestaciones eucarísticas de Londres, los congresistas se dieron cita para el año siguiente en la importante ciudad de Colonia en Alemania. Ninguna ciudad del imperio podía ser elegida con más acierto para un acontecimiento semejante. Como lo hacía notar el eminentísimo Cardenal Legado en su discurso de apertura, Colonia es la ciudad católica por excelencia de los países germanos, justamente orgullosa de sus numerosas y magníficas iglesias, una ciudad que se compendia y se encarna, por decirlo así, en su inmensa y admirable Catedral. Colonia es también el centro intelectual, religioso y artístico de la Alemania renana, y célebre en la historia por sus glorias eucarísticas. Conserva todavía el recuerdo de Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino y Duns Scot que la ilustraron para siempre. Estaba, pues, esa ciudad admirablemente preparada para ser la sede del XX Congreso Eucarístico.

Colonia, ciudad de 500.000 almas, situada en hemisiclo, en la orilla de uno de los ríos más ilustres de la



Colonia. — La Catedral: fachada principal.

(20° Congr. Eucar.)

vieja Europa, vió muchas veces pasar los grandes ejércitos, fué el teatro de sangrientas luchas y presenció el paso de los grandes conquistadores: Atila, Clovis, Carlomagno, Luis XIV y Napoleón. Pero estas glorias del pasado palidecen y desaparecen ante las ventajas presentes que ofrece la ciudad de Colonia para una Asamblea Eucarística Internacional. Es el carácter eminentemente religioso de la gran metrópoli renana, siempre fiel a la fe de sus antepasados, la cual, defendida por sus Príncipes-Obispos, nunca dobló su frente bajo el yugo de la reforma protestante.

Su Santidad Pío X que nada anhelaba tanto como el éxito siempre creciente de aquellas espléndidas manifestaciones de fe y de amor, se hizo representar por el eminentísimo cardenal Vanutelli, quien había desempeñado ya ese mismo cargo de Legado en los precedentes Congresos de Bruselas, Metz, Tournai y Londres. La recepción del Cardenal Legado revistió una solemnidad excepcional. Llegado a Maguncia, Su Eminencia Reverendísima, subió a bordo del vapor que debía llevarlo a Colonia, siguiendo la ruta fluvial del Rhin. Ese vapor engalanado con banderas y oriflamas, ostentaba los colores pontificales y estaba exclusivamente reservado para el Legado y su numeroso séquito. Ese viaje fluvial fué un verdadero desfile triunfal; de ambas riberas del río llegaban los vivos entusiastas de las muchedumbres que acudían para tributar sus homenajes al representante del Papa. Las aldeas ribereñas estaban adornadas con banderas y las parroquias se hallaban reunidas en las orillas para vitorear al Legado; de vez en cuando se alejaba de tierra una embarcación para acompañarle y formarle cortejo. Era un espectáculo realmente encantador el ver aquellos numerosos grupos de niños y niñas, vestidos de blanco, y agitando unas banderitas,

mientras que manifestaban su alegría con vivas formidables. Una muchedumbre inmensa saludó la entrada del Rheingold, en Koenigswinter, y después de una breve parada en este lugar, prosiguió su camino el vapor cardenalicio, escoltado por un gran número de lanchas, hasta Colonia.

Para la ceremonia de apertura del Congreso se hallaban presentes tres cardenales y unos cuarenta obispos. Por primera vez en la historia de los Congresos hubo sesiones especiales y en sus respectivos idiomas para las principales naciones representadas en la Asamblea: las hubo en Colonia en alemán, francés, español, inglés, italiano, holandés y polaco.

En la primera sesión general hicieron uso de la palabra el doctor Esser, profesor de la Universidad de Bonn, el consejero de justicia, Marx, y el señor Thellier de Poncheville, antiguo diputado francés.

Además de elocuentes oradores sagrados, cuya misión era exponer a los congresistas el Augustísimo Sacramento de nuestros altares, e invitarles a que se alimentasen frecuentemente del Pan de Vida, distinguidos personajes laicos edificaron profundamente a su auditorio, con discursos e informes de incontestable valor. Entre éstos merece especial mención el del señor Prüm, diputado del Gran Ducado de Luxemburgo, que en una arrebatadora arenga, se propuso descubrir la incomparable fuerza social que poseemos en la Hostia Santa. Tanto en la vida familiar como en la vida social, la Eucarística puede y debe ser un poderoso fermento de restauración y de salvación. En su saludo a los numerosos obispos y católicos franceses presentes, tan perseguidos por aquel entonces en su patria, y reducidos a la última miseria por un gobierno ateo, se preguntaba



Colonia, 1909. — Procepción del Congreso.
(20° Congr. Eucar.)

el orador dónde habían encontrado aquellos 50.000 sacerdotes aquella energía moral y aquel vigor sobrehumano, que había suscitado en todo el mundo la admiración hasta de sus más encarnizados enemigos. Y terminaba diciendo que el secreto de esa fuerza admirable en medio de la persecución, la habían ido a buscar en el Sacramento de la Eucaristía.

En la tercera asamblea general habló el señor Orban de Xivry, senador del reino de Bélgica. Con claridad de expresión y profundidad de doctrina, supo cautivar a sus oyentes, demostrándoles cómo el Santísimo Sacramento provoca y exige la afirmación de nuestra fe.

No dejaremos de mencionar un informe del señor Francisco Veuillot, director del diario «L'Univers», acerca de «La Eucaristía y la prensa». He aquí un compendio de su admirable trabajo. El fin que se proponen los Congresos Eucarísticos es, decía, el propagar por todos los medios la devoción al Santísimo Sacramento. Ahora bien, en nuestros días el medio más eficaz para conseguir ese fin es la prensa. Indagaba a continuación qué papel había desempeñado la prensa católica en la difusión del culto Eucarístico y de la comunión frecuente y lamentaba el tener que contestar que no había hecho casi nada. Con excepción de algunas noticias relacionadas con las manifestaciones solemnes de los Congresos, los diarios, aun los diarios católicos, no hablan casi nunca de la Eucaristía, y cuando lo hacen es muchas veces con una inexactitud tal, que parecen no darle sino una importancia secundaria. Terminaba el señor Francisco Veuillot con un voto al cual se adhirieron con entusiasmo todos los presentes, entre ellos el señor Paul Féron-Vrau, director de «La Croix», de París.

Con el mismo fin se dió lectura de un informe del

Reverendo P. Couet, s. s. s., sobre la «Literatura popular Eucarística».

Después de tan interesantes sesiones de estudio había llegado la hora del triunfo de Jesús Sacramentado. El viaje triunfal del Rhin había sido la glorificación del Papa en la persona de su Legado, pero la procesión del domingo siguiente fué la glorificación incomparablemente más solemne del mismo Jesucristo presente en la Hostia. Sobre un recorrido de ocho kilómetros desfiló el cortejo durante cinco horas. No es exagerado decir que tomaron parte en esa procesión de clausura alrededor de cien mil hombres, conscientes de su dignidad, de su fuerza y de su fe. Nada más conmovedor que el espectáculo de aquellos cristianos afirmando públicamente su fe en la Eucaristía; era como «el desfile del ejército de la oración y de la adoración».

La plaza del Neue Markt había sido suntuosamente decorada y en ella se había erigido un altar monumental. En las tribunas preparadas a los lados, se colocaron 2.000 sacerdotes en sobrepelliz y 60 Obispos vestidos de Pontifical, y la Hostia Santa llevada en manos del Cardenal Legado bendijo aquella muchedumbre, piadosa y recogida. En momentos como ese, cuando quinientas mil frentes se inclinan para recibir la bendición Eucarística, se siente que aquella débil Hostia no es un vulgar pedazo de pan, sino el mismo Dios, el Todopoderoso, el Rey de reyes, oculto por amor en el Santísimo Sacramento.

MONTREAL, 1910

Perduraba todavía el eco de las inolvidables solemnidades de Colonia cuando los congresistas se reunieron, el año siguiente, en una ciudad importante del

continente americano, en la ciudad de Montreal (Canadá). Tres eminentísimos príncipes de la iglesia, y ciento veinte arzobispos y obispos, llegados de todas las naciones del mundo, no solamente de Europa y América, sino del lejano Oriente y de los países de misiones, dieron a aquella asamblea eucarística un brillo y una majestad excepcionales.

El Sumo Pontífice fué representado por el eminentísimo Cardenal Vicente Vanutelli, cuyo viaje por el majestuoso San Lorenzo resultó un verdadero triunfo para la sede de Pedro. El Cardenal Legado se embarcó en Liverpool, juntamente con numerosos Congresistas de Inglaterra, Francia y Bélgica. Al llegar el «Empress of Ireland» a la desembocadura del inmenso río americano, fué saludado oficialmente por el ministro de Marina del Canadá, el honorable Brodeur, y se embarcó en el yate de gobernador general, el «Lady Grey», llevando bandera pontificia y puesto a su servicio personal por el Estado canadiense. Iba escoltado por una verdadera flota de unas cien embarcaciones de varias clases, que lo acompañaron hasta Québec, Trois Rivières, Sorel. En estas ciudades fué recibido el representante del Santo Padre por las autoridades civiles y religiosas y por muchedumbres innumerables. En Montreal efectuóse la recepción en medio de un entusiasmo indescriptible; mientras se repetían las salvas de artillería, y repicaban todas las campanas de la ciudad, la multitud prorrumpía en aclamaciones a la persona del Legado en quien veneraban al mismo Sumo Pontífice.

El martes 6 de septiembre, había sido fijado para la ceremonia inaugural del Congreso. Los días siguientes, hombres de ciencia y hombres dedicados a las obras católicas trabajaron en las diversas secciones de lengua

francesa e inglesa. Las reuniones generales de lengua francesa tenían lugar en la Universidad Laval y en el «Monument National», mientras que las sesiones de lengua inglesa se verificaron en la Sala Stanley y en la Windsor.

En la reunión de estudios del 8 de septiembre el P. Galtier, s. s. s. leyó un interesante informe sobre el movimiento eucarístico en el mundo y de un modo especial en el Canadá. Es la Eucaristía la que ha hecho el Canadá y es la devoción al Santísimo Sacramento que conserva aquella fe viva y activa de los canadienses de nuestros días, fe que se manifiesta en una multitud de obras y de asociaciones piedosas. Los sacerdotes adoradores, cuyo número pasa de 2.000 en el Dominión, han contribuído no poco a este movimiento tan consolador.

El señor Curotte, profesor en el «Apollinario» de Roma presentó a la Eucaristía como al «centro del Dogma y de la vida de la Iglesia». El reverendo P. Lépicier, Servita, profesor en el colegio de la Propaganda de Roma y hoy cardenal, estableció en un estudio teológico de un valor incomparable las relaciones entre María y la Eucaristía, compendiadas en el hermoso título dado por el Beato Padre Julián Eymard a la bienaventurada Virgen María, al llamarla «Nuestra Señora del Santísimo Sacramento». Monseñor Labrecque, obispo de Chicoutimi y monseñor Archambault, obispo de Joliette, formularon el voto de que Roma instituyera una fiesta especial de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, lo que permitiría a los señores obispos erigir capillas e iglesias bajo esa invocación.

En la sección histórica, el señor abate Gosselin, rector de la Universidad Laval, esbozó a grandes rasgos la influencia de la Eucaristía en la historia y en el

desarrollo religioso de la nación canadiense, recordando aquellas primeras misas celebradas en tierra del Canadá en presencia de Cartier y más tarde de Champlain.

Nos llevaría demasiado lejos el querer enumerar siquiera los trabajos de incontestable valor presentados en el Congreso de Montreal. En las sesiones de lengua francesa como en la sección inglesa hicieron uso de la palabra los mayores exponentes de la oratoria sagrada: Monseñor Rumeau, obispo de Angers y el señor Thellier de Poncheville, cuya palabra tan clara y elocuente hizo vibrar todos los corazones cuando, al tratar de los deberes de las madres cristianas, les decía que su misión era la de hacer de los corazones de sus hijos otras tantas custodias vivientes del Dios Sacramentado. Entre los eminentes oradores de lengua inglesa señalaremos el P. Bernard Vaughan, de Londres, que habló de la Eucaristía y la sociedad moderna, y el P. Doyle, Paulista de Wáshington, que trató de la Eucaristía y las conversiones.

Durante la magna asamblea desarrolláronse imponentes y hermosas ceremonias y cada mañana se contaban por millares los fieles que se acercaban a la Sagrada Mesa. La devoción eucarística del pueblo canadiense se ponía de manifiesto especialmente en Notre Dame y en la iglesia de los Padres Sacramentinos, donde tuvieron lugar las horas solemnes de adoración diurna y nocturna para sacerdotes y fieles.

Indescriptible fué el espectáculo de la misa pontifical, celebrada en el Parque Mance, en la falda del Mont Royal, ante una multitud de 300.000 asistentes, que respondían con entusiasmo a las aclamaciones del arzobispo en honor de Cristo eucarístico y del Soberano Pontífice. Las autoridades civiles participaron de todas las solemnidades del Congreso y el mismo gobierno

había prestado su concurso en la preparación de tan grande acontecimiento. El representante del Canadá en Londres, lord Strathcona, ofreció su palacio para alojar a los huéspedes más ilustres; lo mismo hicieron las grandes familias, los dignatarios y los magistrados. Allí se vió a los hombres de estado y a las más altas personalidades del país formar con los ilustres príncipes de la Iglesia y dar público testimonio de su fe católica.

No podemos dejar de recordar la imponente y enterredora procesión de los niños, que en número de 30 mil, desfilaron en presencia del Cardenal Legado, rodeado de veinte obispos, entonando cánticos y vitoreando al Santo Padre, y cantando con todas sus fuerzas el himno nacional canadiense en que van expresados tan altos sentimientos cristianos y patrióticos.

La procesión final del domingo 11 de septiembre sobrepujó a todo lo que hasta la fecha se había visto y admirado en los Congresos Eucarísticos. Una falange de tres mil sacerdotes, encabezada por ciento veinte arzobispos y obispos y tres cardenales, una multitud de cien mil fieles formando el cortejo solemne del Rey de reyes, mientras que 500.000 católicos llegados de todas partes, estaban apiñados en las veredas y plazas, en el recorrido de cinco kilómetros que separan la iglesia Notre Dame del inmenso Parque Mance. Las calles por donde debía pasar el Santísimo habían sido suntuosamente adornadas; el recorrido estaba marcado con cuatro cientos pilares blancos engalanados y unidos entre sí por guirnaldas de verde follaje en las cuales ondeaban los oriflamas pontificales y estandartes con emblemas eucarísticos. Grandes estatuas de estuco representaban ángeles en adoración, así como algunas figuras de la Eucaristía en el Antiguo Testamento. Varios

arcos de triunfo de 15 a 20 metros de alto se levantaban entre los árboles, llevando en sus arcadas lámparas eléctricas con las cuales se dibujaban temas relacionados con el Santísimo Sacramento. Tres de esos arcos llamaron particularmente la atención: el de los Acadienses, el de los Franco-Americanos y el del Manitoba. Este último, construído únicamente con gavillas de trigo, proviniendo del Manitoba, con las cuales, después del Congreso, se habían de hacer hostias que serían enviadas a todas las iglesias del Canadá.

En el cortejo aparecían en medio de las delegaciones nacionales las representaciones extranjeras. Entre ellas suscitaba la admiración universal la delegación china, precedida por su estandarte en que se leía una sencilla pero elocuente profesión de fe: «Chinos católicos». En ese desfile había también un grupo de indios civilizados, últimos restos de las tribus iroquesa y hurona, llevando su indumentaria tradicional, y sus cabezas adornadas con plumas multicolores.

Trescientos Zuavos Pontificios, veteranos canadienses de las luchas de Pío IX contra la revolución, escoltaban al Santísimo Sacramento, llevado por el Cardenal Legado bajo un riquísimo palio sostenido por altos oficiales del ejército.

Seguían al Santísimo Sacramento, los cardenales Logue, de Irlanda, y Gibbons, de Baltimore, el arzobispo de Montreal, los protonotarios, los prelados domésticos de Su Santidad y los representantes de las Órdenes Pontificias. Venían después el honorable Girouard, presidente de la Corte Suprema; los vicegobernadores, el gobierno y el parlamento federales, con su presidente al frente, el señor W. Laurier, primer ministro; el gobierno y el parlamento provincial, el alcalde de Montreal con el ayuntamiento, la magistratura, la

Universidad... Puede decirse, con toda verdad, que todo Montreal y el Canadá católico entero, desde las autoridades más encumbradas hasta el más humilde hijo del pueblo, tomaron parte activa en ese acontecimiento que la historia registrará entre los más memorables hechos de importancia nacional.

En el Parque Mance 150.000 hombres se apiñaban alrededor de un monumental sitial de 35 metros de altura que debía recibir a Jesús Sacramentado... Llegó el momento solemne de la bendición. Después del «*Tantum ergo*» cantado por la masa de los coros y acompañado por el grupo de las bandas, el cañón retumbó a lo lejos y tocaron los clarines; los zuavos doblaron la rodilla y los soldados presentaron las armas, mientras que 500.000 frentes se inclinaban para recibir la bendición eucarística.

Las solemnidades de Montreal quedarán para siempre grabadas en los anales de los Congresos Eucarísticos, entre los más grandes triunfos de Jesús Sacramentado.

MADRID, 1911

Para asiento del XXII Congreso Eucarístico Internacional, fué elegida la capital de España, Madrid. La Junta Nacional, para la preparación de la magna Asamblea, quedó constituída en la forma siguiente: presidente de Patronato, el rey D. Alfonso XIII y las reinas doña Victoria y doña Cristina. En la presidencia honoraria se leen los nombres de las infantas doña María Teresa y doña Luisa. El presidente efectivo del Congreso de Madrid fué el eminentísimo cardenal Aguirre, arzobispo de Toledo y Legado de la Santa Sede.

Cada Congreso Eucarístico tuvo algún carácter especial; el de Madrid parece haber sido el entusiasmo espontáneo, demostrativo de la fe del pueblo español. Era aquella una ocasión extraordinaria, en que la nación de Felipe II, de Isabel la Católica, de San Ignacio y de Santa Teresa iba a manifestar a todo el mundo su fe ardiente y su devoción eucarística.

El Cardenal Aguirre, primado de España, que desempeñó la honrosa misión de representar al mismo Sumo Pontífice como Legado, fué solemnemente recibido en tal calidad en Madrid el 23 de junio de 1911, por los prelados, el gobierno y las autoridades locales, en medio de las aclamaciones indescriptibles de todo el pueblo.

La vasta y hermosa iglesia de San Francisco el Grande había sido adornada para que en ella se verificaran las reuniones generales, y allí fué donde tuvo lugar la ceremonia inaugural del Congreso, con una solemnísima sesión en que hizo uso de la palabra el infante don Carlos de Borbón, para saludar al Legado y a los Congresistas, en nombre del Rey de España. Se acompañó con aplausos la lectura de los telegramas de varios obispos impedidos de asistir y la Capilla Isidoriana cantó el himno oficial del Congreso: «Cantemos al Amor de los Amores».

En las varias asambleas generales fueron pronunciados doce grandes discursos por eminentes oradores sagrados y seculares, aplicándose de un modo particular a considerar a la Santísima Eucaristía como el alimento de nuestras almas.

Como en los Congresos anteriores, los trabajos fueron repartidos entre diversas secciones. Para dar una idea de esa labor, nos bastará considerar que en la sola sección hispanoamericana, la más numerosa de

todas por cierto, se leyeron y discutieron 260 memorias, acordándose numerosas conclusiones y votos.

En la primera asamblea general, el primer discurso fué el de Monseñor Bruchési, arzobispo de Montreal, acerca de los resultados del Congreso de 1910, realizado en su ciudad episcopal. La palabra clara y elocuente del ilustre prelado canadiense suscitó en la vasta sala aplausos prolongados. Habló a continuación el excelentísimo señor arzobispo de Sevilla, exponiendo cuáles deben ser los deberes de los padres, de los maestros y de los periodistas en la formación eucarística.

El señor Ballete, capellán de la Gruta de Lourdes, pronunció un discurso muy interesante sobre los Milagros eucarísticos de la Gruta de Massabielle, y sobre la extensión del culto a Jesús Sacramentado en la «Ciudad de María». ¡Qué consuelo para los corazones católicos el saber que en Lourdes se celebraban ya anualmente cincuenta mil misas y se distribuían 600.000 comuniones!

Hubo el lunes por la tarde una sesión especial para la juventud, presidida por Monseñor Vico, nuncio apostólico en Madrid. El distinguido abogado Georges de Noaillet, vicepresidente de la Juventud Católica Francesa y el señor Herrera, presidente de la Juventud Católica Española, trataron con verdadera elocuencia temas relacionados con las agrupaciones de jóvenes y obtuvieron una ovación indescriptible.

De entre los numerosísimos informes, no queremos dejar de señalar uno particularmente interesante. El señor Vaudon, con encantadora modestia y minuciosos detalles, entretuvo su auditorio al revelarles el nombre y la vida de la iniciadora de los Congresos Eucarísticos Internacionales, la señorita Tamisier, fallecida el 20 de Junio del año anterior. Humilde sierva de

Dios, no había querido que el mundo conociese su nombre, y hasta su muerte había presenciado muchas de aquellas asambleas solemnes, perdida en medio de las muchedumbres, feliz de poder permanecer desconocida de todos, con tal de que triunfara el Dios tres veces santo, oculto tras los velos de la Hostia consagrada.

En el teatro Real celebróse un certamen eucarístico al cual asistieron más de treinta prelados, la reina María Cristina y las infantas. Aquel recinto, tan profano de ordinario, presentaba en aquella circunstancia, según expresión de un Congresista, «un precioso conjunto de bellas artes adornando a la Eucaristía y de las gracias humanas festejando a la divina Buenagracia».

Ejecutóse en aquella velada sagrada una «Cantiga del rey Alfonso el Sabio», parafraseada por el maestro Eslava; declamáronse varias poesías premiadas por los reyes y los infantes; Menéndez y Pelayo, con su estilo encantador, explicó los autos sacramentales de la literatura castellana. Digna terminación de una fiesta tan hermosa, fué el baile de los «Seises», venidos de Sevilla para cooperar ellos también, con sus graciosos movimientos y sus castañuelas de marfil, al gran triunfo de Jesús Sacramentado.

Además de las solemnidades exteriores y de las sesiones de estudio tan concurridas e interesantes, no fueron menos notables las manifestaciones de piedad durante el Congreso. Celebráronse todos los días misas con comunión general, en 17 iglesias de la ciudad, y los comulgatorios, atestados de gente, eran la prueba más elocuente de que el Congreso no iba a consistir en ceremonias pasajeras y efímeras, sino que sus efectos se harían sentir en lo íntimo de las almas, con una renovación de fervor y de vida cristiana.

Una de las grandes ceremonias características del Congreso, fué la comunión de los niños en el Parque del Retiro, verificada al aire libre, el 28 de Junio, bajo las frondosas bóvedas, formadas por los árboles seculares del célebre paseo. Ya desde las siete, las avenidas se ven surcadas de grupos numerosos de niños y niñas, vestidas de blanco y azul. Tres altares han sido levantados en el «Rond-Point» del Salvador, donde se cruzan cuatro avenidas sombreadas. Alrededor de los altares se agrupan niños y niñas, entonando cánticos a la gloria del Dios Sacramentado, mientras que las bandas militares acompañan el canto de aquella alegre e inocente muchedumbre. Llegada la hora solemne, numerosos obispos y sacerdotes distribuyen la sagrada comunión a aquellos batallones infantiles, mientras que de las bandas militares suben los acordes de la Marcha Real y del Himno Oficial del Congreso, coreado por toda la asistencia. Así que el espectáculo del Parque del Retiro, quedará para siempre como una magnífica realización del llamado del Señor a los niños en los días de su vida mortal: «Dejad que los niños se acerquen a Mí».

La procesión de clausura del Congreso de Madrid fué un soberbio acto de fe, y el digno coronamiento de una asamblea tan imponente. Por doquiera ondean los colores pontificios y nacionales, así como las banderas de muchas naciones representadas en el Congreso. Los edificios públicos y las casas de la nobleza situadas en los lugares donde ha de pasar Su Divina Majestad lucen verdaderas preciosidades en colgaduras y adornos, no habiendo morada alguna que no haya sido engalanada. Grandes arcos monumentales, distribuídos de trecho en trecho, dan más armonía al conjunto y cortan las interminables hileras de mástiles artísticamente adornados, que forman dos líneas paralelas a lo largo

del recorrido de la procesión, unidos entre sí por guirnaldas de flores, alternando con gallardetes y oriflamas.

Desde las 14 horas, las calles se hallan ocupadas militarmente; allí están los artilleros con sus piezas, y más allá, cerca de la Puerta del Sol, los carabineros y los húsares, luciendo sus vistosos uniformes, esperando el paso del Rey de cielos y tierra. Poco a poco y por todas las calles, plazas, paseos y vías afluentes a los Jerónimos, llegan las entidades civiles y religiosas, y se colocan en los sitios designados. A las tres de la tarde, se halla cubierta la carrera por todas las tropas de la guarnición de Madrid, al mando del capitán general señor Ríos. A las 15.30, en punto, la procesión, precedida por un piquete de veinticinco guardias civiles a caballo, se pone en movimiento, con el mayor orden y en completo silencio, interrumpido únicamente por los cánticos piadosos. Luego aparecen las juventudes española y extranjeras, formadas en filas de ocho, seguidas por interminables grupos de obreros, tras el estandarte de la Virgen del Pilar. Vienen después los representantes de todas las asociaciones, el cuerpo diplomático, las cofradías de Madrid y de las provincias, 9.000 miembros de la Adoración Nocturna, 7.000 sacerdotes, 2.000 seminaristas de toda España con sus becas multicolores, los religiosos españoles y extranjeros, los abades mitrados, 75 arzobispos y obispos, el patriarca de Armenia y el nuncio apostólico.

Llega el Santísimo llevado en una monumental custodia, colocada en el carro riquísimo del Ayuntamiento de Madrid. Tocan las bandas de música, uniendo sus acordes al repique de las campanas de la ciudad, mientras que resuena la voz de mando de los oficiales del ejército: ¡Tierra! Las tropas se arrodillan, y las frentes se inclinan al paso de Cristo Rey. Colocada la custodia

en el altar, levantado cerca de la Fuente de las Cibeles, los graciosos Seises comienzan entonces su danza, acompañándola con sus cantos y el alegre repiqueteo de las castañuelas y palillos, y hacen a Jesús Sacramentado la promesa de eterno amor. Terminado el canto del «Tantum ergo», el Legado se levanta y bendice con la Hostia Santa a todo aquel pueblo arrodillado, que inmediatamente prorrumpe en el canto del «Pange lingua»... Continúa la procesión hacia la plaza de la Armería; los balcones del Palacio Real están engalanados con sus más preciosas decoraciones, y rebozan de gente. Cuando aparece el Santísimo, el rey baja del balcón para ir a su encuentro, seguido por la reina, la reina madre, y los infantes, llevando velas encendidas y acompañan al Dios de la Hostia, mientras que la guardia presenta las armas y los clarines tocan la marcha real. La comitiva llega al Salón del Trono, donde el P. Postius, C. M. F., secretario del Congreso, lee la fórmula de consagración de España al Santísimo Sacramento, consagración debida a la iniciativa misma del Rey.

Nunca los congresos eucarísticos habían asumido tales proporciones. Y con razón podía cantar el poeta boliviano R. P. Calixto Risco, al contemplar el triunfo nunca visto de Jesús Sacramentado:

España era un gran templo levantado
Por las manos benditas de María,
Donde le plugo a Dios ser adorado
Del modo más sublime que Él podía.

VIENA, 1912

Un año más tarde Viena, capital de Austria, presentaba al mundo un espectáculo no menos edificante y grandioso. Decidido el Congreso en 1911, ya en noviembre del mismo año, el Emmo. Cardenal arzobispo de Viena ofrecía a S. M. Francisco José, emperador de Austria, la presidencia de la proyectada asamblea. El augusto anciano aceptó con alegría ese honor; el archiduque heredero y demás príncipes y princesas de la casa imperial, aceptaron igualmente la presidencia de los diversos comités de preparación y organización. Viena fué, desde aquel momento, el centro de atracción de todo el orbe católico, y en todas partes se manifestaba el entusiasmo de los pueblos deseosos de participar en aquella solemne fiesta eucarística que iba a celebrarse en tierra austriaca. En el interior y exterior del país la propaganda fué muy intensa y muy activa, de modo que en los días del Congreso había en Viena medio millón de Congresistas pertenecientes a todas las naciones.

El miércoles 10 de septiembre llegó el Emmo. Cardenal Van Rossum, Legado del Santo Padre, en el tren imperial en que había viajado desde la frontera italiana, donde lo había ido a recibir una comisión encabezada por el conde Jaroslavo Tun, presidente del comité organizador del Congreso. En la estación de Viena, adornada con banderas, guirnaldas y plantas, le esperaban altos personajes y dignatarios. En coche de gala atravesó la Mariahilferstrasse, entre dos largas filas de gente, que lo recibió con respeto, exteriorizando su alegría con «¡Hoch!» formidables. En un pabellón al aire libre, tuvo lugar la recepción oficial, en la que estaban pre-

sentes el Cardenal arzobispo, el alcalde de Viena y las asociaciones católicas. Luego de terminados los cumplimientos de bienvenida, el cortejo se puso en marcha hacia la catedral, donde se hallaban ya reunidos 150 obispos y numerosos personajes eclesiásticos y civiles. En los días de la asamblea eucarística, el Cardenal Legado se hospedó en el palacio imperial de la Hofburg, siéndole rendidos todos los honores debidos a su alta dignidad de Príncipe de la Santa Iglesia Romana y embajador extraordinario de la Santa Sede.

El día 11, a las 16 horas, se inauguró el Congreso Eucarístico, no en la catedral de San Esteban, demasiado estrecha a pesar de sus vastas dimensiones, sino en la Rotonda del Práter, en que se dice que pueden holgadamente caber treinta mil personas. Monseñor Heylen abrió la sesión con un discurso de circunstancia anunciando que 350 obispos se habían adherido al Congreso. Dióse en seguida lectura al Breve Pontificio, que fué recibido con los gritos mil veces repetidos de: «Viva Pío X! ¡Viva el Papa de la Eucaristía!»

Pronunció entonces el Cardenal Legado el discurso inaugural, al cual contestó brevemente el arzobispo de Viena, recordando a todos los presentes que las solemnidades eucarísticas, a las cuales se acababa de dar comienzo, no revestían ningún carácter político sino que eran únicamente religiosas. A nombre del gobierno habló el doctor Maximiliano Hussarek, ministro de Cultos e Instrucción Pública, quien hizo una solemne profesión de fe recordando los hechos más memorables de los anales austríacos. En la misma reunión hablaron el presidente de la dieta provincial, príncipe de Lichtenstein y el señor Neumeyer, alcalde de Viena, cuyas palabras de bienvenida fueron agradecidas por el diputado belga, señor Valentín Brifaut.

El carácter internacional del Congreso, raras veces había sido tan manifiesto como en Viena; allí, en una misma sala, se hallaban reunidos orientales y occidentales, alemanes y franceses, italianos, españoles, ingleses, americanos, bohemios, tiroleses, albaneses, croatas, serbios, húngaros, eslovenos, griegos, rumanos y muchos católicos de otras naciones, de distintas razas y lenguas, pero todos unidos en un mismo deseo y en un mismo ideal: el de glorificar a Jesús Sacramentado.

Las reuniones de los días siguientes no desmerecieron de la primera reunión de la Rotonda del Práter, y en ellas, notables oradores de varias lenguas, celebraron las grandezas de la Eucaristía, proclamando el reinado social de Aquel que, a pesar de los obstáculos y de la oposición de los hombres, quiere reinar sobre las sociedades humanas. Además de las sesiones generales hubo sesiones especiales en las diez o doce lenguas del imperio así como también para cada uno de los principales idiomas europeos.

En todas las iglesias de la ciudad cinco mil sacerdotes congresistas celebraron diariamente el santo sacrificio de la misa y distribuyeron la santa comunión a un incontable número de fieles. Los testigos oculares nunca podrán olvidar las largas filas de penitentes que esperaban pacientemente durante varias horas alrededor de los confesionarios para purificar sus conciencias antes de acercarse a la sagrada mesa. Cada día se celebraron misas solemnes en los diversos ritos orientales. El jueves 12 de septiembre esa misa fué oficiada por Monseñor Gregorio Govrighian, arzobispo titular de Nisibe y Abad General de los Benedictinos Mechitaristas de Viena. Mientras duró el Congreso, el Santísimo Sacramento quedó expuesto a la adoración de los fieles en la iglesia votiva, en la capilla de la Visita-

ción, en la iglesia nacional francesa de Santa Ana, y en la Capilla de las franciscanas, y en todas ellas nunca faltó un crecido número de adoradores,

Ese mismo día 12, S. M. el emperador Francisco José dió al mundo un ejemplo bien raro en nuestros días, por parte de un soberano: rodeado de todos los miembros de su familia, archiduques y archiduquesas, se acercó a la sagrada mesa mostrándose, con ese acto, digno de los Habsburgos, sus antepasados, tan devotos del Santísimo Sacramento.

Las sesiones de estudio iban distribuídas en once secciones, sin contar algunas otras de menor importancia, lo que indica ya de por sí la suma de trabajo que se hizo en honor de Jesús Sacramentado en Viena.

Conviene señalar, además, una importante exposición de arte religiosa de Austria y un concierto musical en que el P. Klafsky, Barnabita, fué muy aplaudido y felicitado por la ejecución de su «Rosa Mystica», y el doctor Harfmann por su «Santa Cena».

Pasaban los días del Congreso pero la lluvia seguía siempre cayendo abundantemente. Había en todos los congresistas como una especie de pesimismo acerca de la realización posible de la procesión final, mientras que algunos diarios sectarios no ocultaban su alegría, considerando ya que un congreso sin procesión iba a ser tenido por un fracaso. Pero unos y otros no habían contado con la fe y la energía del anciano emperador. «El tiempo, por malo que sea, no será un obstáculo a la procesión, dijo Francisco José. La lluvia no es un impedimento para mis cacerías, ni para las revistas militares; no lo será tampoco para la procesión del Santísimo Sacramento». Y la procesión tuvo lugar.

No podemos dejar de mencionar antes la magnífica solemnidad de la comunión de los niños en el parque

de la princesa de Schwarzenberg. En el parque celebraron la santa misa el Cardenal Legado y seis sacerdotes, y al momento de la comunión veintiseis sacerdotes distribuyeron el Pan Eucarístico a ocho mil pequeños vieneses. En el mismo momento en todas las iglesias de la ciudad, todos los niños de las escuelas católicas se acercaban también de la sagrada mesa, bajo la dirección de sus maestros respectivos.

El día 15, a las 6 horas, empezó la movilización de las tropas que habían de tomar parte en la procesión. Los soldados tomaban sus posiciones juntamente con los comisarios encargados del orden, en todo el recorrido que va desde la catedral de San Esteban al «Ring», inmensa avenida que llega hasta la Burgtor, o puerta del palacio imperial, donde se había de terminar el desfile. En el cortejo habría unos cien mil hombres, y un millón de espectadores, apiñados en las aceras, en las calles, balcones y techos, contemplaban aquella gigantesca procesión.

Iba encabezada por las Congregaciones Marianas de hombres, ostentando numerosas y riquísimas banderas; seguían luego las demás corporaciones austríacas, los húngaros, con su tradicional toca forrada, su manto de terciopelo y su chaleco con bordados de oro. Venían después los tirolese en traje nacional y agrupados por valles y pueblos, precedidos por un gran Cristo, de 8 a 10 metros de alto, el mismo que llevaron ante Napoleón en 1809, cuando quiso penetrar en sus montañas; iban rodeados por los guías alpinos con su tradicional soga y el inseparable alpenstock. Se verifica luego el desfile de las delegaciones ilíricas y dálmatas y de los representantes de Goritz y de Laybach, de Trieste y de Friul, de los Polacos con su traje gris, de los Rutenos y Moravos, todos avanzando muy recogidos

y rezando en alta voz. Muy impresionante, por cierto, fué el paso de aquellos pueblos del imperio austro-húngaro.

Seguíanles las delegaciones extranjeras: 4.000 Franceses, 1.000 Españoles, 1.500 Belgas, los Ingleses, los Italianos, numerosos Alemanes y muchos otros con sus banderas nacionales.

En último lugar se acercaba el numerosísimo clero en el que formaron unos ocho mil sacerdotes y ciento cincuenta obispos y abades, con capa, mitra y... paraguas, objeto de imprescindible necesidad en aquellos días diluvianos.

Por fin precedida de los coches de los arzobispos y cardenales, apareció la carroza del Santísimo Sacramento, carroza histórica de la coronación de la emperatriz María Teresa. En ella se veía al Santísimo que acompañaban los Exmos. Cardenales Van Rossum y Nagl. Inmediatamente después de Su Divina Majestad venían el emperador y el príncipe heredero, en un coche más modesto, arrastrado por ocho caballos blancos.

Al pasar la carroza del Santísimo Sacramento, la muchedumbre se arrodillaba, a pesar del agua que corría a torrentes, adoraba muy devotamente a su Dios, y luego prorrumpía en vivas al anciano emperador.

Terminado el desfile, el Cardenal Legado dió la bendición eucarística a la muchedumbre y luego el cortejo penetró en la capilla de la Corte, donde se cantó un solemne Tedéum.

Refieren que después de concluída esta última función, cuando ya se habían retirado cardenales y arzobispos, el emperador, dirigiéndose a los miembros de su familia, les dijo: «Hoy puedo cantar mi «Nunc dimittis». Y en realidad, con aquellas solemnidades incom-

parables, Francisco José coronaba dignamente sus 64 años de reinado.

MALTA, 1913

Cuando se propuso el nombre de aquella isla perdida en el Mediterráneo para asiento del XXIV Congreso Eucarístico Internacional, no faltaron hombres de poca fe para afirmar que después de las solemnidades de Colonia, Roma, Tolosa, Montreal, Madrid y Viena, la Obra de los Congresos iba a perder algo del incomparable brillo alcanzado hasta entonces y transformarse en una fiesta piadosa, en un país sin importancia. Pero los acontecimientos desmintieron por completo semejantes afirmaciones. Malta no tuvo, por cierto, aquellas imponentes manifestaciones exteriores de Madrid y de Viena, pero no debemos olvidar que esas ceremonias tan esplendorosas no son sino la parte exterior de un Congreso Eucarístico, y el carácter de la asamblea de Malta fué la piedad.

Malta es la isla para siempre célebre donde San Pablo se refugió después de su naufragio y donde estableció una cristiandad floreciente, bajo la dirección del mismo gobernador de la isla, Publio, que fué su primer obispo. Esa fe predicada por el Apóstol de las Gentes, se ha conservado siempre viva en el corazón de aquellos isleños, y era éste un pronóstico muy halagüeño para los frutos duraderos que del Congreso podían esperarse. Era precisamente lo que Monseñor Pasce, arzobispo de Malta pedía a sus diocesanos un mes antes del Congreso: «Si no podemos mostrarnos grandes por el número de los habitantes y por la extensión de nuestra ciudad, mostrémonos grandes por nuestra fe y nuestro amor para con Dios. ¡Ojalá pudieran decir de nosotros lo que

decían de la antigua Belén, que no fué de ningún modo la más pequeña de las ciudades de Judá, a pesar de ser la más insignificante de las ciudades de Palestina».

Asistieron al Congreso de Malta, además del Cardenal Ferrata, Legado de la Santa Sede, los Emmos. Cardenales, arzobispos de Palermo, Catania, Westminster y Sevilla, juntamente con unos cincuenta obispos de Italia, Francia, Bélgica, Escocia, Austria-Hungría, Rumania, Siria, España y Portugal.

Algunos habían llegado de regiones muy distantes, Mons. Perini, de Mangalore (Indostán); Mons. Clune, de Perth (Australia); Mons. Emard, de Valleyfield (Canadá) y Mons. Romero, obispo auxiliar de Buenos Aires, representando al episcopado argentino.

El primer acto oficial del Congreso fué la recepción del representante de la Santa Sede, el Emmo. Cardenal Ferrata. El eminente Purpurado hizo la travesía desde Siracusa hasta La Valette, en el «Hussar», buque de guerra británico, puesto a su disposición por S. M. el rey de Inglaterra. Una multitud de isleños y Congresistas se había reunido en el puerto, y apenas apareció el vapor en la línea del horizonte todos aquellos fieles prorrumpieron en aclamaciones, vitoreando al Santo Padre. Numerosas embarcaciones surcaron la rada y acompañaron al Cardenal Legado hasta el desembarcadero. Ahí se formó un cortejo dirigiéndose a la Catedral de San Juan, mientras que en el puerto seguía ensordecedor el ruido estridente de las sirenas de los vapores y el estruendo de las salvas de artillería.

En la iglesia catedral, el arzobispo de Malta, venerable anciano de 82 años, recibió al Emmo. Cardenal Legado, pronunciando el discurso de bienvenida, al cual contestó su eminencia, manifestando cuán grato le había

sido, desde su arribo a la isla, el ver el amor de los malteses para el Soberano Pontífice.

Inauguráronse las sesiones solemnes del Congreso en la iglesia de la Asunción de Musta, pequeña ciudad, situada a unos 9 kilómetros de La Valette. Esa iglesia es una grande rotonda de 42 metros de diámetro y 52 metros de alto, edificada por el pueblo de la Musta, en cumplimiento de un voto. Mons. Heylen abrió las sesiones con la oración acostumbrada y Mons. Gauci, secretario del Congreso, leyó la Bula del Papa, acompañado incesantemente con los aplausos y los vivas. El Cardenal Ferrata pronunció entonces un elocuente discurso inaugurando la serie de los oradores sagrados que durante três días cantaron las glorias del Dios del Altar.

No podía faltar en Malta el gracioso espectáculo, repetido ya varias veces en los precedentes Congresos. El 24 de abril doce mil niños venidos de La Valette y de los pueblos y ciudades circunvecinas, se reunieron en la iglesia de San Publio, para recibir la santa Comunión. El Cardenal Legado, seis obispos y 16 sacerdotes distribuyeron el Pan de Vida a aquellas almas infantiles, en las cuales Nuestro Señor quiere reinar. Mons. Emard, obispo de Valleyfield, al referirse a aquella comunión de niños, la calificaba de «desorden admirable». En todos los altares, los sacerdotes se vieron rodeados de muchedumbres de niños que, en el ardor de su fe, decían en alta voz: ¡A mí, a mí! Terminada la misa y la comunión, esos mismos niños desfilaron por las calles de la ciudad, entonando himnos eucarísticos y aclamando al Santo Padre.

La ciudad de Città Vecchia, antigua capital de la isla, antes de la llegada de los Caballeros, fué el viernes 25, el teatro de las funciones eucarísticas. Città

Vecchia conserva todavía los recuerdos del gran apóstol, hospedado en la casa de San Publio, gobernador de Malta. El Cardenal Legado celebró la santa misa en medio de un gran concurso de pueblo, y presidió la procesión solemne, que se terminó con la bendición eucarística, impartida por el Emmo. Cardenal Bourne, de Westminster.

La bendición del mar resultó una ceremonia especial del Congreso Eucarístico de Malta, y revistió un carácter tan original como grandioso. En la extremidad de la Lower Barrack, punto que domina la entrada del puerto, se había colocado una tribuna, desde donde la vista abarcaba un panorama maravilloso. A lo lejos se veían alineados en el gran puerto los acorazados ingleses; más cerca el Atrato, l'Ile-de-France y l'Etoile que habían traído a Malta a los Congresistas. Se divisaban además muchísimas lanchas a vapor, cargadas hasta más no poder con espectadores ansiosos de presenciar la solemne función. Allí estaba también el Hussar, en que había viajado el Cardenal Legado. Al llegar la procesión a la Lower Barrack, la muchedumbre observaba el más religioso silencio. El Cardenal Legado cantó las oraciones litúrgicas, y luego elevó la radiante custodia, trazando por tres veces por encima de las olas la señal de nuestra redención, mientras que resonaba la voz poderosa del cañón y las naves ancladas en la bahía accionaban sus agudas sirenas para celebrar a su modo al Dios de la Eucaristía. El espectáculo no podía ser más conmovedor. La vuelta a la Catedral de San Juan fué una marcha gloriosa en que participaron más de 120.000 fieles.

Durante los días del Congreso el Santísimo quedó expuesto en varias iglesias y hubo noches de Adoración en San Pablo, Santo Domingo, Santa María y en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen.

Para la procesión de clausura del Congreso habían afluído a Malta no sólo los habitantes de la isla, sino también los de la isla vecina de Gozzo. Testigos oculares han escrito que aquella muchedumbre se componía de ciento cuarenta mil personas. Ya a las dos de la tarde iban formándose los diferentes grupos y ocupaban los sitios que les habían sido designados.

Después de un largo recorrido en el que los cánticos sagrados, las músicas, las plegarias, el ondear de los gallardetes y oriflamas, las lágrimas de alegría y la emoción desbordante de las almas habían saludado a su vez al Dios oculto en la Eucaristía; el Cardenal Legado subió al monumental sitio levantado en el punto mismo donde convergen las grandes avenidas y desde donde se domina toda la llanura.

Eran más de las 19 horas. En aquel instante una gran bandera ondeando sobre la cúpula de San Publio anunció a todos los isleños que Dios los bendecía. Se echaron a vuelo las campanas de todas las iglesias, y sus repiques dulces y armoniosos repercutían de una a otra extremidad de la isla y eran como una plegaria de aquel pueblo fiel que ha conservado intacta a través de los siglos la fe que le llevara el Apóstol de las Naciones.

Terminada la bendición una voz poderosa rezó el «Bendito sea Dios» y de cien mil pechos salieron fervorosas aquellas divinas alabanzas, que suelen repetirse en todas las naciones cristianas, como homenaje a Cristo Rey y en reparación de las blasfemias y de los insultos de los malvados contra la Persona adorable de Jesucristo presente en la Hostia.

Por la noche la ciudad de La Valette presentaba un aspecto feérico; por doquiera no se veían sino haces de luz y radiantes custodias. El palacio del gobernador,

las iglesias y la misma iglesia griega cismática estaban iluminadas. No menos iluminadas estaban también las ciudades de Vittoriosa, Senglea y Cospicua que resplandecían bajo los fuegos multicolores, así como también los barcos anclados en la rada, cuyo perfil se dibujaba en la oscuridad de la noche por festones luminosos.

El Congreso Eucarístico de Malta estaba terminado, y los pusilánimes que dudaban de que fuera un Congreso digno de los precedentes, debieron reconocer su error, pues fué y quedará para siempre en los anales de los Congresos como un solemne homenaje de fe y amor al Dios Sacramentado.

LOURDES, 1914

Ninguna ciudad podía ser elegida con más acierto para ser el teatro de las fiestas jubilaires de la Obra de los Congresos Eucarísticos. Lourdes es la tierra eucarística; es, según la palabra de Pío X, el «trono eucarístico más glorioso del mundo». Convenía, además, que aquellas fiestas jubilaires se celebraran en el país que fué la cuna de aquellas solemnísimas asambleas en honor de Jesús Sacramentado. Es lo que Monseñor Heylen, en una carta dirigida a los obispos del mundo entero, no dejaba de señalar: «Es natural que para este jubileo se elija una ciudad del país en que estos Congresos nacieron, y donde se han celebrado la mayor parte de ellos. En cuanto a la designación de la ciudad, no había hesitación alguna. Si en efecto es por María que hay que ir a Jesús, Lourdes reclamaba de algún modo la celebración de este Congreso como un derecho, ya que desde muchos años es allí donde la Santísima

Virgen lleva a sus hijos a Jesús en la Eucaristía, y derrama sus beneficios especialmente en presencia del Santísimo Sacramento».

El Comité Permanente preparó hasta en sus mínimos pormenores la asamblea eucarística de Lourdes, dirigió los trabajos de la sección francesa, e hizo constituir por los miembros de las colectividades extranjeras subcomités permanentes nacionales, encargados de organizar los trabajos para sus respectivos países.

Para celebrar dignamente el jubileo de la Obra de los Congresos Eucarísticos Internacionales, se designó como tema general de las diversas secciones: *La realeza social de Jesucristo en la Eucaristía*, de sus derechos sociales, de sus beneficios sociales y de los homenajes que se le deben en el Augusto Sacramento de su amor. Proclamar a la faz de un mundo olvidado de sus grandes deberes el reinado social de Cristo Sacramentado, era como responder al grave error de los gobiernos modernos que han separado a los pueblos de Cristo. Convenía que el vigésimoquinto Congreso ofreciera a Cristo Rey en la Eucaristía un homenaje social de reparación, precisamente en el momento en que sus derechos eran públicamente conculcados y negados.

El Legado designado por el Santo Padre para representarle en las solemnidades eucarísticas de Lourdes fué el Emmo. Cardenal Granito Pignatelli di Belmonte. Los miembros del Episcopado que aceptaron la invitación de Monseñor Heylen, y asistieron personalmente al Congreso, fueron mucho más numerosos que en cualquiera de las Asambleas anteriores, excepción hecha de la que se realizó en la capital de la Cristiandad. La presencia de tantos prelados en Lourdes manifestaba claramente el carácter internacional de los Congresos, ya que allí se hallaban presentes arzobispos y obispos,

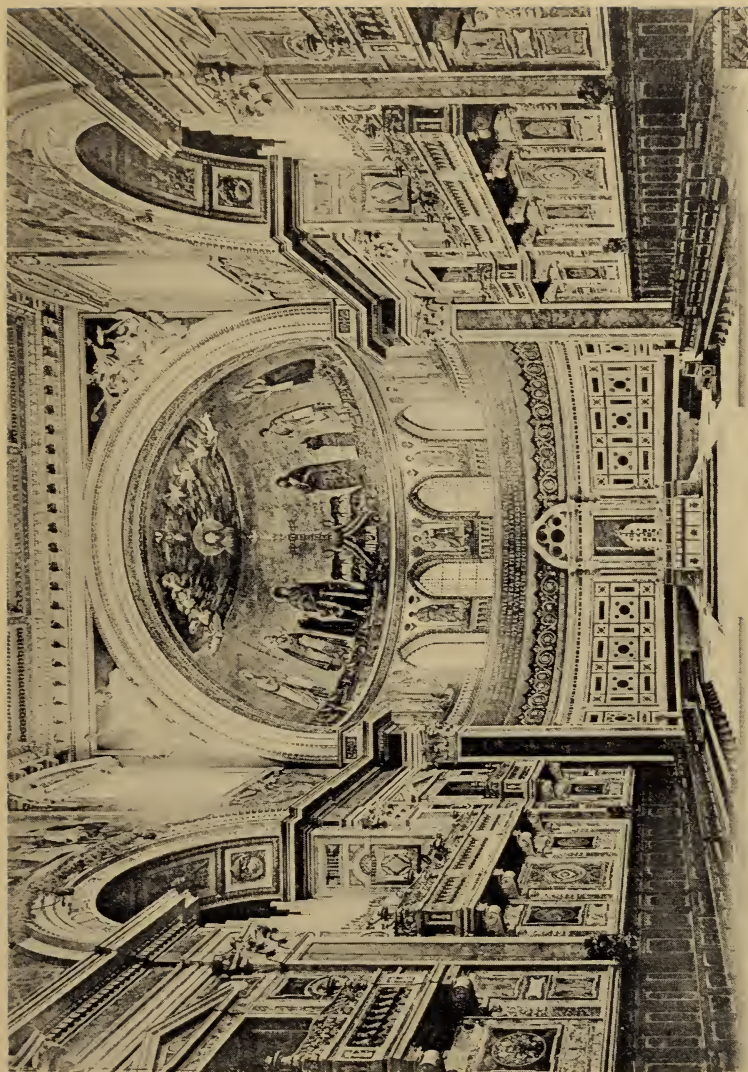
pertenecientes a todos los países del orbe. Europa estaba representada por 9 Emmos. Cardenales y 116 arzobispos y obispos, 64 de los cuales eran franceses; Asia, por 18 arzobispos y obispos; Africa, por 8 arzobispos y obispos; América, por un cardenal y 44 arzobispos y obispos; Oceanía, por 1 arzobispo y 3 obispos.

Una coincidencia más para que el Congreso de Lourdes revistiera una solemnidad excepcional, era que iba a realizarse en el año mismo en que el orbe católico celebraba el 60° aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

A pesar de la lluvia persistente de la mañana del 22 de julio, un tiempo magnífico favoreció la apertura de las solemnidades en la Explanada de la basílica, a las 16 horas. El Cardenal Legado, los prelados y los miembros del Comité Permanente ocupaban un lugar reservado a la derecha del Rosario, mientras que los Congresistas se hallaban en la misma Explanada. En esta primera reunión se congregaron 8 Cardenales, 120 obispos, 5.000 sacerdotes y 20.000 fieles, número que en los días siguientes fué aumentando considerablemente.

Monseñor Heylen, obispo de Namur y presidente del Comité Permanente, fué el orador de este día y habló muy oportunamente de los motivos que habían decidido la elección de Lourdes para sientto del XXV Congreso Eucarístico. Anunció que en adelante, conforme al deseo del Santo Padre, dichos Congresos Internacionales se celebrarían, no cada año, sino cada dos años, debiendo en el intervalo promoverse congresos regionales y locales.

Luego Monseñor Schoepfer, obispo de Tarbes y Lourdes, dió en un elocuente discurso, la bienvenida a los Emmos. Cardenales, obispos, clero y fieles, y con



Roma. — Abside de San Juan de Letrán. (16° y 26° Congressos)

un muy comunicativo entusiasmo, recordó la conocida frase de un personaje histórico, después de visitar al Senado Romano: «He visto una asamblea de reyes», aplicando estas palabras a la imponente asamblea de Lourdes.

Monseñor Heylen dió lectura en latín y en francés al Breve de Su Santidad, prorrumpiendo la concurrencia en aplausos y vivas al Papa y a su Legado. El Emmo. Cardenal Granito di Belmonte, leyó a continuación un muy sentido discurso en francés, interrumpido muchas veces por los aplausos de los oyentes, especialmente cuando, recordando las inolvidables fiestas de Madrid, Viena y Malta, realizadas con el concurso de las autoridades civiles y de los soberanos, estigmatizó el ateísmo oficial, el laicismo de muchas naciones, y cuando, en nombre del Santo Padre, infundió en todos las más consoladoras esperanzas, indicando la Santísima Eucaristía como el medio infalible para triunfar de la impiedad y establecer en la tierra entera el reino pacífico de Cristo.

Hablaron luego en sus diversas lenguas, ofreciendo los saludos de sus respectivas naciones, el Emmo. Cardenal Netto, de Lisboa, el Cardenal Logue, de Irlanda, el Cardenal Almaraz, de España, el Cardenal Farley, de los Estados Unidos, Mons. Lansberg, de Colonia, Mons. Puija en nombre de Italia y Mons. Douwaba en nombre de Austria. A todos contestó en un vibrante discurso el Emmo. Cardenal Luçon, de Reims, cantando las glorias de la unidad y de la vitalidad de la Iglesia, a pesar de los esfuerzos de los malos para destruirla.

Los días 23, 24 y 25 de julio, después de una misa pontifical en la Gruta de Massabielle, se reunían las diversas secciones. A las 8.30, había sermones en fran-

cés, español, italiano, inglés y alemán. A las 9, tenían lugar las reuniones de las diversas colectividades: hubo en Lourdes secciones francesa, hispanoamericana, belga, inglesa, alemana, italiana, austriaca, húngara, checa, portuguesa y polaca. Por la tarde se realizaba la asamblea general, al aire libre, en la Explanada del Rosario, y a las 18 horas la procesión con su Divina Majestad y la bendición eucarística. A las 20.30 horas, tenía lugar la simpática procesión con antorchas, ceremonia tan encantadora e impresionante que deja siempre recuerdos imborrables en los que han tenido la dicha de presenciarse siquiera una vez.

La reunión de los niños, el día 22 fué muy concurrida y muy interesante. El P. Durand, conocido apóstol de la niñez, dirigió a su infantil auditorio una piadosa y sencilla exhortación, y los guió en una hora de Adoración, dividida según los cuatro fines del sacrificio, y alternada con cánticos apropiados, en que los niños pusieron todo el entusiasmo de sus corazones inocentes.

La solemne asamblea de clausura se verificó el sábado 25 de julio. La concurrencia, desafiando una molesta llovizna, se reunió delante de la basílica del Rosario, más numerosa todavía que en los días precedentes. En esta última y solemnísimas reunión el célebre P. Janvier, O. P., subió al púlpito para pronunciar un magistral discurso sobre los «Milagros eucarísticos de Lourdes». Con un incansable vigor puso toda su elocuencia al tratar un tema de incontestable valor e interés y su palabra ardiente llegaba hasta los más distantes oyentes. Después de haber establecido con pruebas abundantes y fehacientes, la autenticidad de los milagros de Lourdes, el orador concluía: «Quedaos con nosotros, Señor, porque ya se acerca la noche», pidiendo al Dios

eucarístico, en el nombre de todas las naciones allí representadas, que triunfara de todos los obstáculos que se oponen a su reinado, y reinara verdaderamente sobre todos los pueblos y sobre todas las naciones.

Era espectáculo hermoso el ver aquellas asambleas al aire libre.

Sólo la procesión final podía superar tanto esplendor y magnificencia. En un altar erigido en el atrio de la basílica del Rosario, celebró el Cardenal Legado una solemne misa pontifical, con asistencia de 10 Cardenales, 180 obispos, 4.000 sacerdotes y unos cincuenta mil fieles. Toda la asamblea tomó parte en los cantos litúrgicos que resultaron imponentes. Debido a la presencia de tantos prelados la procesión final revistió un carácter de grandiosidad poco común. La ciudad de Lourdes acostumbrada, sin embargo, a aquellas magníficas manifestaciones de fe se superó a sí misma en este último día del Congreso. Además de los obispos, acompañaban a Su Divina Majestad largas filas de sacerdotes con blanco sobrepelliz, senadores y diputados franceses en gran número, centenares de asociaciones con sus estandartes y banderas, entre las cuales se destacaba la de los «Cheminots Catholiques», y una multitud que no bajaba de cien mil almas. Llegado a lo alto de la rampa, el Cardenal depuso el Santísimo Sacramento sobre un magnífico sitial, levantado en el atrio de la soberbia basílica, mientras que subían de aquella muchedumbre las notas graves del *Tantum Ergo*. Todos se inclinaron reverentes, y una salva de artillería anunció que el Dios de la Hostia bendecía en aquel instante a todos los presentes, y a todas las naciones del mundo. Fué éste un momento de emociones inefables.

¡Oh triunfo grandioso e indescriptible! Resonaron las invocaciones de todos los días, pronunciadas por

miles y miles de labios y encendidas por miles y miles de corazones.

Señor, Te adoramos.

Señor, Te amamos sobre todas las cosas.

Señor, Tú eres Rey. Reina sobre las sociedades.

Y con esta última plegaria, con ese último deseo, se dió por terminado el grandioso Congreso de Lourdes, y las muchedumbres se separaron conscientes de que semejantes manifestaciones han de despertar la fe de los tibios y avivar la fe de los amantes de Jesús Sacramentado y hacer que llegue pronto en la tierra el reino de paz y de amor que tanto anhelan los hombres.

ROMA, 1922

Después de la guerra mundial que sembró de muerte y de ruina la mayor parte del viejo continente, cuando individuos y naciones intentaban descansar de sus pesados trabajos y recobrar el anhelado sosiego perdido en aquellos días de tremendas luchas, Su Santidad Benedicto XV, cuya augusta voz pacífica había resonado en vano en medio de las batallas, quiso que se reanudara en la Ciudad Eterna, la gloriosa serie de los Congresos Eucarísticos, interrumpidos durante siete años.

El tema por tratar en la asamblea romana era el *Reinado pacífico de Nuestro Señor en la Eucaristía*: la paz en general, la paz individual, doméstica, profesional, social, nacional e internacional. En las circunstancias en que iba a reunirse el Congreso, ¿podía haber un tema más apropiado y más oportuno?

El Rey pacífico iba a ser glorificado y realmente lo fué, porque con el Congreso de Roma se dió principio a una nueva serie de manifestaciones eucarísticas, que superaron las ya realizadas.

La ceremonia de inauguración se verificó en el Vaticano y fué presidida por el Sumo Pontífice. Benedicto XV, que había convocado a Roma a todos los pueblos para semejante acontecimiento, acababa de pasar a mejor vida, y fué su sucesor Pío XI, quien presidió aquella solemne asamblea Eucarística. El 24 de mayo de 1922, el Cortile de San Dámaso presentaba un aspecto imponente. A un lado del magnífico patio se había levantado un vasto estrado con el trono de Su Santidad, un magnífico trono adornado con dos preciosos tapices, representando la Última Cena. Se habían colocado siales para los miembros del Sacro Colegio, para los obispos y el cuerpo diplomático. Desde el primer momento, revistió el Congreso un carácter mundial, universal, no tan sólo por la presencia del Padre común de los fieles, jefe supremo de la Iglesia, rodeado por numerosos príncipes de la Cristiandad, sino también de los embajadores oficiales de las diversas naciones y de más de 200 obispos, llegados desde todas las partes del mundo. Para celebrar la gloria del Santísimo Sacramento, allí se hallaban al lado de los Prelados del rito latino, los patriarcas orientales, y los obispos griegos, armenios y sirios.

De repente, la voz argentina de las trompetas de plata, comenzó a tocar la Marcha Pontificia, anunciando a la muchedumbre la llegada del Pontífice. Al percibirse su coche, por entre los arcos del zoco cubierto, la multitud prorrumpió en aplausos y vítores, que se prolongaron hasta que el Santo Padre apareció en el estrado.

Un coro de 600 voces entonó entonces el Himno eucarístico, especialmente compuesto con motivo del Congreso, después del cual el eminentísimo cardenal Vanutelli, Decano del Sacro Colegio, leyó, dirigiéndose al

Soberano Pontífice, el discurso de circunstancia, escuchado con respetuoso silencio por aquella muchedumbre, calculada por la prensa en más de cien mil personas.

Terminado el discurso del eminentísimo Cardenal, el Papa se levantó y pronunció un vibrante discurso, que constituyó la más eminente alabanza de los Congresos Eucarísticos. Dijo que Jesucristo y sólo El puede dar al mundo aquella paz que todos desean y buscan, y que estas asambleas solemnes contribuían a establecer de un modo firme y duradero, la paz verdadera del mundo. Luego, todos cayeron de rodillas para recibir la bendición del Vicario de Jesucristo, manifestando luego su entusiasmo con nuevas aclamaciones y aplausos.

El primer día del Congreso coincidió con la fiesta de la Ascensión del Señor. Por la mañana, hubo una misa Papal en la Basílica de San Pedro, lo que atrajo cerca de la tumba de los Apóstoles, a una gran multitud de Congresistas. El Papa hizo su entrada solemne, llevado en la silla gestatoria, y a lo largo del recorrido, impartió su bendición a los fieles. Un coro muy nutrido del que formaban parte todos los Seminaristas de la Ciudad Santa, cantó el «Tu es Petrus». Celebrado el Santo Sacrificio con toda la solemnidad de una Misa Pontificia, terminóse la función con las aclamaciones, ejecutadas por el coro, después de la bendición papal, y en las cuales se reflejaba la idea dominante de la Asamblea romana: la Soberanía pacífica de Cristo en la Eucaristía.

Pocas horas después se reunieron los Congresistas sobre las Catacumbas de San Calixto para celebrar la primera Asamblea general. El discurso que respondía al programa del Congreso, fué pronunciado por Monseñor Massimo Massimi, que lo hizo con arte admi-

rable. A las 18 horas, se organizó la procesión eucarística que salió de San Calixto y recorrió los cuatro kilómetros que la separan de San Pablo extramuros. Era tarde ya cuando llegó la procesión a la magnífica Basílica erigida a orillas del Tíber, y en ese momento fué entonado el *Tedéum* de acción de gracias, coreado, según la costumbre romana, por todos los asistentes.

Entre las ceremonias llevadas a cabo durante el Congreso, una de las más impresionantes y, sin duda, más conmovedora, fué la adoración Nocturna, en la Basílica de San Pedro, con asistencia del Soberano Pontífice, en la noche del viernes al sábado. El Papa llegó a pie, rodeado de su guardia noble y de algunos oficiales de su corte. La servidumbre, que en otros días solemnes acostumbra llevar la silla gestatoria, precedía en aquel día al cortejo, teniendo en sus manos velas encendidas. Ante el altar de la Confesión, Pío XI se arrodilló en el reclinatorio preparado, y se expuso a Su Divina Majestad. Después del rezo de las acostumbradas oraciones y de los himnos eucarísticos, subió al púlpito monseñor Bartolomassi, pronunciando una fervorosa exhortación. Luego el Soberano Pontífice, empezó la celebración de la Santa Misa ante el Santísimo Sacramento de manifiesto. El Credo fué recitado con el Papa por toda la Asamblea: todos respondieron al Prefacio y al Pater. ¡Qué hermoso espectáculo el ver a los fieles llegados de todas partes del mundo, uniendo su voz a la del Padre común, alabar a Cristo presente en la Hostia.

Llegó el momento de la Comunión, y Su Santidad distribuyó el Pan eucarístico durante una hora, mientras ocho obispos de diferentes nacionalidades iban repartiendo el mismo Pan Divino a otros tantos grupos de aquella muchedumbre piadosa y creyente.

Mientras los hombres pasaban la noche en adoración en San Pedro, las señoras, por su parte, se habían reunido en Santa María la Mayor, bajo la mirada de la Santísima Virgen, para adorar al mismo Jesús Sacramentado y velar con El.

En Roma, como en los demás Congresos no podía faltar el día de los niños. El sitio elegido para tan simpática función, fué el histórico Coliseo, regado otrora con la sangre de tantos mártires. En aquel inmenso anfiteatro, en que millares de espectadores vociferaban pidiendo a gritos la entrega de los cristianos a las fieras, se reunió en la mañana del domingo una muchedumbre compacta, deseosa de presenciar un espectáculo diferente y sumamente consolador, el de millares de almas infantiles, recibiendo a Jesús Hostia y ofreciéndole como trono sus inocentes corazones. La Misa fué celebrada por Monseñor Bartolomassi, presidente del Comité Nacional Italiano de los Congresos Eucarísticos. Un altar había sido erigido en medio de la arena. En el momento de la Comunión, doce sacerdotes se acercaron al altar para tomar los copones conteniendo las Hostias consagradas y se dirigieron hacia las diversas partes del Coliseo. Se calcula en 15.000 el número de niños que recibieron a Nuestro Señor en aquella función inolvidable.

La procesión eucarística, que tuvo lugar el domingo al atardecer, excedió, y en mucho, todas las esperanzas. Toda la ciudad de Roma había sido invitada para concurrir al triunfo de Jesús Sacramentado, y los romanos acudieron presurosos, respondiendo al llamado de sus Pastores. Se habla de quinientas mil personas, apiñadas en las calles por donde había de pasar Su Divina Majestad. La actitud respetuosa de aquella muchedumbre recogida, la majestad, la grandiosidad

del acto, hubieron de causar honda impresión en los corazones de aquellos que tenían olvidados sus deberes religiosos. Dícese que en aquella ocasión hubo algunas conversiones de descreídos, pero, ¡cuántas más se produjeron y quedan conocidas solamente de Aquel que escruta hasta lo más íntimo de las almas!

Salió la procesión de la Basílica de San Juan de Letrán, madre y maestra de todas las Iglesias, para dirigirse al Coliseo, pasando por Santa María la Mayor. Abriendo la marcha cabalgaba un piquete de caballería, sable al hombro. Seguían las asociaciones católicas de la ciudad y las representaciones extranjeras, venidas a Roma con motivo del Congreso. Había allí católicos de todas las regiones de la tierra, contribuyendo todos al espléndido triunfo de Jesús Sacramentado. Iba en el cortejo numeroso clero, compuesto por todos los seminaristas e institutos religiosos de la ciudad, miles de sacerdotes revestidos de blancos sobrepellices, los Capítulos de las basílicas romanas, más de 300 obispos, de todos los ritos, y catorce Príncipes de la Iglesia seguían inmediatamente al palio, y a continuación los prelados de la Casa Pontificia, la Guardia noble, numerosos miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, juntamente con varios ministros y diputados italianos. Un pelotón de carabineros, en uniforme de gran gala, constituía la guardia de honor. A lo largo del recorrido, compañías de soldados, alineados en ambas aceras de las calles presentaban las armas al paso de Su Divina Majestad.

Al salir Jesús Sacramentado de la basílica de San Juan, se echaron a vuelo las campanas de todas las iglesias, anunciando a todos que Jesús iba a empezar su marcha triunfal y, al mismo tiempo, numerosas palomas mensajeras salieron de uno de los balcones

para llevar a todas partes el mensaje pacífico del Congreso. Tres veces se detuvo el Señor para bendecir a la muchedumbre, y la tercera vez fué bajo el arco secular de Constantino, que queda como un monumento perenne del triunfo de la religión cristiana sobre el paganismo. ¡Qué lugar más indicado para erigir el altar a Jesús en el día de su marcha triunfal por las calles de Roma!

La procesión regresó entonces a su punto de partida y era ya noche cerrada, pero las ventanas, los balcones y las torres iluminadas y la interminable línea de cirios encendidos daban al conjunto un aspecto fantástico. Y a las veintiuna horas, desde la «loggia» de la fachada principal de la Basílica, Su Eminencia el Cardenal Vicario dió la última bendición, seguida de una entusiasta aclamación a Jesús Hostia, Rey de Reyes y Príncipe de la paz.

Así como el Soberano Pontífice había abierto las sesiones del Congreso, así también quiso clausurarlas personalmente. El lunes por la mañana, en San Pedro, se cantó un solemne Tedéum, en acción de gracias, y Pío XI dió a todos los Congresistas que llenaban el vastísimo templo, la bendición eucarística.

El Dios de la Eucaristía había sido magníficamente glorificado y esa nueva serie de Congresos inaugurados en presencia del Vicario de Cristo iba a tomar nuevo incremento y contribuir grandemente a establecer en la tierra el reinado pacífico de Jesús Hostia.

AMSTERDAM, 1924

El primer Congreso Eucarístico diocesano holandés, realizado en Amsterdam de 1922, fué tan importante y revistió caracteres tales, que reavivó la esperanza de de que esa ciudad fuese en un futuro más o menos pró-

ximo, el teatro de asambleas más solemnes. Después de las oportunas diligencias y con la aprobación explícita de Su Santidad Pío XI, el Comité Permanente decidió que el XXVII Congreso Eucarístico Internacional, tuviera por sede la importante ciudad holandesa. Poco después se supo que en representación del Vicario de Cristo, en calidad de Legado Pontificio, asistiría a la grande Asamblea un eminente Príncipe de la Iglesia holandés de nación, el eminentísimo Cardenal van Rossum, Prefecto de la Sagrada Congregación de la Propaganda.

Dirigió los trabajos de preparación del Congreso, el Obispo de Haarlem, Monseñor Callier, siendo presidente el señor Stroemer, deán de Amsterdam y secretario un religioso agustino, el R. P. van Dijk.

El ilustrísimo señor Obispo de Harlem y Monseñor Heylen, dirigieron separadamente a todos los obispos del mundo, una carta para invitarles a dar brillo con su presencia, a la XXVII asamblea Eucarística Internacional, y a exhortar a sus sacerdotes y fieles que acudiesen numerosos al Congreso. En su carta, Monseñor Callier explicaba «como esa ciudad de Amsterdam, de modesto pueblo que era, se ha convertido en capital del país, principalmente a causa de los milagros operados allí por el Augusto Sacramento y del concurso de las muchedumbres que siguen haciendo peregrinaciones a la Hostia milagrosa».

Prueba de la fe y devoción eucarística de los Holandeses es aquella emocionante manifestación llamada «Stille Omgang» o Procesión silenciosa, que aún en nuestros días se renueva anualmente, con gran edificación de todos, aun de los protestantes e incrédulos. En el silencio de la noche, miles de hombres caminan por las calles de la ciudad, rezando cada uno en su par-

ticular, y siguiendo el itinerario que solía recorrer en tiempos antiguos la procesión del Santísimo Sacramento.

La «Stille Omgang» tuvo lugar ese año en la noche del 22 al 23 de marzo y en ella tomaron parte 50.000 hombres, que desfilaron silenciosamente y recogidos, por las calles de Amsterdam, pasaron por los alrededores de la «Santa Capilla» y, al amanecer, volvieron a sus casas, ya en la capital, ya en las ciudades vecinas.

El Congreso de Amsterdam resultó muy grandioso y fué un triunfo incomparable para el Dios de la Hostia. El Cardenal Legado se embarcó en Amberes, con toda su comitiva, a bordo del Batavier II, que se dirigió luego a Flessingen. El buque navegaba bajo los colores pontificios que ondeaban en su mástil, y llegó a Ijmuiden, donde una multitud que le esperaba, le tributó una indescriptible ovación. Entonaron el cántico «Aan U Koning der Eeuwen», «A Vos Rey de los siglos», tan conocido de los católicos neerlandeses, y aplaudieron al Soberano Pontífice, en la persona de su representante. Desde el puente del Batavier II, Su Eminencia dió su bendición a todos. Luego, el vapor reanudó su marcha hacia la capital, y horas más tarde, fondeó en el puerto, donde se renovó, aún en mayor escala, la ovación que se le había dispensado en Ijmuiden.

Organizóse el cortejo que debía acompañar al Cardenal van Rossum hasta la iglesia de San Wilibrord. La carroza de gala, arrastrada por cuatro magníficos caballos, avanzaba entre dos verdaderas murallas humanas, formadas por los espectadores, luciendo todos en su pecho el distintivo oficial del Congreso. Calcúlase en 500.000 el número de personas apostadas en las aceras de las calles y en la orilla de los pintorescos canales, desde el Ruyterkede hasta San Wilibrord. No pocos Congresistas son del parecer que el recibimiento ofre-

cido en Amsterdam al Cardenal Legado, excedió en mucho a las grandes recepciones que le habían tributado en los Congresos precedentes.

El miércoles 23 de julio, fué el día designado para la apertura de la solemne Asamblea. El estadio en que iba a realizarse la función inaugural, ofrecía aquel día un aspecto grandioso e imponente, dominándolo todo una gigantesca estatua del Sagrado Corazón, con los brazos extendidos, como para llamar a todos los pueblos e invitarles a tomar parte en el magnífico homenaje que se preparaba en honor de Jesús Sacramentado.

El 24 de julio fueron celebradas en varias iglesias Misas Pontificales, resultando los templos demasiado pequeños para dar cabida al concurso extraordinario de fieles. Hubo una Misa de rito griego oficiada por Monseñor Isaías Papadopoulos, asistido por ocho sacerdotes, lo que atrajo una afluencia enorme, deseosa de admirar el esplendor y la riqueza de la liturgia oriental.

Cada día a las 12, se realizaban las reuniones de los niños, en diversas iglesias de la ciudad, lo que dió lugar a ceremonias muy conmovedoras, en las cuales esos amigos de Jesús pedían con todo el fervor de su fe a Nuestro Señor, se dignara derramar bendiciones abundantes sobre el Congreso.

Siguiendo la práctica establecida en la mayoría de los Congresos Eucarísticos, se dividió el trabajo por secciones nacionales. La sección belga, fué presidida por Monseñor Laminne, obispo auxiliar de Lieja; la sección francesa por el Cardenal Dubois; la inglesa por el Cardenal Bourne; la alemana, por los Cardenales Schulte y Bertram; la austríaca, por el Cardenal Piffli; la italiana por el Cardenal Sincero, y la española, a la cual se agregaron las delegaciones hispanoamericanas, fué presidida por el Cardenal Reig y Casanova. Bien

representada también, fué la sección oriental y llamó vivamente la atención de los Congresistas.

El tema propuesto para la magna Asamblea eucarística era la Reparación, considerada bajo doce aspectos diferentes. No podía haber tema más oportuno, en una época como la nuestra, ante la apostasía social y la guerra contra la Eucaristía. No bien terminadas las reuniones de las secciones nacionales, la muchedumbre se dirigía a la Asambleas generales, que se realizaron al mismo tiempo en San Wilibrord, en el Concertgebouw y en el estadio. Resultaría demasiado largo enumerar los elocuentes discursos que fueron pronunciados en aquellas solemnes reuniones.

El sábado 26 de julio tuvo lugar en el estadio, la Comunión de los niños, en la cual ocho mil almas inocentes recibieron a la Hostia Divina, ansiosos ellos también de reparar los ultrajes de que Nuestro Señor es víctima todos los días en su Sacramento de amor. ¡Espectáculo sublime, lleno de emoción y de grandeza! Las hostias habían sido ofrecidas por los 150.000 miembros de la Liga eucarística belga, que venía preparándose para el Congreso desde hacía muchos meses. Cada granito de trigo, representaba una Comunión ofrecida con ese fin, y esos granos de trigo, una vez molidos, dieron la harina necesaria para las hostias de la Comunión general de los niños.

En el mismo estadio se verificó la sesión de clausura del Congreso y en ella se dió lectura a los telegramas recibidos de los eminentísimos Cardenales Laurenti y Ranuzzi, y otro de S. M. la reina Guillermina, de Holanda. Luego hizo uso de la palabra Monseñor Heylen, dando gracias al Altísimo por las jornadas eucarísticas, que ya estaban por terminar. El Cardenal Legado añadió que, como representante del Papa, podía declarar

que Dios Nuestro Señor estaba satisfecho de los homenajes que Holanda, en unión con los Congresistas de todo el mundo, acababa de tributarle.

La procesión final fué el acto culminante de la Asamblea. El 27 de julio amaneció nublado, y una llovizna monótona caía sobre la ciudad adormecida, amenazando defraudar las esperanzas de la muchedumbre, deseosa de afirmar los derechos de Cristo Rey y reparar en aquel acto solemne, por todos aquellos que los desconocen y niegan. A las 9.30, Su Eminencia el Cardenal Legado, celebró la Misa Pontifical en presencia de 52 obispos, 12 abades mitrados y de 50.000 fieles. La Misa de Angelis fué cantada por 3.000 niños y 1.000 seminaristas, bajo la dirección de un Padre Domingo de Nimega. En la tribuna oficial estaban también los miembros del Comité Permanente y tres Ministros católicos de la Corona de Holanda.

El cielo, asociándose a la alegría de todos, se despejó y los rayos brillantes del sol, hicieron resaltar los vivos colores de las banderas pontificias y de las banderas de las naciones allí representadas. Unas ochenta mil personas formaron en la gran procesión, acompañando con cantos y oraciones a Jesús Sacramentado, llevado en manos del Cardenal van Rossum. Finalizóse el imponente desfile con el canto del Tedéum a ocho voces mixtas, y por último, descendió sobre todos la bendición eucarística. Así terminaba aquella inolvidable manifestación de fe y de amor.

Ante un espectáculo de esa naturaleza, los protestantes holandeses no podían menos que reconocer la influencia poderosa de la Eucaristía, y con razón exclamaba un pastor: «¡Qué pobres somos nosotros, protestantes, con la simplicidad de nuestra Biblia, frente a este Congreso!»

CHICAGO, 1926

En diciembre de 1674, un jesuíta francés, el P. Marquette, llegaba a la orilla del lago Michigan, entonces desierta, y en un altar improvisado ofrecía el santo sacrificio de la misa, distribuyendo la sagrada comunión a sus dos compañeros de misión. Hoy, después de transcurridos apenas dos siglos, en aquella misma orilla, casi en el mismo lugar, otro sacerdote va a celebrar también la santa misa; la hostia será la misma, débil y sin apariencia alguna, pero en lugar de los dos fieles que comulgaron verá postrados al pie del altar un millón de adoradores.

Hace cien años, Chicago no era más que un pueblo conocido con el nombre de Fort Dearborn. Actualmente es la segunda ciudad de los Estados Unidos, y la cuarta del mundo por su población de tres millones de habitantes, de los cuales una tercera parte son católicos. Para dar al lector una idea de la vida católica de la gran ciudad norteamericana, bastará señalar que posee 240 parroquias florecientes: 32 son para los Polacos, 32 para los Alemanes, 12 italianas, 9 bohemias, 9 lituanas, 8 inglesas, 7 eslovacas, 5 francocanadienses, 4 croatas, 2 eslovenas, 1 belga, 1 holandesa, 1 húngara, 1 mejicana, 1 para los católicos de color, 1 para el rito caldeo y 1 para el rito siríaco. ¡Qué mejor argumento para dar una idea de la pujanza del catolicismo en la ciudad de Chicago y justificar su elección para el Congreso Eucarístico Internacional de 1926! Su arzobispo actual, el Emo. Cardenal Mundelein, es un hombre de una actividad asombrosa y a él se debe la fundación del seminario de Saint Mary of the Lake, en medio de una vasta



Dublín. — El Phoenix Park durante una función del Congreso. (31^{er} Congreso)

propiedad de 480 hectáreas, para la formación del clero que ha de coadyuvar en la diócesis.

El Congreso de Chicago fué preparado por una gran cruzada de oración y de sacrificios. Por medio de la prensa católica de todos los países el llamamiento del Cardenal Mundelein llegó hasta las más remotas regiones y en todas partes los fieles se unieron a los católicos americanos para esa preparación espiritual. Las hostias que sirvieron para la comunión de los congresistas fueron confeccionadas, debido a una piadosa iniciativa de la cruzada eucarística, con los granos de trigo ofrecidos por los pequeños cruzados del mundo entero, y que representaban otros tantos actos generosos o sacrificios por ellos aceptados con ese fin. Esa cruzada infantil permitió enviar a Chicago un millón doscientas veintisiete mil hostias.

Cupo al Emo. Cardenal Bonzano el honor de representar al Vicario de Jesucristo en el XXVIII Congreso Eucarístico Internacional. Su eminencia se embarcó en Cherbourg a bordo del Aquitania de la Cunard Line y llegó a Nueva York el 11 de junio. Una flotilla, enarbolando los colores papales fué a su encuentro en la bahía, para darle la bienvenida del pueblo americano y escoltarle hasta la ciudad. Organizóse un imponente cortejo, precedido por la policía montada, el cual, pasando por Broadway y la 5^a. Avenida, se dirigió a la Catedral de San Patricio en medio de una muchedumbre incalculable que victoreaba al Cardenal Legado mientras que de los rascacielos caía una lluvia de confetti y serpentinas sobre el cortejo.

El domingo 13 de julio el Cardenal Bonzano, con todos los demás Príncipes de la Iglesia allí presentes, 10 arzobispos y 30 obispos, tomó parte en una procesión eucarística que recorrió las principales arterias de

la ciudad de Nueva York, siendo el gobierno representado por el regimiento 165 de infantería y por los cadetes del ejército y de la armada.

El 16 y 17 de julio fué el viaje triunfal del Legado en el tren rojo de los Cardenales, que iba avanzando de día y de noche ante una muchedumbre que se apiñaba en las estaciones para aclamarlo entusiastamente. Poderosísimos reflectores iluminaban de noche el tren cardenalicio y permitían a los espectadores, desde la altura de las vecinas colinas, contemplar el paso del representante del Papa, y en todas las Iglesias se echaban a vuelo las campanas, en señal de alegría. El 17 de junio entró el tren rojo en la Illinois Central Station de Chicago, y el cortejo desfiló durante hora y media en medio de 200.000 espectadores, dirigiéndose a la Catedral del Holy Name. Por la tarde hubo una recepción oficial en el Coliseo, inmenso hall, célebre en los anales políticos del país, y es allí que el ministro del Trabajo leyó el mensaje del presidente Coolidge al Cardenal Legado mensaje que fué como un homenaje del protestantismo a la autoridad de la Iglesia Católica y al prestigio incontestable del Papado.

Por iniciativa de la sección francesa se abrió el XXVIII Congreso Eucarístico con una hora solemne de adoración en la iglesia de los Padres Sacramentinos y a medianoche, en esa misma iglesia de Notre Dame, su Eminencia el Cardenal Charost, arzobispo de Rennes, celebraba la primera misa del Congreso Eucarístico. Al día siguiente se cantó una misa solemne en cada una de las 367 iglesias de la arquidiócesis y un millón de católicos se acercó a la sagrada mesa, cumpliendo la promesa hecha por el Cardenal Mundelein al Soberano Pontífice.

La apertura oficial del Congreso tuvo lugar, a las 11 horas, en la Catedral del Santo Nombre. Se dió

lectura del Breve Pontificio, y Monseñor Heylen, presidente del Comité Permanente, celebró una misa pontifical, en presencia de 10 Emos. Cardenales, 300 arzobispos y obispos, 17 abades mitrados, 3 prefectos apostólicos, 7 superiores generales de Ordenes, numerosos prelados y más de 5.000 sacerdotes.

Cada tarde tenían lugar las reuniones de las secciones de estudio, en número de 21, todas de lengua diferente, para estudiar y desarrollar el programa de los temas del Congreso, trazado por el eminente teólogo de la Compañía de Jesús, R. P. de la Taille. El tema general propuesto era «la Santísima Eucaristía y la vida cristiana».

La primera asamblea general se realizó el 21 de junio, a las 10 horas, en el Stadium o Soldiers'Field, arena inmensa de forma elíptica edificada en memoria de los soldados americanos caídos en la gran guerra, y conocida por la prensa americana con el nombre de «The open air Cathedral», la Catedral al aire libre. La multitud congregada, tanto en el interior como en el exterior del vasto anfiteatro, ha sido calculada en quinientas mil personas. En la pista del Stadium, se reunieron 60.000 niños, los cuales ejercitados desde meses atrás en el canto de la misa de Angelis, constituyeron el coro de cantores más numeroso de cuantos jamás hayan sido oídos. Fué celebrante el Emo. Cardenal Legado y el altar monumental era una fiel reproducción del histórico altar de la basílica de San Pablo extramuros, en Roma. En esa primera reunión general hicieron uso de la palabra en sus respectivos idiomas, el Cardenal Faulhaber, el Hon. David Walsh, el Cardenal Dubois, de París, y Mons. Mannix, de Melbourne.

El martes 22 de junio era el día especialmente reservado a las señoras, El Soldiers'Field abrió sus puertas

para las 200.000 personas que tomaron parte en la solemne función. Un coro de 3.800 señoras y 6.000 religiosas, venidas de todos los puntos de los Estados Unidos y pertenecientes a las más diversas congregaciones, reemplazaban a los 60.000 niños de la víspera en el canto de la misa «de Angelis». ¿Dónde encontrar en los anales de la Iglesia, semejante número de vírgenes, cantando al unísono las partes comunes de la santa misa?

Por la tarde, en ese mismo anfiteatro, el espectáculo era más magnífico todavía. Cuando las sombras de la noche caían sobre la gran ciudad, una legión de cuatrocientos mil hombres, miembros de la Holy Name Society, tan conocida en los Estados Unidos, estaban congregados para una conmovedora e impresionante ceremonia. Habían venido para aclamar a Jesús Sacramentado Rey de las naciones, y un estremecimiento de admiración se apoderaba de los espectadores, que a duras penas podían contener las lágrimas, al oír los acentos de los himnos y las aclamaciones que brotaban de aquella multitud de creyentes. Y los discursos se sucedían en inglés, en francés, en alemán, en polaco, en español, en italiano y en otros idiomas, para celebrar en todas las lenguas el nombre sagrado de Jesucristo. A las 23 horas llegaron los eminentes Príncipes de la Iglesia, los arzobispos y obispos; subieron a los estrados que les habían sido reservados y apareció la Hostia Santa. Sin duda alguna, ha sido esta la más sublime adoración nocturna que el mundo haya jamás presenciado. De repente, a una señal convenida, aquella muchedumbre incontable de hombres, encendió los cirios que cada uno había traído consigo y era como un mar de luz que hacía palidecer los focos brillantes de los más poderosos reflectores. Y aquella noche, empezada a los acordes del «Star spangled banner» se terminó

con el himno de adoración y de amor a Jesús Sacramentado.

La procesión de clausura fué una verdadera apoteosis y se desarrolló en Saint Mary of the Lake, parque inmenso en que se levantan los suntuosos edificios del seminario arquidiocesano. Es allí, a cuarenta millas del bullicio de la gran urbe, donde el Cardenal Mundelein había convocado a las muchedumbres para la procesión final del Congreso. Nueve autostradas y tres líneas de ferrocarriles apenas bastaban para llevar a Mundelein el millón de peregrinos que deseaban tomar parte en la solemne manifestación de fe. El éxodo de Chicago había empezado el miércoles por la mañana y el viernes la muchedumbre no había terminado todavía de evacuar el terreno. Más de 25.000 autos se ubicaron alrededor del lago y sirvieron de abrigo durante la noche a sus ocupantes.

El día 24 de julio, a las 14 horas, se puso en movimiento la procesión en la cual tomaban parte católicos de todos los pueblos del mundo, en una incomparable manifestación de fe. En el momento en que ese triunfo de la hostia divina llegaba a su apogeo, he aquí que de repente el cielo se encapotó, el trueno retumbó a lo lejos y una lluvia torrencial que duró unos veinte minutos, vino a empararlo todo: los ricos estandartes, los ornamentos de los prelados y la púrpura de los Cardenales. Pero fué más poderosa la fe de los Congresistas, pues lejos de sembrar la confusión en el desfile, la lluvia no fué sino un nuevo estímulo para redoblar la piedad de la muchedumbre. Mientras soplabla el viento huracanado, de un millón de pechos brotaban los acentos del cántico de acción de gracias: «Holy God, we praise Thy Name», Dios Santo, ensalzamos Tu Nombre. El cielo oyó la súplica de los fieles, y muy pronto amainó

la tormenta y un radiante sol reapareció entre las nubes. El desfile glorioso, escoltado por 6.000 Caballeros de Colón, terminó su recorrido con una apoteosis raras veces vista, y un millón de frentes se inclinaron para recibir la bendición de Jesús Sacramentado. Después de tan esplendorosas ceremonias y manifestaciones se comprenden aquellas palabras de una irlandesa de ochenta y cuatro años de edad: «Ahora puedo morir en paz; nunca volveré a ver espectáculo tan hermoso en esta tierra».

SYDNEY (Australia), 1928

La Hostia Pacífica sigue su marcha triunfal a través de las más distintas regiones del mundo y llega con el XXIXº Congreso Eucarístico Internacional al lejano continente australiano. Sydney, populosa ciudad de más de un millón de habitantes, y capital del Estado de New South Wales, había sido elegida entre muchas ciudades para ese nuevo triunfo de Cristo Rey. La ciudad de Sydney, edificada sobre una península que avanza de la bahía de Port Jackson entre Darling Harbour y Woolloomooloo Bay presenta un aspecto muy original y pintoresco, que impresiona mucho al turista. La bahía de Sydney es, sin duda alguna, una de las más hermosas y la vegetación semitropical exuberante recuerda a los viajeros las bellezas de la inmensa bahía de Río de Janeiro. Este era el marco en que iban a desarrollarse las solemnidades del Congreso Eucarístico.

El Sumo Pontífice designó como Legado al eminentísimo Cardenal Cerretti, tan conocido y universalmente estimado en Australia, por haber residido allí durante dos años en calidad de Delegado Apostólico.

Dos hechos principales se llevaron a cabo antes de la inauguración oficial de la Asamblea eucarística: la recepción solemne del representante de Su Santidad Pío XI y la consagración de la nueva Catedral de Saint Mary, recién terminada y cuya primera piedra fundamental había sido colocada el 8 de junio de 1913, por los Excmos. Sres. arzobispos de Sydney y Melbourne. Como esa iglesia debía ser el centro de reuniones durante el Congreso se había trabajado en su construcción con febril actividad, especialmente durante los meses anteriores a la apertura de las solemnes sesiones. Esa Catedral, dedicada a la Santísima Virgen, es una de las más hermosas entre las iglesias modernas de estilo gótico, y en su construcción se ha invertido más de un millón de dólares.

Se dió principio a las imponentes manifestaciones del Congreso con una Misa Pontifical celebrada por Monseñor Heylen, presidente del Comité Permanente. El Cardenal Cerretti y los miembros de la misión pontificia que lo acompañaban, tomaron asiento en el presbiterio y Monseñor Kelly, arzobispo diocesano, dió la bienvenida al Cardenal Legado, agradeciendo al Santo Padre por haber querido hacerse representar en esa Asamblea y por haber designado para desempeñar tan honroso cargo a un príncipe de la Iglesia que conoce profundamente Australia y sus habitantes.

A continuación Monseñor Heylen declaró oficialmente abierto el XXIX Congreso y dió lectura del Breve que nombraba al Cardenal Cerretti Legado de la Santa Sede. Luego se realizó una grandiosa procesión encabezada por el mismo Cardenal Legado y en ella tomaron parte una inmensa muchedumbre de fieles, ciento veinte Obispos y Arzobispos, juntamente con los delegados de Argentina, España, Gran Bretaña,

Estados Unidos, Irlanda, Canadá, Alemania, Francia, Bélgica, Dinamarca, Austria, Checoslovaquia, Italia, Holanda, China, India, Filipinas, Islas de Samoa, Fidji, Nueva Zelandia y Africa del Sur. Esa nómina de los países representados en Sydney, a pesar de las distancias, muestra claramente por una parte la fuerza de atracción de la Hostia Divina y por otra el carácter internacional de la gran Asamblea. Los grandes órganos de la prensa australiana calcularon en más de 40.000 el número de las personas presentes en aquella ceremonia inaugural.

Por la tarde, las asambleas generales se realizaron en nueve salas diferentes y los discursos se pronunciaron en cinco idiomas distintos. Para asistir a la Misa Pontifical del Cardenal Cerretti, el día 6 de septiembre, se habían congregado en la Catedral unas nueve mil personas, pero más de cuarenta mil no pudieron penetrar en el interior y asistieron al Santo Sacrificio desde la plaza y las calles adyacentes. Aquella muchedumbre no perdió por eso ni una sola palabra de la misa ni del discurso de Mons. Mannix, arzobispo de Melbourne, porque una serie de altoparlantes le transmitía con claridad y perfección los cantos y discursos. Terminada la Misa, quedó Su Divina Majestad, solemnemente expuesta en la Catedral, donde numerosos sacerdotes y fieles le hicieron sin interrupción nutrida Guardia de Honor. Varios Prelados australianos acudieron con sus feligreses a hacer una hora de adoración al Dios de la Hostia.

El tema propuesto por Su Santidad para las discusiones generales del Congreso era el de «La Eucaristía y la Santísima Virgen». Ningún título podía ser más acepto al pueblo australiano, ya que tiene por Patrona a Nuestra Señora bajo el título de «Auxilio de los Cristianos».

En una serie de discursos doctrinales, las reuniones nacionales se empeñaron en exponer la inefable economía divina que ha dado a Jesucristo nuestra humanidad por medio de María. El programa de los estudios había sido cuidadosamente preparado por teólogos célebres y debía desarrollarse en quince discursos divididos en dos secciones, encargada la primera de tratar de «La Eucaristía y nuestra deuda para con la Santísima Virgen» y la segunda consagrada a «La devoción eucarística y el ejemplo de María». Oradores elocuentes pusieron de relieve la vida eucarística de la Madre de Dios, propuesta hace más de medio siglo a la admiración e imitación de las almas devotas por un sacerdote de fuego, el beato Pedro Julián Eymard, cuando en su amor a Jesús y a María, le dió aquel nuevo y hermoso título, hoy día tan difundido en el mundo entero: Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, Madre y Modelo de los Adoradores.

Es lo que hicieron en discursos grandilocuentes Mons. Barry, obispo de Goulburn, y Mons. Heylen en la reunión del Colegio San Patricio, mientras que en el Australian Hall, Mons. Sheehan, Mons. Kelly y el Príncipe Ghika, entretenían otros numerosos auditorios con los mismos interesantes temas.

De veras impresionante resultó la ceremonia de la tarde, en los vastos terrenos del Showground o terreno de las Exposiciones agrícolas. Jamás, tal vez si se exceptúa el Congreso de Chicago, se había visto un espectáculo semejante: era una función reservada para los hombres. Parecíase aquello a un verdadero mar humano, cuando una procesión de Obispos y sacerdotes atravesó la inmensa llanura para acompañar al Cardenal Legado hasta el monumental altar erigido en el centro. Restablecido el silencio, después de la formidable ovación

con que fué saludada la llegada del eminentísimo Príncipe de la Iglesia, Monseñor O'Doherty habló sobre los numerosos peligros que amenazan nuestra sociedad en la hora actual, y Monseñor Kelly impartió a todos aquellos hombres la bendición eucarística.

En aquel instante se apagaron los grandes reflectores que iluminaban el Showground; en las tinieblas, millares y millares de cirios se encendieron, y su trémula luz dejaba ver a una multitud de frentes inclinadas para recibir la bendición de Jesús Sacramentado.

El viernes fué el día de los niños y para ellos se celebró al aire libre una Misa Pontifical oficiada por el eminentísimo Cardenal Legado. Estaban presentes unos veinte mil niños y niñas, éstas vestidas de blanco y formando como un cuadrado inmaculado en el marco negro de los varones. Alrededor de 100.000 personas presenciaron aquella fiesta y escucharon el sermón de Monseñor Gilmartín, Obispo de Tuam, Irlanda, el cual propuso como ejemplo a su infantil auditorio, el del Divino Niño de Nazareth.

Después de la Misa Pontifical acercáronse al Cardenal Legado los Obispos norteamericanos y le entregaron un precioso álbum para que lo llevara al Santo Padre. Era el resultado de la cruzada emprendida por los Padres del Santísimo Sacramento, de Nueva York, para ofrecer un ramillete espiritual de cien millones de flores espirituales por el Congreso. La campaña realizada en los Estados Unidos y en el Canadá, dió el total de 22.145.698.361 actos de piedad. El álbum contiene todas esas ofrendas y se compone de setenta y dos páginas de pergamino, magníficamente adornadas.

Treinta mil niños se acercaron a la Sagrada Mesa el día sábado, y como en la Catedral cabían apenas una tercera parte de ellos, fué un espectáculo admirable el

ver a miles y miles de niños, haciendo su preparación y acción de gracias, arrodillados en el suelo de la plaza y en las calles vecinas. Ese mismo día, en el Parque de las Exposiciones agrícolas se verificó la reunión de las señoras. Se calcula que eran ciento cincuenta mil en el interior del Showground y que cien mil más estaban apiñadas en los alrededores. Cantó pontificalmente la Misa Monseñor Duhig, arzobispo de Brisbane, con asistencia del Cardenal Legado y el sermón estuvo a cargo de Monseñor White, obispo de Dunedin, el cual les propuso como ejemplo a la Mujer Fuerte de la Sagrada Escritura, mostrándoles el papel importante que les toca para defender la familia cristiana contra todos los peligros de destrucción que hoy en día la amenazan.

Todas las ceremonias del Congreso habían sido espléndidas, pero quedaron eclipsadas por las manifestaciones del último día. Celebró el eminentísimo Cardenal Legado una Misa Pontifical en el parque del Colegio Saint Patrick de Manly, y es de allí que salió la procesión solemne con que se iba a clausurar el XXIX Congreso Eucarístico. Bajo un rico palio, maravillosamente bordado, llevado por soldados australianos, héroes de la gran guerra, condecorados con la «Victoria Cross», iba el Santísimo Sacramento en manos del Cardenal Ceretti. Llegado al puerto, el eminentísimo Cardenal subió a bordo de un vapor exquisitamente adornado, en cuyo puente se había levantado un magnífico altar. Ese vapor-sital iba seguido por una flotilla de honor enarbolando los colores pontificales y llevando las autoridades religiosas y las diversas delegaciones extranjeras, inmediatamente seguidos por un vapor en que iban mil soldados encargados de esperar el paso del Rey de reyes en las calles que debía recorrer la proce-

sión. Después de un largo recorrido en las aguas del Pacífico, el vapor que llevaba al Santísimo Sacramento atracó al muelle circular y la procesión se formó de nuevo en las calles de Sydney, dirigiéndose a la Catedral de Santa María, en cuyo atrio Su Eminencia el Cardenal Cerretti bendijo por tres veces aquella inmensa muchedumbre de quinientas mil personas, arrodilladas en el suelo con el mayor recogimiento.

El Congreso Eucarístico de Sydney estaba terminado; pero el recuerdo de aquel triunfo admirable de la Hostia Divina, quedará para siempre como una fecha gloriosa en la historia de Australia y en los Anales de los Congresos Eucarísticos.

CARTAGO, 1930

Con el Congreso Eucarístico, la ciudad de Cartago acaba de reconquistar su esplendor de antaño. La gran metrópoli fenicia, ante cuyo poderío inmenso se estremeció la misma capital del orbe, vió de nuevo las miradas de todo el mundo dirigidas hacia ella. La Hostia santa había reportado grandiosos triunfos en los diversos continentes: muchos países le habían tributado imponentes homenajes cuyo eco perdura todavía en las distintas ciudades elegidas con ese fin: Lila, París, Tolosa, Lieja, Brusela, Roma, Madrid, Colonia, Viena y Londres; en Asia, Jerusalén; en América, Montreal y Chicago; en Oceanía, Sydney; sólo le quedaba por visitar el continente africano, aquel continente tan célebre en los tiempos de la primitiva iglesia, y que dió al mundo falanges numerosas de mártires, santos y doctores.

Cartago es, además, una ciudad eucarística, como lo demostró hace años el Cardenal Lavigerie en un docu-

mento importantísimo, en que va estudiando la historia del Dogma y del culto en la antigua iglesia de Africa. Y los descubrimientos hechos desde entonces por el padre Delattre, han venido a confirmar esa verdad, pues han sacado a la luz del día una multitud de objetos, sepultados durante siglos en medio de las ruinas, y que revelan la fe de los cristianos africanos en el Augusto Sacramento del Altar. Como en las Catacumbas romanas abundan en dichos objetos los emblemas eucarísticos como el pez simbólico, el cordero, la viña o la paloma llevando en su pico un racimo de uvas.

Esos muchos testimonios de la piedad eucarística de los cristianos de Cartago se complementan con los escritos de sus grandes doctores y de sus obispos, cuyas obras serán el principal objeto de estudio en las reuniones del Congreso.

El Santo Padre se hizo representar en la asamblea de Cartago por el Emmo. Cardenal Lépiciér, cuya llegada al puerto de Túnez, en el *Città di Napoli*, fué recibido con las aclamaciones de los habitantes y Congresistas. Su Eminencia pasó entre dos larguísimas filas de Cruzados, y las tropas de la guarnición rindieron homenaje al representante del Vicario de Cristo. En el mismo muelle fué recibido por un batallón de zuavos con su música militar y su bandera al frente. Allí estaban también los altos funcionarios, los oficiales, y un nutrido número de sacerdotes y religiosos ex combatientes, ostentando en su pecho impresionantes condecoraciones y a veces heridas más impresionantes todavía.

Habían venido a recibir al Legado los Cardenales Verdier y Charost, Monseñor Lemaitre, Primado de Africa, Monseñor Baudrillart y Monseñor Heylen; el General de Chambrun y otros generales franceses; el

General Younés Hadjoug, en representación de S. A. el bey de Túnez y juntamente con otros personajes de distinción, el cuerpo diplomático y consular en gran uniforme.

En un salón del Cittá di Nápoli tuvo lugar la primera recepción, en la cual el General Younés, Monseñor Lemaitre y M. Cuttelin, presentaron al enviado del Papa, la bienvenida de parte del Gobierno de la República francesa, de S. A. el bey, y del clero y fieles de la diócesis de Cartago y de la ciudad de Túnez. Y mientras la muchedumbre prorrumpía en ensordecedores aplausos y vivas, la banda militar tocó los acordes del himno pontifical, seguido de la Marsellesa y del himno beylical.

El cortejo, precedido por un destacamento de caballería y un pelotón de gendarmes a caballo, se dirigió a la Catedral donde el Legado fué recibido por el Capítulo de la Primacial. Acto seguido hizo una visita al Residente General de Francia y éste le devolvió tres cuartos de hora más tarde aquella visita protocolar en los salones del arzobispado, en presencia de todos los prelados presentes al Congreso y de numerosos eclesiásticos y delegados de las Ordenes religiosas.

En el atrio de la Catedral de Túnez tuvo lugar la ceremonia de apertura del XXX Congreso Eucarístico Internacional. El interior del templo había sido reservado al clero y en las partes de afuera, entre la catedral y la residencia, se apiñaba densísima la muchedumbre alrededor de la plaza. Se inició la ceremonia con el canto del «*Ecce sacerdos*» y luego se dió lectura de la Bula, por la cual se nombraba al Cardenal Lépicier, Legado Pontificio. Las palabras del discurso de Monseñor Heylen y de la alocución del Cardenal fueron transmitidas por altoparlantes, de modo que todos en

aquella asistencia de treinta mil personas, lo percibieron todo con la mayor claridad y nitidez.

Por la tarde, empezaron las reuniones nacionales. Inútil decir, que las reuniones francesa e italiana fueron las más concurridas, realizándose respectivamente en la Catedral de Túnez, en la Primacial de Cartago, y en la iglesia de Santa Cruz. Hubo también secciones maltesa, belga, holandesa, lituana, flamenca, alemana, española, anglo-americana, polaca, checoslovaca y una numerosa sección oriental. El número de esas secciones fué inferior sin embargo, al número de las naciones oficialmente representadas, pues hubo en Cartago católicos pertenecientes a 21 naciones diferentes, unidos todos en una misma fe eucarística.

Las sesiones de estudio convergían todas hacia la Eucaristía, centro y fin de la magna asamblea, así como todas las ceremonias suntuosas que se desarrollaron en los diversos santuarios se proponían, en primer lugar, aumentar en las almas la devoción eucarística, reina de las devociones. Como todos los Congresos eucarísticos, el de Cartago no fué solamente una serie de imponentes manifestaciones exteriores sino que tuvo una acción profunda en las almas.

Dos ceremonias de una grandiosidad especial tuvieron lugar el día jueves por la mañana en el Belvedere y por la tarde en el anfiteatro. La víspera, los scouts de Francia habían dispuesto los bancos formando una inmensa cruz en el velódromo, y en el centro de la cruz se había levantado el altar donde celebró la santa misa el Emmo. Cardenal Hlond, y doce sacerdotes distribuyeron el Pan de vida a ua muchedumbre de niños, revestidos en su mayor parte con el vestido blanco, adornado con la cruz roja de los Cruzados de la Eucaristía.

Esos mismos niños volvieron por la tarde al anfiteatro, donde se verificó una ceremonia no menos bella ni menos emocionante: la Ofrenda de las palmas. En aquella arena donde habían dado su vida por Cristo tantos mártires, aquellos millares de niños y niñas, agitando sus palmas, cantando: «Hosanna Filio David», ofrecían un espectáculo de veras conmovedor, y muchos de los cuarenta mil espectadores se vieron enternecidos hasta las lágrimas. El R. P. Parra, S. J., dirigió al infantil auditorio, un breve discurso, seguido con una bendición solemne, y el interminable cortejo se alejó, pero el recuerdo de tan simpática fiesta resistirá muchos años a las influencias destructoras del tiempo.

En el anfiteatro hubo otra manifestación que causó una impresión no menos profunda: fué la vigilia de los hombres, realizada a las 21 horas, en una noche serena, cuya quietud fué perturbada tan sólo por el ruido de los motores de los aviones. Cada uno de los asistentes llevaba en sus manos una vela encendida, y aquellos millares de luces en tal lugar, algo tenían de singularmente conmovedor. La schola de los padres Blancos ejecutó el canto de «Martyrs aux arènes» y luego pronunció un elocuente discurso Monseñor Tissier, uno de los más reputados oradores sagrados. Terminóse la función nocturna con el canto del «Credo» por toda aquella asistencia de hombres y con la bendición eucarística.

El sábado la misa pontifical fué celebrada en el anfiteatro por Monseñor du Bois de la Villerabel, arzobispo de Rouen, a la cual estaban presentes los Eminentísimos Cardenales Charost, Van Roey, Mac Rory y Verdier, con 50 obispos.

En la Asamblea General del último día el célebre miembro de la academia francesa, Louis Bertrand, atrajo

una muchedumbre de 15.000 personas y los mantuvo suspensos durante tres cuartos de hora, reconstituyendo ante sus ojos el glorioso pasado de Cartago, terminando su interesante discurso con una apología de la fe católica, fuente de tanta nobleza y sacrificio, como se admira en la vida de los santos mártires cartagineses.

Las autoridades musulmanas no se habían quedado alejadas del entusiasmo universal; el mismo bey de Túnez había aceptado ser presidente honorario del Comité y dió en honor del Cardenal Legado, una recepción solemne en el palacio de Marsa, confiriéndole el gran cordón blanco y verde del Nichan-Iftikhar.

A algunos hombres de poca fe había podido parecer absurda la convocatoria de un Congreso Eucarístico Internacional, en lo que ellos llamaban un desierto, pero ese desierto floreció. Lo que parecía nada menos que locura a los ojos humanos Dios lo bendijo y el Congreso de Cartago no desmereció de los Congresos anteriores. Todo en él fué espléndido: en aquella tierra de protectorado el Gobierno de la República francesa supo mantenerse a la altura de su dignidad, poniendo las tropas a la disposición del Congreso ya para mantener el orden, ya para tributar las honras al Cardenal Legado. El Representante oficial de Francia asistió en gran uniforme a las ceremonias religiosas al lado del Cardenal Lépicier y de los obispos.

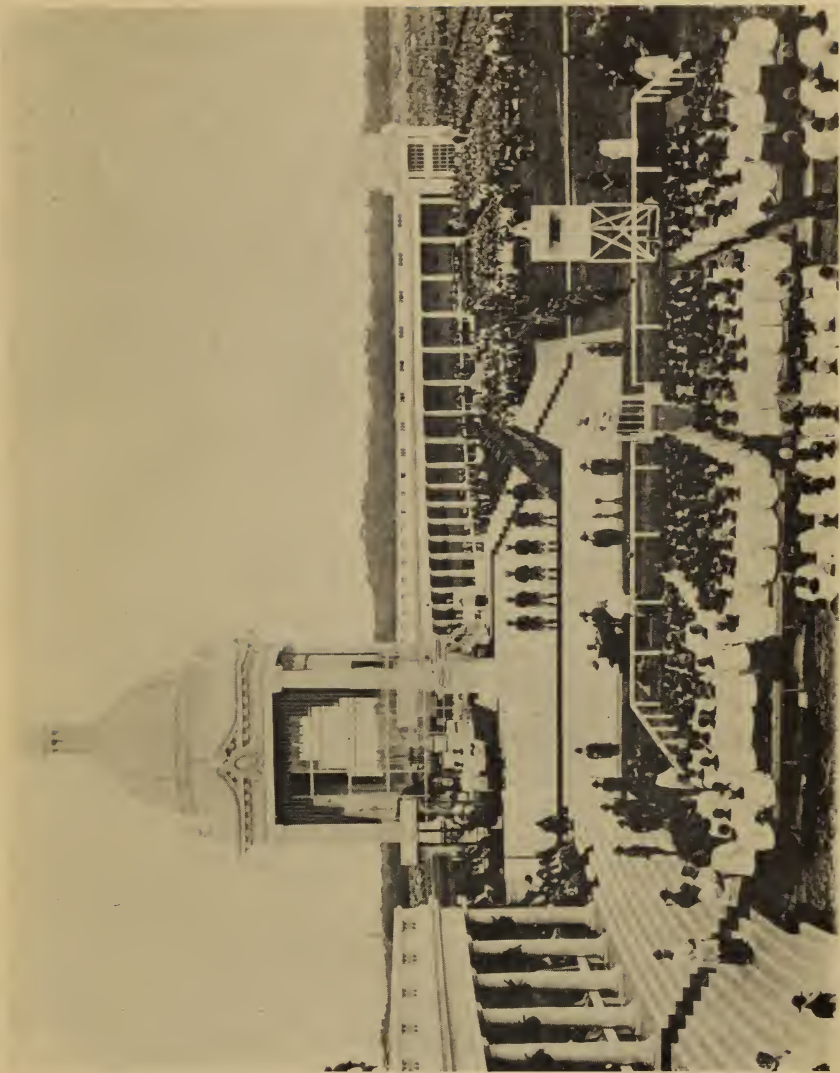
La solemne procesión de clausura tuvo lugar en la colina de Byrsa, llena de recuerdos del rey San Luis, y donde el Cardenal Lavigerie tuvo la idea de construir el templo que había de ser la sede y el centro de la iglesia de Cartago resucitada. Desde aquella altura, como de un nuevo Tabor, el Dios invisible de la Hostia, bendijo a la muchedumbre y ésta fué como la última visión

que todos llevaron consigo, al volver a sus respectivas patrias, del primer gran Congreso Eucarístico en el continente africano.

DUBLIN (IRLANDA), 1932

Mientras los enemigos de Dios se dividen y se exasperan, levantando la bandera roja o negra del odio, la Iglesia Católica sigue alzando su bandera blanca de paz y de amor, recordando a todos los hombres que por más diversas que sean sus patrias, sus lenguas y sus costumbres, son todos hijos de un mismo Padre y todos hermanos. Y es lo que se renueva en la capital de Irlanda cuando en rededor de Cristo Sacramentado se van a congregar otra vez muchedumbres de fieles ansiosas de prepararle un nuevo y estupendo triunfo.

La ciudad de Dublin presentaba un aspecto grandioso; no había calle ni casa que no estuviese engalanada y hasta en los barrios más pobres, en los centros obreros, las fachadas de las humildes viviendas ostentaban los colores pontificios para honrar al representante del Vicario de Jesucristo y al mismo Señor que había escogido su histórica ciudad para su nuevo triunfo. En los caminos y plazas se alzaban altares dedicados al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen; vistosas guirnaldas atravesaban las calles y formaban artísticas bóvedas; fuegos de bengala, cirios y velas ardían en las ventanas mientras que focos eléctricos de tres millones de bujías proyectaban en las nubes la palabra que resume los deberes del hombre para con Dios: «Adoremus». En todas partes, en el Dublín Castle, en el Custom House, en la Catedral y en todos los edificios públicos, los efectos de luz eran de veras impresionantes. Pero



Dublín. — Altar monumental en el Phoenix Park. (31^{or} Congr. Eucar.)

esas luces y fuegos materiales, nada eran comparados con el fervor eucarístico que consumía los corazones de los habitantes de la «verde Erín».

El Papa había nombrado Legado suyo para el XXXI Congreso Eucarístico Internacional, al Emo. Cardenal Lauri, penitenciario mayor, el cual recibió ya al atravesar Inglaterra, una entusiasta recepción, lo que sugirió a un repórter del «Daily Herald» la reflexión siguiente: «Viaja el Cardenal como un Emperador, por Gran Bretaña».

A doce millas de la costa irlandesa, en el Canal de Bristol, una escuadrilla de aviones, volando a baja altura sobre el vapor que llevaba al representante del Papa y a los demás Príncipes de la Iglesia que acudían para asistir a las solemnes funciones, lo saludó. Al acercarse al muelle de Dublín subió de punto el entusiasmo de la muchedumbre; allí estaban miles y miles de católicos irlandeses aguardando la llegada del Legado. Graves y acompasados retumbaron los veintiún cañonazos con que suelen recibirse a los reyes, y el presidente De Valera se adelantó para darle la bienvenida. Indescribible aquella procesión que se formó desde Kingstown hasta la ciudad. Se echaron a vuelo todas las campanas de Dublín; y brillaban de mil fuegos las colinas vecinas que separan a la gran ciudad de Wicklow, Kildare y Drogheda, mientras que allá en la bahía resonaba el estridente chillido de las sirenas de los vapores. En Kingstown, cuando las tropas de honor presentaban las armas al paso del Cardenal Legado, el lord mayor de Dublín se hincó públicamente en la calle y besó respetuosamente su anillo.

El comercio permaneció cerrado como en los días más solemnes; quinientas mil personas, cuyas aclamaciones no sufrían interrupciones, asistían al grandioso desfile. Una de las notas más simpáticas del Congreso fué

la participación oficial de las autoridades. En una época como la nuestra, en que han apostado tantas naciones, en que los gobiernos se creen rebajados por tener que doblar la rodilla ante el creador del mundo, ese acto del gobierno irlandés reviste un carácter especial de nobleza cristiana. El gobierno nacional en pleno, el parlamento, el ejército, la magistratura, en una palabra, todos los organismos públicos de la nación, tomaron parte en el triunfo de la Hostia Divina.

Al anochecer tuvo lugar la recepción oficial del Cardenal Legado y la lectura del Breve de Su Santidad, después de lo cual el Cardenal Lauri pronunció un discurso al cual constestó el presidente De Valera, primero en irlandés y luego en latín.

El día 22, en medio de delirantes ovaciones y vivas, se celebró en la Catedral la ceremonia oficial de inauguración de la asamblea.

El tema a desarrollar en las sesiones de estudio, era el siguiente: «La Sagrada Eucaristía, fundamento de la piedad de Irlanda». Al mismo tiempo los temas literarios propuestos obedecían al programa siguiente: «La Sagrada Eucaristía en Irlanda antes y después de la Reforma» y «La Sagrada Eucaristía en la poesía irlandesa». Iban divididas las sesiones de estudio, según la diversidad de lenguas y de ritos y todas ellas fueron muy brillantes y muy concurridas.

Las magnas asambleas se realizaron en el Phoenix Park, distante cuatro kilómetros de Dublín y quizá el parque mayor del mundo, pues tiene una extensión de 729 hectáreas, y en él hay bosques, jardines y praderas con explanadas inmensas de verdura. Allí se había erigido el altar monumental y es en ese marco grandioso que el día 23 se reunieron unos 300.000 hombres, llevando cada uno de ellos un cirio encendido, y asistieron

a las ceremonias imponentes exclusivamente reservadas para ellos. Terminóse esa función con la bendición eucarística a las 20 horas.

Los altoparlantes llevaban hasta los más remotos lugares del parque los ecos de los cantos y de las peticiones, y la radio los transmitía a las iglesias de la ciudad y a la muchedumbre estacionada en las calles y plazas, que se arrodillaba luego en el suelo para recibir la bendición del Señor.

El día 24 era el día de las mujeres y el 25 el de los niños. Más de cien mil niños asistieron por la mañana a la misa Pontifical celebrada por el Excmo. señor arzobispo de Sydney, con asistencia del Cardenal Legado, de 10 Cardenales y de 200 obispos e innumerables sacerdotes revestidos de sobrepelliz. Un coro infantil de 2.700 voces cantó la misa «de Angelis», durante la cual les dirigió la palabra el Emo. Cardenal Cerretti.

En el Phoenix Park se realizó la última misa pontifical del Congreso; su magnificencia sobrepujo todas las imponentes ceremonias precedentes. Un millón de fieles se hallaban distribuídos en orden perfecto ante el gigantesco altar, cuyo templete, sostenido por cuatro columnas, cubría el sagrario. Los diversos grupos se formaron en filas de ocho personas y daban el espectáculo de una admirable organización. Seis micrófonos recogían las palabras y los cantos que dieciocho grupos de altoparlantes transmitían en el vasto estadio, mientras que cuatrocientos altoparlantes más hacían que en toda la ciudad se pudiesen oír los cantos ejecutados en el Phoenix Park.

Terminada la misa oyéronse los tres toques de las famosas trompetas vaticanas: era el P. Gianfranceschi, S. J., director de la radio vaticana, que anunciaba a los congresistas, que el Sumo Pontífice iba a hablarles. Un

minuto transcurrió en el más profundo silencio y de pronto, grave y majestuosa se elevó la voz augusta del Padre común de los fieles: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... Amén. He aquí, amadísimos hijos en Cristo, que estoy con vosotros. Ante todo estoy con vosotros como Padre en medio de sus hijos... La bendición del Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y sobre vuestra y Nuestra amadísima Irlanda y permanezca siempre».

Y llegó ya el acto final: la procesión. Al número ya crecido de los congresistas se iban agregando muchos nuevos. En las primeras horas de la mañana del domingo entraron en la estación de Dublín 140 trenes especiales y varios barcos atracaron al muelle. Hubiérase dicho una movilización general de los católicos. Salieron del Phoenix Park seis procesiones que se dirigían al O'Connell Bridge, por las pintorescas orillas del río Liffey. Llevaban las varas del palio altas personalidades de la isla; en primer lugar el mismo presidente De Valera, O'Kelly, vicepresidente, Cosgrave, ex presidente del Consejo, Frank Fahy, presidente de la Cámara de Diputados, Byrne, lord mayor de Dublín, Kennedy, presidente del Tribunal Supremo, Westropp Bennet, presidente del Senado y otros personajes eminentes. La cabeza de la procesión llegó al puente O'Connell, a las 14.30 y el Cardenal Legado a las 18.30 horas. Se cantó el «O Salutaris» y el «Tantum ergo» y el Cardenal Lauri bendijo con la radiante custodia a aquella muchedumbre entusiasmada, transportada, enajenada.

Terminado estaba el Congreso, pero su recuerdo perdurará indeleble en aquellos que han vivido horas tan dulces y de tanta paz en medio de la noble nación irlandesa que acababa de dar al mundo semejante ejemplo de fe y de amor a Jesucristo Sacramentado.

CONGRESOS EUCARÍSTICOS NACIONALES

Además de los 31 Congresos Eucarísticos ya celebrados, conviene indicar aquí 61 Congresos eucarísticos nacionales realizados en los siguientes países:

EUROPA

Francia: Faverney, 1908; Ars, 1911; Paray-le-Monial, 1921; París, 1923; Rennes, 1925; Lyon, 1927; Bayonne, 1929; Lille, 1931; Angers, 1933.

Italia: Nápoles, 1891; Turín, 1894; Milán, 1895; Orvieto, 1896; Venecia, 1897; Bérgamo, 1920; Génova, 1923; Palermo, 1924; Bolonia, 1928; Loreto, 1930.

España: Valencia, 1893; Lugo, 1896; Toledo, 1926. (Más seis asambleas eucarísticas).

Bélgica, 1930.

Hungría, 1928 y 1930.

Luxemburgo, 1924.

Polonia, 1930.

Portugal, 1924 y 1927.

Suiza, 1927.

Checoslovaquia, 1927.

Yugoeslavia, 1923 y 1930.

AMÉRICA

Estados Unidos: Wáshington, 1895; San Luis, 1901; Nueva

York, 1904; Pittsburg, 1907; Cincinnati, 1911; Omaha, 1930.

Chile: Santiago, 1904 y 1922; Concepción, 1924; La Serena, 1928; Valdivia, 1931.

Argentina, 1916.

Brasil, 1922 y 1933.

Bolivia, 1925.

Colombia, 1913.

Costa Rica, 1913.

Cuba, 1919.

Méjico, 1924.

Nicaragua, 1929.

Venezuela, 1907 y 1927.

ASIA

India inglesa, 1904.

India portuguesa, 1931.

Tonquín, 1931.

Japón, 1932.

ÁFRICA

Durbán, 1929.

OCEANÍA

Manila, 1929.

LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS

«Es menester que el Santísimo Sacramento cubra el mundo entero.»

(BEATO PEDRO JULIÁN EYNARD).

Hechos gloriosos guardará en sus páginas
la historia de los pueblos y naciones,
y cada día aumentará sus hojas
con el asiento de una fecha o nombre.

En ese libro universal, buscaba
inspiración para pulsar la lira,
y halló mi musa unas sublimes líneas
con pluma de oro refulgente escritas.

De letras y arte; de progreso y ciencia;
de la infinita dicha que no acaba;
de la belleza eterna que no muere,
aquellos trozos elocuentes hablan.

Allí se narran los preclaros triunfos
de inmarcesible gloria revestidos,
que las naciones predilectas cuentan
en su marcha veloz al infinito.

Son en la historia universal tan vana,
como un perfume de exquisito incienso,
y en la hojarasca que ese libro encierra
se ofrecen ellos como frutos buenos.

Son el rocío celestial que cae
como una bendición sobre los pueblos;
maná escogido que alimenta al hombre
en esta travesía de los tiempos.

Esos trozos, compendios elocuentes
de esperanza, de fe y amor divino,
que brillan en la historia como soles:
¡relatan los Congresos Eucarísticos!

Congresos donde triunfa Jesús Hostia
como Rey y Señor de las naciones,
y donde su realeza es proclamada
entre cánticos, vítores y flores.

Contienen los Congresos en su masa
la cera de un gran cirio luminoso,
ascua viva de amor, que ante los hombres,
muy alto levantara el Ostensorio.

Ese cirio, cual otro Juan Bautista,
es la voz del que clama en el desierto:
«preciso es que la Santa Eucaristía
envuelva en una red al mundo entero».

¡Oh, sublime ideal!... a conseguirlo
consagra el Padre Eymard su vida toda;
¡holocausto de amor!... ¡primer peldaño
del trono dó se asienta la Custodia!

De allí salen los hilos de la malla
tejida por el místico Incendiario,
donde un alma inflamada con su fuego,
más tarde los Congresos fué bordando.

Y triunfa Jesús Hostia en las naciones,
volviéndose hacia Él todos los pueblos,
prendidos en la red que entretejiera
¡el *Santo Precursor de los Congresos!*

JACINTA DILLON SEGOVIA.

Agosto 1933.

INDICE

	PÁG.
Al lector.....	5
Un precursor de los Congresos.....	7
Prepara ¡oh dulce Patria!.....	9
Origen de los Congresos Eucarísticos.....	11
La finalidad de los Congresos Eucarísticos.....	15
Beneficios de los Congresos.....	20
Los Congresos.....	23
Lila, 1881.....	25
Aviñón, 1882.....	27
Lieja, 1883.....	30
Friburgo (Suiza), 1885.....	33
Tolosa, 1886.....	37
París, 1888.....	40
Amberes, 1890.....	43
Jerusalén, 1893.....	48
Reims, 1894.....	52
Paray-le-Monial, 1897.....	55
Bruselas, 1898.....	59
Lourdes, 1899.....	62
Angers, 1901.....	66
Namur, 1902.....	70
Angoulême, 1904.....	75
Roma, 1905.....	78
Tournai, 1906.....	82
Metz, 1907.....	87
Londres, 1908.....	91
Colonia, 1909.....	96

	<u>PÁG.</u>
Montreal, 1910.....	100
Madrid, 1911.....	106
Viena, 1912.....	113
Malta, 1913.....	119
Lourdes, 1914.....	124
Roma, 1922.....	130
Amsterdam, 1924.....	136
Chicago, 1926.....	142
Sydney (Australia), 1928.....	148
Cartago, 1930.....	154
Dublín (Irlanda), 1932.....	160
Congresos Eucarísticos nacionales.....	165
Los Congresos Eucarísticos.....	166



